REFERENCIAS EN LA OBRA DE LACAN

ISSN 1514-0768



Referencias en la obra de Lacan

"Referencias en la Obra de Lacan" es una publicación cuatrimestral, propiedad de la Fundación Casa del Campo Freudiano.

ISSN 1514-0768

Directora Responsable

Verónica E. Carbone

Directora Editorial

Diana Etinger de Alvarez

Comité Editorial y de Redacción

Alicia Bendersky (Coordinación General)
Martha Cabuccio
Diana V. de Indart
Delfín Leguizamón (Coordinación Operativa)
Ana Meyer
María Pascual

Diseño:

Horacio Wainhaus

Producción Editorial

Factoría Sur
N. Repetto 818
1405 Buenos Aires, República Argentina
T.E. 4431-3757
e-mail: wainhaus@interlink.com.ar

Correspondencia

Riobamba 911 PB Buenos Aires República Argentina e-mail: etinger@sinectis.com.ar http://www.russell.com.ar/referlac.htm

"Referencias en la Obra de Lacan", Año VIII, número 29, marzo 2001.

Hecho el depósito de la Ley 11.723. Registro de la propiedad intelectual Nº 939824.

Permitida la reproducción parcial del contenido, previa autorización por escrito de la dirección de la publicación. Siendo de interés el intercambio con publicaciones periódicas de carácter científico, rogamos a las instituciones o personas interesadas dirigirse a la dirección de la publicación.

Tapa: Leonardo da Vinci, detalle del "Estudio de Madonna con Niño y gato", 1481-1483, tinta, 13.2 x 9.6 cm. Londres, British Museum.

Para el analista, el estudioso o simplemente el lector de la obra de Lacan, la consulta de los textos que cita en sus Escritos y Seminarios es una parte ineludible de ese ejercicio, apasionante, que es trabajar con la teoría lacaniana.

Lacan toma todo lo que la obra cultural y científica del hombre le ofrece, no sólo para ejemplificar o proporcionar modelos, sino también para construir distintos tramos de su teoría, y suele suceder que sólo una vez localizada la referencia puede uno darle su justo valor. Esta búsqueda no es tarea sencilla (por supuesto, tampoco es imposible).

La investigación de estas fuentes constituye un paratexto imprescindible para entender el pensamiento de Lacan.

El Campo Freudiano en la Argentina, a través de esta publicación, ha abordado, como una de sus tareas, la recolección de textos que a veces, muy pocas, son inhallables, y otras, la mayoría, nos obligan a largos y complicados recorridos. Cada referencia va acompañada de una nota que ubica el lugar de la obra de Lacan en que es mencionada, pero no siempre hemos podido localizar todos los lugares en que éstas son utilizadas.

En alguna ocasión incluiremos textos que no siendo referencias de Lacan constituyen una guía para la ubicación de ciertos conceptos.

Nuestro agradecimiento, en este número, al editor de Referencias..., Horacio Wainhaus, por habernos facilitado el excelente material gráfico de Leonardo da Vinci.

ACERCA DEL TIEMPO

"...la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con los hombres más selectos de los pasados siglos que fueron sus autores, y hasta una conversación estudiada en la que no nos descubren más que sus mejores pensamientos..."

"Porque conversar con los hombres de otras épocas es casi lo mismo que viajar; es conveniente conocer algo de las costumbres de diversos pueblos..."

Descartes, Discurso del método, I

Hoy, cuando comienza un nuevo siglo, y también el segundo siglo del psicoanálisis, permanecen las referencias de Lacan en esa conversación que trasciende el tiempo y a la que Lacan nos invita en cada una de sus páginas.

La Fundación del Campo Freudiano fue creada por Lacan en 1979.

Ese nombre ya tenía una historia, incluso una trayectoria. Uno de sus momentos fue, en 1974, cuando el Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Vincennes pasó a llamarse, por voluntad de Lacan, "El Campo Freudiano de investigación sobre psicoanálisis estructural".

Su nombre mismo, "Campo Freudiano", escribe la vocación científica translingüística y transcultural del psicoanálisis.

Así es que Jacques-Alain Miller nos transmite que "...el Campo Freudiano tuvo un objetivo no segregativo sino universalizante. Se esfuerza por superar la diferencia de lenguas y la separación de nacionalidades...". Por eso nos dirá que: "la Escuela Una... es la manifestación de

la esencia del Campo Freudiano. El Campo Freudiano, desde el origen iba en la dirección de la Escuela Una. Nosotros podemos hoy en día percibir que la idea de la Escuela Una estaba ya antes de ser formulada." En el semillero de la Fundación, presidida desde 1981 por Judith Miller, nacieron varias escuelas que pertenecen a la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). También de la Fundación, en 1988 surgió, por iniciativa de la comisión del Campo Freudiano en Argentina, la "Biblioteca Central del Campo Freudiano", cuyo primer responsable fue Javier Aramburu. Tres años después, en ese mismo contexto, en Buenos Aires, apareció el primer número de Referencias en la Obra de Lacan.

Indice

San Juan Bautista Leonardo da Vinci	13
Tratado de las pasiones del alma René Descartes Siempre somos demasiado buenos con las mujeres Raymond Queneau	19 45

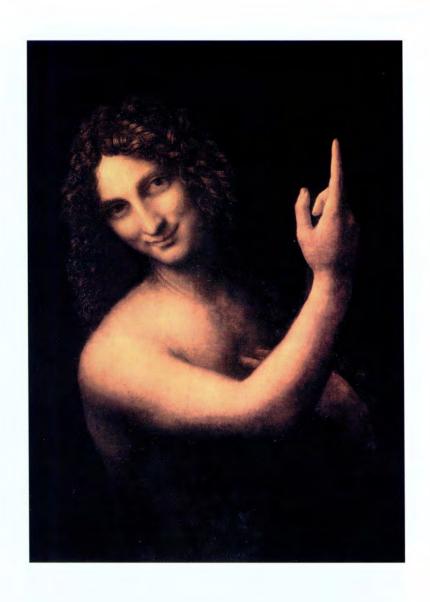
San Juan Bautista Leonardo da Vinci

Durante el desarrollo de El Seminario, Libro 4, La relación de objeto, en el capítulo XXIV, De Juan el fetiche a Leonardo del espejo. Lacan había señalado la imagen de San Juan Bautista, tal como aparece en La Virgen, el Niño y Santa Ana de Leonardo da Vinci, dibujo al que se había referido Freud, y que se encuentra en Londres, donde aparecen como fundidos los cuerpos de las dos mujeres. Allí dice: "Pero, además, vean que la otra mujer, sin que por otra parte se sepa cuál, perfila junto al niño aquel índice levantado que encontramos en toda la obra de Leonardo de Vinci, en el San Juan Bautista, el Baco, el ángel de La virgen de las rocas, y constituye también uno de sus enigmas. Aquí hay algo que representa muy bien la ambigüedad de la madre real y la madre imaginaria, del niño real y el falo escondido. Si yo hago del dedo su símbolo, no es porque reproduzca groseramente su perfil, sino porque ese dedo, presente por todas partes en Leonardo de Vinci, es la indicación de esa falta en ser cuyo término encontramos inscrito por toda su obra."

En "La dirección de la cura y los principios de su poder", Escritos 2, apartado 18, Lacan postula una serie de puntos que la definirían en cuanto al poder de la palabra y la no respuesta a la demanda del paciente, en oposición al panorama creciente de la literatura analítica de la época, la que difundía inclusive una normatividad para responder a dicha demanda. Al respecto, se refiere al San Juan Bautista, preguntándose: "¿A qué silencio debe obligarse ahora el analista para sacar por encima de ese pantano el dedo levantado del San Juan de Leonardo, para que la interpretación recobre el horizonte deshabitado del ser donde debe desplegarse su virtud alusiva?"

Reproducimos San Juan el Bautista, algunos detalles de índices levantados en diversas obras de Leonardo, La Virgen, el Niño y Santa Ana con San Juan Bautista, y las dos versiones de La Virgen de las rocas. También preparamos una nota que se detiene en el rasgo del gesto, como recurso pictórico propio de la época del artista.

Da Vinci, Leonardo (1452-1519). San Juan el Bautista (1508-1513), óleo sobre madera, París, Museo del Louvre; La Virgen, el Niño y Santa Ana con San Juan Bautista, carbonilla y toques de blanco sobre papel, Londres, National Gallery; La Virgen de las rocas (1483-1486), óleo sobre madera, París, Museo del Louvre, y (1503-1506), óleo sobre madera, Londres, National Gallery.





Da Vinci, Leonardo (1452-1519). *La Virgen, el Niño y Santa Ana con San Juan Bautista*, carbonilla y toques de blanco sobre papel, Londres, National Gallery.



Da Vinci, Leonardo (1452-1519). Detalle de *La Virgen de las rocas* (1483-86), óleo sobre madera, París, Museo del Louvre.

NOTA DE REFERENCIAS...

La enigmática particularidad que caracteriza el dedo índice levantado del *San Juan Bautista* en la obra de Leonardo da Vinci, y que aparece también en otros personajes, ha sido objeto de atención por parte de estudiosos y críticos. Sin embargo, sería importante destacar que el gesto, como guiño de complicidad del personaje de una obra pictórica hacia el espectador de dicha obra, aparece en el entramado artístico que antecede al maestro de Toscana. En un tratado de pintura datado en



Da Vinci, Leonardo (1452-1519). Detalle de *La Virgen de las rocas* (1503-06), óleo sobre madera, Londres, National Gallery.

1435, Leon Battista Alberti sostiene la efectividad de que, en un cuadro que cuenta una historia haya un personaje que advierta a los espectadores de lo que está pasando, que los invite a mirar, o que con sus gestos invite a reír o llorar con sus personajes.

Más allá de la consideración de tal recurso como propio de los parámetros de la época, los investigadores actuales hacen hincapié en el despliegue de los recursos propios de Leonardo como parte de su propia búsqueda.

En el caso del ángel de La Virgen de las rocas, el estudioso francés Daniel Arasse²





Izquierda: Da Vinci, Leonardo (1452-1519). Detalle de *Baco* (1513), óleo sobre madera, París, Museo del Louvre. Derecha: Escuela de Leonardo. *Angel de la Anunciación (circa* 1506). Basilea, Kunstmuseum.

analiza la desaparición del gesto con el dedo índice, entre la primera versión de la obra, de1483-86, patrimonio del Louvre, y la segunda, que se encuentra en Londres, terminada entre 1506 y 1508. Dice así: "La luz más neutral de la primera versión despega las figuras de su fondo sin darles el *rilievo* que es la perfección en pintura." Este investigador hace notar que, para Leonardo, como surge del *Tratado de pintura*, el objetivo del pintor es hacer que las figuras parezcan proyectarse, despegarse del fondo. El nuevo tratamiento de la luz, realizado en la segunda versión, produce un logro mayor en este sentido, lo cual permite suprimir el gesto del ángel. Continúa Arasse: "La efectividad de este nuevo tratamiento de la luz se muestra en la transformación del ángel." (...) "Como resultado de la luz, el grupo ya tiene bastante presencia, de tal modo que no necesita la expresión del ángel y la señal de su dedo para invitar al espectador a tomar parte en la escena." (...) "Su conocimiento de la luz y sombra lo hacían apto para involucrar al espectador sin necesidad de hacerle un llamado."

- 1. Alberti, Leon Battista. De Pictura (1435), Paris, 1992, Trad. J. Louis Scheffer.
- 2. Arasse, Daniel. Leonardo da Vinci. The rythm of the World. New York, Edit. W.
- S. Konecky Associates, Inc., 1998.

Tratado de las pasiones del alma René Descartes

"¿Los satisface plenamente lo que articula Descartes, por ejemplo, sobre la cólera?"

En El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis, capítulo VIII, luego de señalar el carácter inadecuado de
lo que había sido planteado hasta el momento en relación a una psicología de los afectos, Lacan sugiere una
"hipótesis de trabajo" en relación al tema. Dice allí
que, una pasión, la cólera por ejemplo, quizá necesita
para manifestarse, "algo así como una reacción del sujeto a una decepción, al fracaso de una correlación esperada entre un orden simbólico y la respuesta de lo
real. En otras palabras, la cólera está ligada esencialmente con lo que expresa esta fórmula de Péguy, quien
la dijo en una circunstancia humorística —es cuando
los clavitos no entran en los agujeritos."

Reproducimos a continuación algunos fragmentos del Tratado de las pasiones del alma, que permiten ubicar en contexto la lectura de lo articulado por René Descartes acerca de la cólera.

Descartes, René (1596-1650). Discurso del Método-Tratado de las Pasiones del Alma. España, Ed. Planeta S. A., 1984. Trad. y notas: Eugenio Frutos.

TRATADO DE LAS PASIONES DEL ALMA RENÉ DESCARTES

PRIMERA PARTE

DE LAS PASIONES EN GENERAL Y, OCASIONALMENTE, DE TODA LA NATURALEZA DEL HOMBRE

ARTICULO I

Que lo que es pasión respecto de un sujeto es siempre acción respecto de otro.

No hay nada en que se muestre mejor hasta qué punto las ciencias de los antiguos son defectuosas que en lo que escribieron sobre las pasiones. Pues aunque se trata de una materia cuyo conocimiento siempre se ha buscado, y aunque no parezca ser de las más difíciles, porque, por sentirlas cada cual en sí mismo, no hay que tomar de fuera ninguna observación para descubrir su naturaleza, no obstante, lo que los antiguos han enseñado es tan poca cosa y, en su mayor parte, tan poco digna de crédito, que no puedo tener la esperanza de acercarme a la verdad más que alejándome de los caminos que ellos siguieron. Por esto me veré obligado a escribir aquí como si se tratara de una materia que nadie antes que yo hubiera tocado. Y, para comenzar, considero que todo lo que se hace o acaece de nuevo, es generalmente llamado por los filósofos pasión en relación con el sujeto que la recibe y acción respecto del que hace que la reciba. De modo que, aunque el agente y el paciente sean a menudo muy diferentes, la acción y la pasión no dejan de ser siempre una misma cosa, que tiene estos dos nombres en razón de los dos sujetos distintos con los que se la puede relacionar.

ARTICULO II

Que para conocer las pasiones del alma es preciso distinguir sus funciones de las del cuerpo.

Considero, después, también, que no hay ningún sujeto que actúe más inmediatamente sobre nuestra alma que el cuerpo al que está unida; y que, en consecuencia, debemos pensar que lo que es en ella una pasión es en el cuerpo una acción, de modo que no hay mejor camino para llegar al conocimiento de nuestras pasiones que examinar la diferencia que hay entre el alma y el cuerpo, a fin de conocer a cuál de los dos se deben atribuir las funciones que se dan en nosotros.

ARTICULO III

Qué regla debe seguirse para lograr esto.

En lo que no se encontrará gran dificultad, si se tiene en cuenta que todo lo que experimentamos que se da en nosotros, y que vemos que puede darse también en cuerpos por completo inanimados, no debe ser atribuido más que a nuestro cuerpo; y, por el contrario, que todo lo que se da en nosotros sin poder concebir en modo alguno que pueda pertenecer a un cuerpo, debe ser atribuido a nuestra alma.

ARTICULO IV

Que el calor y el movimiento de los miembros proceden del cuerpo; y los pensamientos, del alma.

Así, como no concebimos en modo alguno que el cuerpo piense, tenemos razón para creer que todas las clases de pensamientos que se dan en nosotros pertenecen al alma; y como no dudamos de que hay cuerpos inanimados que se pueden mover de diversas maneras, tanto o más que los nuestros, y que tienen tanto calor o más (lo que hace ver la experiencia con la llama, que ella sola tiene más calor y movimientos que ninguno de nuestros miembros), debemos creer que todo el calor y todos los movimientos que se dan en nosotros, en cuanto no dependen del pensamiento, pertenecen al cuerpo.

ARTICULO V

Que es un error que el alma da movimiento y calor al cuerpo.

Con lo cual evitaremos un considerable error, en el que muchos han caído, de suerte que creo que ésta es la principal causa por la que no se han podido explicar bien hasta hoy las pasiones y las demás cosas que pertenecen al alma. Esta causa consiste en que, viendo que los cuerpos muertos están privados de calor y, en consecuencia, de movimiento, se ha imaginado que era la ausencia del alma la que hacía cesar estos movimientos y este calor. Y así, se ha creído, sin razón, que nuestro calor natural y todos los movimientos de nuestros cuerpos dependen del alma², debiéndose pensar, en cambio, que el alma no se ausenta, cuando uno muere, sino porque cesa este calor, y se corrompen los órganos que sirven para mover al cuerpo.

ARTICULO VI

Qué diferencia hay entre un cuerpo vivo y otro muerto.

Así, pues, a fin de evitar este error, consideremos que la muerte no se produce nunca por faltar el alma, sino sólo porque algunas de las partes principales del cuerpo se corrompen; y juzguemos que el cuerpo de un hombre vivo difiere tanto del de un hombre muerto como un reloj u otro autómata (es decir, otra máquina que se mueva por sí misma), cuando está montada y tiene en sí el principio corporal de sus movimientos, por los cuales está constituida con todos los requisitos necesarios para su acción, y el mismo reloj, u otra máquina, cuando está roto y cesa de actuar el principio de su movimiento.

ARTICULO VII

Breve explicación de las partes del cuerpo y de algunas de sus funciones.

Para hacer esto más inteligible, explicaré aquí en pocas palabras cómo está compuesta la máquina de nuestro cuerpo.

(...)

todos los sentidos, dependen de los nervios, que son como delgados hilos o pequeños tubos que van a parar, todos, al cerebro, y contienen, como él, una especie de aire o viento muy sutil, que se llama espíritus animales.

ARTICULO VIII

Cuál es el principio de todas estas funciones.

Pero comúnmente no se sabe cómo estos espíritus animales y estos nervios contribuyen a los movimientos y a los sentidos, ni cuál es el principio corporal que les hace actuar; por esto, aunque he tocado ya algo de ello en otros escritos³, no dejaré de decir aquí sucintamente que, mientras vivimos, hay un calor continuo en nuestro corazón, que es una especie de fuego que la sangre de las venas mantiene en él, y que este fuego es el principio corporal de todos los movimientos de nuestros miembros.

(...)

ARTICULO X

Cómo se producen en el cerebro los espíritus animales.

Pero lo más importante en esto es que las más vivas y sutiles partes de la sangre, que ha enrarecido el calor en el corazón, entran sin cesar en gran cantidad en las cavidades del cerebro. Y la razón por la que van a él, de preferencia a otro sitio, es que toda la sangre que sale del corazón por la gran arteria corre en línea recta hacia ese lugar, y, no pudiendo entrar todas por ser muy estrechos los conductos de paso, aquellas de sus partes que son más agitadas y sutiles son solamente las que pueden pasar a él, mientras que el resto se reparte por los restantes lugares del cuerpo. Ahora bien, estas partes de sangre más sutiles son las que componen los espíritus animales. Y no tienen necesidad para ello de experimentar ningún nuevo cambio en el cerebro, sino que en él se las separa de las otras partes menos sutiles de la sangre. Porque lo que yo llamo aquí «espíritus» no son sino cuerpos, y no tienen otra propiedad que la de ser cuerpos muy pequeños y la de moverse muy de prisa, como las partes de la llama que sale de una antorcha; de modo que no se detienen en parte alguna, y que, a medida que entran unos en las cavidades del cerebro, salen otros por los poros que hay en su sustancia, los cuales los conducen a los nervios, y de allí a los músculos, por medio de los cuales mueven en los cuerpos de todas las diversas formas que pueden ser movidos.

(...)

ARTICULO XVII

Cuáles son las funciones del alma.

Después de haber considerado de esta manera todas las funciones que pertenecen al cuerpo solo, es fácil darse cuenta de que no queda nada en nosotros que debamos atribuir a nuestra alma sino nuestros pensamientos, que son principalmente de dos géneros, a saber: unos son acciones y otros son pasiones del alma. Las que llamo acciones suyas son todas nuestras voliciones, porque experimentamos que vienen directamente de nuestra alma y no parecen depender más que de ella. Como, por el contrario, se pueden llamar pasiones suyas todas las clases de percepciones o conocimientos que se dan en nosotros, porque frecuentemente no es nuestra alma quien las hace tales y como son⁴, y porque siempre las recibe de las cosas representadas por ellos⁵.

ARTICULO XVIII

De la voluntad.

A su vez, nuestras voliciones son de dos clases, pues unas son acciones del alma que se terminan en el alma misma, como cuando queremos amar a Dios o, en general, cuando aplicamos nuestro pensamiento a un objeto no material. Otras son acciones que terminan en nuestro cuerpo, como cuando del hecho de tener el deseo de pasear, se sigue que nuestras piernas se pongan en movimiento y comencemos a andar.

ARTICULO XIX

De la percepción.

Nuestras percepciones son también de dos clases, pues unas tienen como causa el alma y otras el cuerpo. Las que tienen por causa el alma son las percepciones de nuestra voluntad y de todas las imaginaciones⁶ o pensamientos que dependen de ella. Pues, en verdad, no podríamos querer cosa alguna que no percibiéramos por el mismo medio que la queremos. Y, aunque respecto de nuestra alma sea una acción querer algo, se puede decir también que es, en ella, la pasión de percibir lo que quiere. Sin embargo, como esta percepción y esta volición no son en realidad sino una sola

cosa, se denominan por lo que hay en ella de más noble, y así, no se acostumbra a llamarla pasión, sino solamente acción.

ARTICULO XX

De las imaginaciones y otros pensamientos formados por el alma.

Cuando nuestra alma se dedica a imaginar algo que no existe, como por ejemplo, a representarse un palacio encantado o una quimera; y también cuando considera algo que es sólo inteligible, y no imaginable, como por ejemplo, al considerar su propia naturaleza, las percepciones que tiene de estas cosas dependen principalmente de la voluntad, que hace que las perciba, por lo que se tiene costumbre de considerarlas como acciones más bien que como pasiones.

ARTICULO XXI

De las imaginaciones que no tienen por causa más que el cuerpo.

De las percepciones causadas por el cuerpo, la mayor parte dependen de los nervios pero también hay algunas que no dependen de ellos, y a las que se llama imágenes, como estas de las que acabo de hablar, pero que difieren de ellas en que no son formadas por nuestra voluntad, lo que hace que no se puedan contar entre las acciones del alma; y éstas no proceden sino de que los espíritus, estando diversamente agitados y encontrando en el cerebro las huellas de diversas impresiones que los han precedido, se dirigen en él, fortuitamente, por unos poros más bien que por otros. Tales son las ilusiones de nuestros sueños, y también las fantasías que tenemos muchas veces despiertos, cuando nuestro pensamiento yerra divagatoriamente sin aplicarse a nada sino a sí mismo. Ahora bien, aunque algunas de estas imágenes sean pasiones del alma, tomando la palabra «pasión» en su más propia y particular significación, y aunque todas pueden ser llamadas pasiones, si se toma esta palabra en un sentido más general; sin embargo, como no tienen una causa tan bien conocida y determinada como las percepciones que el alma recibe por los nervios, y como parecen no ser más que sombra y pintura de ellas antes de que podamos distinguirlas bien, es preciso considerar la diferencia que hay entre éstas y las otras.

ARTICULO XXII

De la diferencia que hay entre las otras percepciones.

Todas las percepciones que aún no he explicado vienen del alma por los nervios, y entre ellas se da esta diferencia: que unas las referimos a los objetos externos que impresionan nuestros sentidos, otras a nuestro cuerpo o a alguna de sus partes, y otras, en fin, a nuestra alma.

(...)

ARTICULO XXV

De las percepciones que referimos a nuestra alma.

Las percepciones que referimos solamente al alma son aquellas cuyos efectos se sienten como en el alma misma, y de las que no se conoce ninguna causa próxima a las que se las pueda referir. Tales son los sentimientos de alegría, de cólera y otros semejantes, que algunas veces son producidos en nosotros por los objetos que excitan nuestros nervios y otras veces también por otras causas?. Ahora bien, aunque todas nuestras percepciones, tanto las que se refieren a los objetos exteriores como las que se refieren a las diversas afecciones de nuestro cuerpo, sean verdaderamente pasiones respecto de nuestra alma, cuando se toma esta palabra en su significación más general, sin embargo, se tiene costumbre de restringirla para significar sólo las que se refieren al alma misma. Y estas últimas son únicamente las que yo trato de explicar aquí bajo el nombre de pasiones del alma.

ARTICULO XXVI

Que las imaginaciones que sólo dependen del movimiento fortuito de los espíritus pueden ser tan verdaderas pasiones como las que dependen de los nervios.

Queda aquí por advertir que las mismas cosas de que se da cuenta el alma por medio de los nervios, le pueden ser representadas también por el curso fortuito de los espíritus, sin que haya más diferencia sino que las impresiones que llegan al cerebro a través de los nervios son habitualmente más vivas y expresas que las que excitan en él los espíritus, lo que me ha hecho decir, en el artículo 21, que éstos son como la sombra o imagen (pintura) de los otros. Es preciso advertir también que algunas veces acontece que esta imagen es tan parecida a la cosa que representa, que se puede uno equivocar respecto de las percepciones de los objetos exteriores o de las que se refieren a alguna parte de nuestro cuerpo, pero no puede equivocarse sobre las pasiones, porque están tan próximas y son tan interiores para el alma, que es imposible que las sienta sin ser verdaderamente como las siente. Así, frecuentemente cuando se está dormido, y aun a veces estando despierto, se imaginan algunas cosas con tanta fuerza que se piensa tenerlas delante o sentirlas en el propio cuerpo, aunque en ningún modo se den en él; pero, aunque se esté dormido y se sueñe, no podría uno sentirse triste o conmovido por cualquier otra pasión sin ser muy verdadero que el alma tiene en sí misma esta pasión.

ARTICULO XXVII

Definición de las pasiones del alma.

Después de haber considerado en qué difieren las pasiones del alma de todos sus restantes pensamientos, me parece que se puede definirlas, en general, como percepciones o sensaciones o emociones del alma que se refieren particularmente a ella y que son causadas, mantenidas y fortificadas por un movimiento de los espíritus.

ARTICULO XXVIII

Explicación de la primera parte de esta definición.

Se las puede llamar percepciones en cuanto nos servimos generalmente de esta palabra para designar todos los pensamientos que no son acciones del alma o voliciones; pero no cuando no nos servimos de ella sino para significar conocimientos evidentes, pues la experiencia hace ver que los más agitados por sus pasiones no son los que mejor conocen, y que se cuentan el número de las percepciones a las que la estrecha alianza que hay entre el alma y el cuerpo hace confusas y oscuras. Se las puede llamar también sensaciones porque el alma las recibe del mismo modo que los objetos de los sentidos externos, y no son de otro modo conocidas por ella. Pero se

las puede llamar aún mejor emocionesº del alma, no sólo porque este término puede atribuírsele a todos los cambios que ocurren en ella, es decir, a todos los diversos pensamientos que le vienen, sino particularmente porque, de todas las clases de pensamientos que puede tener, no hay otros que la agiten y la conmuevan tanto como lo hacen estas pasiones.

ARTICULO XXIX

Explicación de la segunda parte.

Añado que «se refieren particularmente al alma», para distinguirlas de las demás sensaciones, que se refieren, unas a los objetos exteriores, como los olores, sonidos y colores, y otras a nuestro cuerpo, como el hambre, la sed, el dolor. Añado, además, «que son causadas, mantenidas y fortificadas por un movimiento de los espíritus», a fin de distinguirlas de las voliciones, que se pueden llamar emociones del alma que a ella se refieren, pero que no son causadas por ella misma; y para explicar, por último, su última y más próxima causa, que las distingue doblemente de las demás sensaciones.

ARTICULO XXX

Que el alma está unida conjuntamente a todas las partes del cuerpo.

Pero para entender perfectamente todas estas cosas, es necesario saber que el alma está unida verdaderamente al cuerpo, y que no se puede propiamente decir que está en alguna de sus partes con exclusión de las otras, porque el cuerpo es uno y, en cierto modo, indivisible por la disposición de sus órganos, todos los cuales se refieren de tal manera unos a otros que si uno se quita, todo el cuerpo se hace defectuoso; y porque el alma es de tal naturaleza que no hace relación alguna a la extensión ni a las dimensiones, ni a las restantes propiedades de la materia de que el cuerpo está compuesto, sino sólo el conjunto entero de sus órganos, como se manifiesta por no poderse concebir de ningún modo la mitad o la tercera parte de un alma, ni qué extensión ocupe; y porque no se hace más pequeña porque se quite una parte del cuerpo, sino que se separa de él por completo cuando se deshace la estructura conjunta de sus órganos.

ARTICULO XXXI

Que hay en el cerebro una pequeña glándula en la que ejerce el alma sus funciones más particularmente que en las demás partes.

También es necesario saber que aunque el alma esté unida a todo el cuerpo, hay en él sin embargo una parte en la que ejerce sus funciones más particularmente que en todas las demás. Y se cree comúnmente que esta parte es el cerebro o, acaso, el corazón; el cerebro, porque a él se refieren los órganos de los sentidos; y el corazón, porque en él parecen sentirse las pasiones. Pero, examinando la cuestión con cuidado, me parece haber reconocido con evidencia que la parte del cuerpo en la que el alma ejerce más particularmente sus funciones no es de ningún modo el corazón, ni tampoco todo el cerebro, sino sólo la más interna de sus partes, que es una cierta glándula muy pequeña, situada en medio de su sustancia, y suspendida de tal manera encima del conducto por el que tienen comunicación los espíritus de las cavidades anteriores con los de las posteriores, que sus menores movimientos tienen gran poder para cambiar el cuerpo de estos espíritus, y, recíprocamente, los menores cambios que le acaecen al curso de los espíritus tienen gran poder para cambiar los movimientos de esta glándula.

ARTICULO XXXII

Cómo se conoce que esta glándula es el principal asiento del alma.

La razón que me ha hecho persuadirme de que el alma no puede tener en todo el cuerpo ningún otro lugar que esta glándula en la que ejerce inmediatamente sus funciones, es la consideración de que las demás partes de nuestro cerebro son todas dobles, lo mismo que tenemos dos ojos, dos manos, dos orejas y, en fin, lo mismo que todos los órganos de nuestros sentidos externos son dobles; y puesto que sólo tenemos un pensamiento único sobre una cosa al mismo tiempo, es preciso necesariamente que exista algún lugar en el que las dos imágenes que vienen de ambos ojos, u otras dos impresiones cualesquiera, que vienen de un solo objeto por los órganos dobles de los sentidos, puedan unirse en una antes de llegar al alma, para que no representen dos objetos en vez de uno. Y se puede concebir fácilmente que estas imágenes u otras impresiones se junten en esta glándula por medio de los espíritus que llenan las cavidades del cerebro; pero no

hay ningún lugar en el cuerpo en el que puedan estar así unidas, sino después de estarlo en esta glándula.

(...)

ARTICULO XXXIV

Cómo el alma y el cuerpo actúan el uno sobre el otro.

Concebimos, pues, aquí que el alma tiene su sede principal en la pequeña glándula que hay en medio del cerebro, desde donde irradia a todo el resto del cuerpo por medio de los espíritus, de los nervios y aun de la sangre, que, participando de las impresiones de los espíritus, pueden llevarlas por las arterias a todos los miembros. Y recordando lo que antes se ha dicho sobre la máquina de nuestro cuerpo, a saber: que los pequeños filamentos de nuestros nervios están distribuidos de tal modo por todas sus partes que, con ocasión de los diversos movimientos que son producidos en él por los objetos sensibles, abren de diverso modo los poros del cerebro, lo que hace que los espíritus animales contenidos en sus cavidades entren, también de diverso modo, en los músculos, por causa de lo cual pueden mover los miembros de todas las diversas maneras en los que pueden ser movidos; y también, que todas las demás causas que pueden mover diversamente los espíritus bastan para conducirlos a los diversos músculos. Añadamos aquí, que la pequeña glándula, que es el asiento principal del alma, está suspendida de tal modo entre las cavidades que contienen estos espíritus que puede ser movida por ellos de tantas maneras diversas como diferencias sensibles hay en los objetos; pero que también puede ser movida de modos diversos por el alma, que es de tal naturaleza que recibe en sí tantas impresiones diversas (es decir, que tiene tantas diversas percepciones) como movimientos diversos tienen lugar en esta glándula. Como, recíprocamente, también la máquina del cuerpo está compuesta de tal modo que sólo por el hecho de ser esta glándula diversamente movida por el alma, o por cualquier otra causa que pueda darse, impulsa los espíritus que la rodean hacia los poros del cerebro, que los conducen por los nervios a los músculos, por medio de lo cual les hace mover los músculos.

ARTICULO XXXV

Ejemplo del modo de unirse las impresiones de los objetos en la glándula que está en medio del cerebro.

Así, por ejemplo, si vemos que un animal viene hacia nosotros, la luz reflejada por su cuerpo pinta dos imágenes, una en cada uno de los ojos; y estas dos imágenes forman otras dos, por medio de los nervios ópticos, en la superficie interior del cerebro que mira hacia sus concavidades; después, desde aquí, por medio de los espíritus de que estas cavidades están llenas, estas imágenes irradian de tal suerte hacia la pequeña glándula, que está rodeada por esos espíritus, que el movimiento que compone cada punto de una de las imágenes tiende hacia el mismo punto de la glándula hacia el que tiende el movimiento que forma el punto de la otra imagen, y que representa la misma parte del animal: y por este medio las dos imágenes que se dan en el cerebro componen en la glándula una sola, que, actuando inmediatamente sobre el alma, le hace ver la figura de este animal.

ARTICULO XXXVI

Ejemplo del modo en que las pasiones son producidas en el alma.

Y además, si esta figura es muy extraña y espantosa, es decir, si tiene mucha relación con las cosas que antes han sido perjudiciales para el cuerpo, esto produce en el alma la pasión del temor y, después, la de la audacia, o bien, la del miedo y el espanto, según los diversos temperamentos del cuerpo o la fuerza del alma, y según se haya estado antes garantizado por la defensa o por la huida contra las cosas nocivas con las que tiene relación la impresión actual. Porque esto hace que, en algunos, el cerebro esté dispuesto de tal manera que los espíritus reflejados por la imagen así formada, en la glándula, van a parar desde ésta, en parte a los nervios que sirven para volver la espalda y mover las piernas para huir de ella, y en parte, a los nervios que ensanchan o estrechan de tal manera los orificios del corazón, o bien, que agitan de tal forma las otras partes de donde la sangre le llega, que enrareciéndose allí la sangre de forma diferente a la habitual, envía al cerebro los espíritus apropiados para mantener y fortificar la pasión del miedo, es decir, que son adecuados para mantener abiertos o abrir de nuevo los poros del cerebro que los conducen a los mismos nervios. Pues sólo por el hecho de entrar estos espíritus en estos poros, producen un movimiento particular en esta glándula, que la naturaleza ha establecido para hacer que el alma sienta esta pasión. Y por relacionarse estos poros principalmente con los pequeños nervios que sirven para reducir o ensanchar los orificios del corazón, ocurre que el alma siente la pasión principalmente como en el corazón.

ARTICULO XXXVII

Cómo parece que todas las pasiones son causadas por algún movimiento de los espíritus.

Y como ocurre algo parecido en todas las demás pasiones, a saber, que son causadas principalmente por los espíritus contenidos en las cavidades del cerebro, al correr hacia los nervios que sirven para ensanchar o estrechar los orificios del corazón, o para impulsar diversamente hacia él la sangre que está en las demás partes, o de alguna otra manera, para mantener la misma pasión, se puede claramente comprender por esto por qué he puesto, en su definición, que son causadas por algún movimiento particular de los espíritus.

ARTICULO XXXVIII

Ejemplo de los movimientos del cuerpo que acompañan a las pasiones, y que no dependen del alma.

Por lo demás, del mismo modo que el curso que toman estos espíritus hacia los nervios del corazón basta para mover la glándula por la que el miedo se pone en el alma, así también, sólo porque algunos espíritus llegan al mismo tiempo a los nervios que sirven para mover las piernas para huir, causan otro movimiento en la misma glándula, por medio del cual el alma siente y se da cuenta de esta huida, que puede ser, así, producida en el cuerpo por la sola disposición de los órganos, y sin que el alma contribuya a ello.

ARTICULO XXXIX

Cómo una misma causa puede producir diversas pasiones en diversos hombres.

La misma impresión que la presencia de un objeto espantoso hace sobre la glándula, y que produce el miedo en algunos, puede producir en otros el valor o la audacia; cuya razón es que no todos los cerebros están dispuestos de la misma manera¹⁰, y que el mismo movimiento de la glándula que produce en unos el miedo, hace que, en otros, los espíritus entren en los poros del cerebro que les conducen en parte a los nervios que sirven para mover las manos a fin de defenderse, y en parte a los que agitan e impulsan la sangre hacia el corazón, del modo requerido para producir los espíritus adecuados para continuar esta defensa, y mantener en ello a la voluntad.

(...)

ARTICULO XL

Cuál es el principal efecto de las pasiones.

Porque es necesario advertir que el principal efecto de todas las pasiones en los hombres es el de incitar y disponer su alma a desear las cosas para las que preparan el cuerpo; de modo que la sensación de miedo le incita a querer huir y la de audacia a querer combatir, y así en los demás casos.

ARTICULO XLI

Qué poder tiene el alma sobre el cuerpo.

Mas, la voluntad es por naturaleza libre de tal modo que nunca puede ser coaccionada; y de las dos clases de pensamientos que he distinguido en el alma, uno de los cuales son las acciones, a saber, sus voliciones, y las otras sus pasiones, tomando la palabra en su significado más general, que comprende toda clase de percepciones, las primeras están por completo en su poder y sólo indirectamente pueden ser cambiadas por el cuerpo, mientras que, por el contrario, las segundas dependen absolutamente de las acciones que las producen, y sólo indirectamente pueden ser cambiadas por el

alma, excepto cuando ella misma es su causa. Y toda la acción del alma consiste en que sólo por el hecho de querer algo, sabe que la pequeña glándula, a la que está estrechamente unida, se mueve del modo requerido para producir el efecto correspondiente a esta volición.

ARTICULO XLII

Cómo encontramos en la memoria las cosas de que queremos acordarnos.

Así, cuando el alma quiere recordar algo, este deseo hace que la glándula, inclinándose sucesivamente hacia diversos lados, impulse los espíritus hacia distintos lugares del cerebro hasta que encuentre aquel en que quedan las huellas que ha dejado en él el objeto que se quiere recordar. Porque esas huellas no son otra cosa sino que los poros del cerebro, por donde los espíritus han pasado antes en su carrera, a causa de la presencia de este objeto han adquirido una mayor facilidad que los otros para abrirse de nuevo del mismo modo para los espíritus que hacia ellos vienen; de suerte que estos espíritus, encontrando estos poros, entran en ellos más fácilmente que en los demás; por cuyo medio producen un movimiento particular en la glándula, que representa al alma el mismo objeto y le hace conocer que es aquel de que quiere acordarse.

(...)

ARTICULO XLV

Qué poder tiene el alma sobre sus pasiones.

Tampoco pueden nuestras pasiones ser producidas o suprimidas por la acción de nuestra voluntad; pero pueden serlo indirectamente por la representación de las cosas que van habitualmente unidas a las pasiones que queremos tener y que son contrarias a las que queremos reprimir. Así para excitar en sí mismo el valor y quitar el miedo, no basta con quererlo, sino que es preciso considerar las razones, los objetos o los ejemplos que persuadan de que el peligro no es grande, que hay siempre mayor seguridad en la defensa que en la huida, que se conseguirá la gloria y se tendrá la alegría de haber vencido, mientras que si se huye, sólo puede esperarse el pesar y la vergüenza de haberlo hecho, y otras cosas semejantes.

SEGUNDA PARTE

DEL NUMERO Y ORDEN DE LAS PASIONES, Y EXPLICACION DE LAS SEIS PRIMITIVAS

ARTICULO LI

Se conoce, por lo que se ha dicho antes", que la última y más próxima causa de las pasiones del alma no es más que la agitación con que los espíritus mueven la pequeña glándula que está en medio del cerebro. Pero esto no basta para distinguirlas unas de otras: es preciso buscar sus fuentes y examinar sus primeras causas. Ahora bien, aunque puedan a veces ser causadas por la acción del alma, que se decide a concebir tales o cuales objetos, y también sólo por el temperamento del cuerpo o por las impresiones que se reúnen fortuitamente en el cerebro, como ocurre cuando uno se siente triste o alegre sin poder decir por qué, parece, sin embargo, por lo que se ha dicho, que las mismas pasiones pueden ser igualmente producidas por los objetos que impresionan a los sentidos, y que estos objetos son sus causas más ordinarias y principales. De donde se sigue que para encontrarlas todas, basta considerar todos los efectos que producen estos objetos.

ARTICULO LII

Cuál es el uso de las pasiones, y cómo se las puede enumerar.

Advierto, además, que los objetos que mueven a los sentidos no producen en nosotros pasiones diversas en razón de toda la diversidad que tienen, sino sólo por razón de las diversas maneras en que nos pueden dañar o aprovechar o, en general, ser importantes; y que el uso de las pasiones sólo consiste en disponer al alma para querer las cosas que la naturaleza nos dice que son útiles, y para persistir en este querer, como también la agitación misma de los espíritus, que suelen causarlas, dispone el cuerpo para hacer los movimientos que sirven para ejecutar estas cosas. Por lo cual, para enumerarlas, se necesita sólo examinar por orden de cuántas maneras diversas, que nos afecten, pueden ser movidos nuestros sentidos por sus objetos. Y haré aquí la enumeración de todas las pasiones principales según el orden en que pueden ser, de esta manera, halladas.

(...)

ARTICULO LXIX

Que no hay más que seis pasiones primitivas.

Pero el número de las simples y primitivas no es muy grande. Pues revisando todas las que he enumerado, se puede fácilmente advertir que no hay más que seis que lo sean, a saber: la admiración, el amor, el odio, el deseo, la alegría y la tristeza. Y todas las demás están compuestas de algunas de estas seis o son especies suyas. Por lo cual, para que su multitud no agobie a los lectores, trataré aquí separadamente de las seis primitivas; y después haré ver de qué modo todas las demás tienen en ellas su origen.

(...)

TERCERA PARTE

DE LAS PASIONES PARTICULARES

ARTICULO CXCIX De la cólera.

La cólera es también una especie de odio o aversión que experimentamos contra los que cometen algún mal o han tratado de perjudicar, no indiferentemente, a cualquiera, sino particularmente a nosotros mismos. Así, contiene lo mismo que la indignación, y a esto añade estar fundada en un acto que nos afecta y del que sentimos deseos de vengarnos. Pues este deseo la acompaña casi siempre, y se opone directamente al agradecimiento como la indignación al favor. Pero es incomparablemente más violenta que estas tres pasiones, porque el deseo de rechazar las cosas perjudiciales y de vengarse es el más acuciante de todos. El deseo, unido al amor de sí mismo, es el que proporciona a la cólera toda la agitación de la sangre que el valor y la audacia pueden causar; y el odio hace que sea principalmente la sangre biliosa, que viene del bazo y de las pequeñas venas del hígado, la que recibe esta agitación y entra en el corazón; o bien, a causa de su abundancia y de la naturaleza de la bilis con la que está mezclada¹², provoca un calor más áspero y ardiente que el que puede ser allí producido por el amor o la alegría.

ARTICULO CC

Por qué aquellos a quienes la cólera hace enrojecer son menos temibles que aquellos a quienes hace palidecer.

Los signos externos de esta pasión son diferentes según los diversos temperamentos de las personas y la diversidad de las pasiones que la componen o se le unen. Así, se ve que unos palidecen o tiemblan cuando se encolerizan y que otros enrojecen e incluso lloran. Y se cree ordinariamente que la cólera de los que palidecen es más terrible que la de los que enrojecen. Y la razón de esto es que cuando ve uno que no puede vengarse de otra manera que con gestos y palabras, se emplea todo el calor y toda la fuerza desde el comienzo de la emoción, lo que hace que uno enrojezca; aparte de que, a veces, el pesar y la compasión que se siente por uno mismo, por no poder vengarse de otra manera, es causa de que se llore. Y, por el contrario, los que se reservan y se deciden por una mayor venganza, se ponen tristes al pensar a lo que quedan obligados por la acción que los encoleriza; y algunas veces sienten también temor por los males que pueden seguirse de la resolución que han tomado. Lo que al comienzo les pone pálidos, fríos y tenebrosos¹³. Pero cuando llega, después, el momento de ejecutar su venganza, se hacen todavía más ardorosos cuanto más fríos han estado al comienzo, como se ve también que las fiebres que comienzan con frío suelen ser las más fuertes.

ARTICULO CCI

Que hay dos especies de cólera; y que los más bondadosos son los más sujetos a la primera especie.

Todo esto nos advierte que se pueden distinguir dos clases de cólera; una rápida y con abundantes manifestaciones exteriores, pero que, no obstante, produce pocos efectos y puede ser fácilmente apaciguada; otra que no se manifiesta tanto al principio, pero que roe más el corazón y produce efectos más peligrosos. Los más bondadosos y con más amor están más sujetos a la primera. Porque no proviene de un odio profundo, sino de una aversión de momento, que los sorprende, porque inclinándose a imaginar que todas las cosas deben ir según el modo que consideran como el mejor, tan pronto como ocurre de otra manera les extraña, y se enfurecen por ello frecuentemente sin que la cosa les afecte particularmente, ya que, por sentir mucho afecto, se interesan por aquellos a quienes aman por sí mismos¹⁴. Así, lo que para otros sería sólo motivo de indignación es, para ellos, motivo de cólera. Y como la inclinación a amar hace que tengan mucho calor y mucha sangre en el corazón, la aversión que les domina no puede llevar a él tan poca bilis que no produzca, inicialmente, una gran conmoción en la sangre. Pero esta conmoción apenas dura, porque la fuerza de la sorpresa no continúa, y tan pronto como se dan cuenta de que el motivo que les ha enfadado no les debía haber conmovido tanto, se arrepienten de ello15.

ARTICULO CCII

Que son las almas débiles y bajas las que se dejan llevar más por la otra especie de cólera.

La otra especie de cólera, en la que predominan el odio y la tristeza, no es tan aparente a primera vista, sino, acaso, en que hace que la cara se ponga pálida. Pero su fuerza aumenta poco a poco por la agitación que un deseo ardiente de vengarse produce en la sangre, que, estando mezclada con la bilis que es impulsada hacia el corazón desde la parte inferior del hígado y del bazo, produce en él un calor muy áspero y picante. Y así como son las almas más generosas las más agradecidas, del mismo modo son estas otras, más orgullosas y más bajas y débiles, las que más se dejan llevar por esta clase de cólera; pues las injurias parecen tanto más grandes cuanto más hace el orgullo que uno se estime; y también cuanto más se estiman los bienes de que privan, que se estiman tanto más cuanto más baja y débil es el alma, a causa de que dependen de otro.

ARTICULO CCIII

Que la generosidad sirve de remedio contra estos excesos.

Por lo demás, aunque esta pasión (la de la cólera) sea útil para darnos fuerza para rechazar las injurias, no hay sin embargo ninguna pasión cuyos excesos se deban evitar con mayor cuidado, porque turbando el juicio, hace que frecuentemente se cometan faltas de las que después hay que arrepentirse, e incluso porque impiden a veces rechazar estas injurias tan bien como se haría si se estuviese menos conmovido¹⁶. Mas, como no hay nada que la haga tan excesiva como el orgullo, creo que la generosidad es el mejor remedio que puede encontrarse contra sus excesos, porque, haciendo que se estimen en poco todos los bienes de que uno puede ser privado, y que, por el contrario, se estime mucho la libertad y el absoluto dominio de sí mismo, que cesa de tenerse cuando podemos ser ofendidos por cualquiera, la generosidad hace que se sienta sólo desprecio, o todo lo más indignación, por las injurias con que los otros acostumbran a ofender¹⁷.

NOTAS

- 1. Al comienzo, hemos visto que Descartes disimula la novedad de sus principios, salvo acaso en cuestiones de física, presentándolos de acuerdo con el modo común de pensar. Ahora, ya cimentada su fama y extendida su filosofía, declara abiertamente su novedad, aunque en algunos puntos no lo sea tanto. Lo que Descartes quiere hacer valer como nuevo es el tratamiento científico de las pasiones o bien, como ha dicho en la carta última no en plan de orador (como Aristóteles en su Retórica) ni en plan de moralista, como en general habían hecho los antiguos y, sobre todo, los estoicos, sino como físico o científico.
- El calor vital, en la física cartesiana, depende del movimiento: en otro caso no se podría mantener su mecanicismo.
- 3. Se refiere a la 5st parte del Discurso y al 4st Discurso de la Dióptrica.
- El alma, sin embargo, forja las llamadas por Descartes ideas ficticias; por eso dice «frecuentemente» y no «siempre».
- Aquí, en cambio, dice «siempre», porque incluso las ideas innaias son puestas en nuestra alma por una causa exterior adecuada, supuesto fundamental de las pruebas de la existencia de Dios.
- 6. La palabra imaginations, en Descartes, equivale a «imágenes», que son para él como sabemos una clase de pensamientos. Si en algunos casos, como en éste, traducimos «imaginaciones» es para señalar que puede hablarse de una cadena de imágenes que determinan nuestros actos subsiguientes.
- 7. Estas otras causas pueden ser: a) las fantasías de imaginación que mueven al alma (véase el artículo siguiente); b) el papel del temperamento (véase artículo 51 y carta de Isabel, AT, IV, 311); c) los juicios que excitan en el alma emociones puramente intelectuales (véase artículo 79, 91).
- 8. Del mismo modo, en los Principios (IV, artículo 190), se consideran las pasiones del alma, como el amor, el odio, el temor y la cólera, como pensamientos confusos (como luego Leibniz), y se añade que los pensamientos distintos que tenemos, o podemos tener, sobre lo que debe ser amado, odiado o temido, son muy diferentes de estos pensamientos confusos.
- 9. Como se ve es la designación que ha prevalecido. Según su sentido etimológico, emovere es broducir un cambio hacia otro lugar, esto es, que emoción es tanto como movimiento o cambio en el alma que la experimenta.
- 10. Se trata de los diversos temperamentos según los humores, como en la conocida clasificación galénica en sanguíneos, linfáticos o flemáticos, coléricos y atrabiliarios o melancólicos. La base diferencial es fisiológica, según lo establecido en la carta a Isabel de 6 de octubre de 1645.

- 11. En el artículo 34.
- 12. Lo que dice aquí Descartes se basa en la clasificación galénica de los temperamentos según el «humor» predominante: sanguíneo (con predominio de la sangre); flemático o linfático (con el de la linfa); bilioso o colérico (con el de la bilis amarilla); atrabiliario o melancólico (con el de la bilis negra, la del bazo, o atrabilis). El bilioso es, pues, naturalmente colérico.
- 13. Estas dos formas de encolerizarse corresponden a dos tipos psicológicamente diversos: los que llama la caracterología tipos de función primaria (los que enrojecen) y secundaria (los que palidecen). Por lo demás, la cólera, en la psicología moderna, no es considerada como una pasión, sino como una emoción, con su carácter de explosividad, subitaneidad, corta duración y choque general psicofisiológico con abundantes manifestaciones externas. Si el encolerizado siente todo eso que dice Descartes, lo siente rápida y confusamente, y desde luego no lo piensa, pues las emociones violentas interrumpen las demás funciones psíquicas y no permiten la frialdad de un análisis mientras duran.
- 14. El fundamento de la audacia de los coléricos no está en los elementos negativos de la cólera, sino en el positivo del amor a sí mismo, como dice en la carta a Chanut, de 1 febrero de 1647.
- 15. La diferencia entre la cólera o ira (pasajera) y el odio (durable) está ya en Aristóteles, al que cita Vives: «el odio –escribe– crece con el tiempo; la ira, disminuye.» Pero Vives los distingue, además, por su fin: el de la ira es «reponer el dolor», el del odio, «hacer el mal y dañar». (Op. Omnia, III, 478.) (Véase todo el capítulo XIII para los efectos orgánicos, pp. 475, 483)
- Descartes usa la palabra «emoción» para designar, en general, la «conmoción» o agitación psicofisiológica.
- 17. La solución de Descartes no deja de estar libre de orgullo, pues la razón para despreciar las injurias y para no ser ofendido por cualquiera, se consigue si «elevamos tan alto nuestro espíritu que las ofensas que pueden hacernos los demás no nos alcanzarán jamás», como dice en la carta a Chanut, de 1 noviembre de 1646.

Siempre somos demasiado buenos con las mujeres Raymond Queneau

En el año 1955, durante el desarrollo de El Seminario, Libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, capítulo Xl, Lacan delimita las diferencias entre los conceptos de resistencia y censura.
Para ello, enfatiza el hecho de que la resistencia del
sujeto está siempre vinculada al registro del yo, mientras que la censura está ligada a aquello que en el
discurso, se relaciona con la ley en cuanto incomprendida. Es entonces cuando se refiere a una novela
corta de Queneau, para ilustrar la particularidad de
la censura.

"Hay un librito pornográfico escrito por un nombre eminente en la literatura, miembro ahora de la Academia Goncourt: Raymond Queneau. En este libro, uno de los más encantadores que podamos leer, una joven mecanógrafa que se verá envuelta en la revolución irlandesa y en muy escabrosas desventuras, estando encerrada en el excusado hace un descubrimiento semejante en todos sus puntos al del padre Karamazov." Señala también que el hombre siempre está en posición de no comprender la ley completamente, ya que ningún hombre puede dominar en su totalidad la ley del discurso.

"El sujeto se ve en la necesidad de tener que eliminar, que extraer del discurso todo aquello que está relacionado con lo que la ley prohibe decir. Esa prohibición como tal, es empero totalmente incomprendida. A nivel de la realidad, nadie puede comprender por qué, si dice esa verdad, le cortarán la cabeza; nadie advierte dónde se sitúa el hecho mismo de la interdicción." Es así como la mecanógrafa de la novela de Queneau ya no se negará a nada, puesto que, en palabras de Lacan: "Acaba de producirse un hecho que ha perturbado el mantenimiento del orden en Dublín, el cual le sugiere una duda que desemboca en la fórmula siguiente: Si el rey de Inglaterra es un imbécil, entonces todo está permitido."

Referencias... publica algunos fragmentos de Siempre somos demasiado buenos con las mujeres, que dan cuenta de los puntos señalados por Lacan.

Queneau, Raymond (1903-1976). Siempre somos demasiado buenos con las mujeres. Una novela irlandesa de Sally Mara. Barcelona, Editorial Seix Barral S. A., Biblioteca Breve, 1982. Trad.: José Escué.

SIEMPRE SOMOS DEMASIADO BUENOS CON LAS MUJERES RAYMOND QUENEAU

1

-¡Dios salve al Rey! -exclamó el conserje, que, durante más de treinta años, había servido a un lord en el condado de Sussex. Su señor había desaparecido en el naufragio del *Titanic*, sin dejar herederos ni libras esterlinas para la conservación del "cásel", como dicen en la otra orilla del canal de San Jorge. Desde su regreso a la tierra de sus antepasados celtas ocupaba el fámulo aquel modesto empleo en la estafeta de correos que formaba esquina entre Sackville Street y Eden Quay.

-¡Dios salve al Rey! -repitió con voz fuerte, pues era fiel a la corona inglesa.

Había visto, horrorizado, cómo irrumpían en la estafeta siete individuos armados, a los que había tomado en seguida por republicanos irlandeses con ánimo insurrecto.

-¡Dios salve al Rey! -murmuró por tercera vez.

Y sólo pudo murmurar esta vez, porque se había excedido tanto en sus manifestaciones monárquicas, que Corny Kelleher, sin esperar más, le había inyectado una bala en el coco. Al conserje muerto se le escaparon los sesos por un octavo orificio de la cabeza, y se aplastó como una tortilla en las maderas del suelo.

John Mac Cormack tomó nota de la ejecución por el rabillo del ojo. No le parecía muy necesaria, pero tampoco era hora de discutir.

Entre las empleadas de la oficina se armó un clamoroso revuelo. Eran unas doce, inglesas auténticas o ulsterianas, y no aprobaban en modo alguno aquella serie de sucesos.

-¡Limpiad ese gallinero! -vociferó Mac Cormack.

Gallager y Dillon comenzaron a aconsejar, con palabras y hechos, a aquellas señoritas que se largasen a todo gas. Pero unas querían recoger antes su váterpruf y otras su bolso. En su modo de comportarse se adivinaba cierto pánico.

-¡Qué tías más gilipollas! -gritó Mac Cormack desde lo alto de las escaleras-. ¿Qué esperáis para echarlas a la calle?

Gallager agarró a la primera y le dio un manotazo en las nalgas.

-Pero con corrección -añadió Mac Cormack.

-Así no acabaremos nunca -gruñó Dillon, atropellado por dos de aquellas ninfas, que venían lanzadas en dirección contraria.

-¡Oh, míster Dillon! -gimió una de ellas, reconociéndolo.

Y se quedó parada.

-¿Usted, míster Dillon? ¡Un hombre tan fino! ¡Empuñando un fusil contra nuestro Rey! ¡En vez de acabar mi lindo traje de blonda!

Dillon se rascaba la cabeza, la mar de fastidiado. Pero Gallager acudió en su ayuda. Cogiendo a su clienta por debajo del brazo, le gritó al oído:

-¡Ahueca el pompis, mamona!

Oído lo cual, huyó la moza a todo escape.

Trepaba Mac Cormack al primer piso, seguido de Caffrey y Callinan. Cuando le perdió de vista, cogió Gallager a otra chica y le zurró el pandero. Dio un brinco la muchacha.

-¡Con corrección! ¡Con corrección! -repetía Gallager furibundo.

Y viendo que se le ofrecía otro par de posaderas, aplicó violentamente su bota en ellas, mandando a rodar a una joven que se había examinado muchas veces y había contestado puntualmente a un montón de preguntas sobre la geografía mundial y los descubrimientos de Graham Bell.

-¡Venga, fuera, fuera! -vociferaba Dillon, lleno de bravura frente a tanto mujerío.

Empezaba a estar más clara la situación. El personal femenino activaba el proceso corriendo hacia las salidas, de donde pasaba a Sackville Street o a Eden Quay.

Dos jóvenes telegrafistas esperaban una evacuación parecida a la de las damiselas, pero hubieron de contentarse con vulgares guantazos en la jeta. Salieron asqueados de tanta corrección.

Fuera se asombraba la gente de aquellas expulsiones. Sonaron algunos disparos. Y empezaron a disolverse los corros.

-Yo diría que no hemos dejado a nadie -observó Dillon, echando un vistazo a su alrededor.

Ninguna doncella hería ya su mirada.

II

En el primer piso apenas hubo discusión. Los altos funcionarios aceptaron su expulsión en seguida y se lanzaron escaleras abajo, para hallarse en la acera lo antes posible. El único que manifestaba cierta voluntad de resistir era el director. Se llamaba Théodore Durand, por su ascendencia francesa. Pero, a pesar de la simpatía que siempre ha unido a los pueblos francés e irlandés, el director general de correos de Eden Quay se había entregado en cuerpo y alma (tenía varios, aunque, como se verá más adelante, no le sirvieron para nada) a la causa británica y a la defensa de la corona de los Hanover. Sentía no tener allí su frac ni su esmoquin. Incluso intentó telefonear a su esposa para que se los trajera, pero vivía lejos y además no tenía teléfono at home. O sea que iba de simple chaqué. Ya en Khartum había combatido en traje de chantung y algodón gris, pero frente a aquellos republicanos, la verdad, le repugnaba tener que luchar por el Rey con tan pocow decorow.

John Mac Cormack abrió la puerta de un puntapié.

-¡Dios salve al Rey! -declaró el director principal de correos, con la firmeza de los héroes desconocidos.

Y ya no dijo ni mu, porque John Mac Cormack acababa de dejarlo seco con cinco balas dumdum anatómica y pistonudamente repartidas.

Caffrey y Callinan echaron el cadáver a un lado, y Mac Cormack se instaló en el sillón del director. Le dio a la manecilla del molinillo parlante y gritó; "¡Oiga! ¡Oiga!" por el micrófono. "Oigo, oigo", le contestaron por el auricular. Mac Cormack pronunció entonces la contraseña:

-¡Finnegans wake!

Y respondieron:

-¡Finnegans wake!

-Aquí, Mac Cormack. Hemos ocupado la estafeta de correos de Eden Quay.

-Estupendo. Aquí, la central de correos. Todo marcha bien. Sin reacción por parte británica. Hemos izado la bandera verde, blanca y anaranjada.

-¡Hurra! -dijo Mac Cormack.

-Resistid en caso de ataque, aunque es poco probable. Todo marcha bien, ¡Finnegans wake!

-Finnegans wake! -respondió Mac Cormack.

Colgaron. Y él también.

Entró Larry O'Rourke en el despacho. Con muy buenos modos había exhortado a los demás altos funcionarios a que saliesen pitando de sus cuchitriles. Todo el personal estaba expulsado. Lo confirmó Dillon, que venía de abajo. Ya no había más que esperar la marcha de los acontecimientos. Mac Cormack encendió una pipa, y luego invitó a cigarrillos a los compañeros.

Abajo estaban apostados Kelleher y Gallager delante del edificio, con el chopo debajo del brazo. Desde cierta distancia observaban algunos mirones. Otros, simpatizantes, agitaban manos, sombrero o pañuelo en señal de solidaridad; los dos insurrectos respondían de vez en cuando moviendo horizontalmente los fusiles mantenidos a pulso. Entonces se alejaban algunos transeúntes, poco seguros. Ni un solo británico parecía existir por los alrededores.

Junto al muelle, desde un pequeño velero noruego amarrado a sólidos bolardos, seguían los incidentes, sin comentarlos de manera ostensible, unos marineros escandinavos.

(...)

La bandera irlandesa ondeaba en el 43, sede del Comité Central de la Liga Nacional; ondeaba también en lo alto del Hotel Metropol y en el tejado de Correos. Un poco más lejos, Nelson seguía firme en su cielo húmedo, encaramado en la columna de cincuenta metros de altura.

Eran ya muy pocos los transeúntes, mirones, curiosos o inquietos que asomaban por allí. De vez en cuando, alguno o algunos insurrectos cruzaban la calle corriendo con el fusil o el revólver en la mano.

Los británicos seguían sin reaccionar.

Gallager sonrió y volvió a su puesto.

- -¿Todo marcha bien? -le preguntó Kelleher.
- -Los colores nacionales ondean en los tejados más importantes de O'Connell Street -contestó Gallager.

Nunca decía Sackville Street, por supuesto.

-Finnegans wake! -gritaron a coro agitando sus chopos por encima de la cabeza.

Contestaron algunos simpatizantes, pero se fueron algunos mirones.

Caffrey comenzó a cerrar las ventanas.

I۷

Pues no -pensó Gertie Girdle-, esos evacuatorios modernos no son todavía el súmmum. ¡Hacen un ruído, cuando se tira de la cadena, God misericordioso! Un ruido como de motín. No es que haya oído nunca ningún motín. Algún alboroto, sí: un gentío que se aleja entre gritos. El ruido de este water-closet es algo similar: un aullido prolongado por el gluglú del depósito que se llena; que tarda horas en llenarse. Desde luego no es el súmmum: le falta discreción. Debería peinarme un poco. Aunque ya quisiera saber a quién tengo que gustar. Todavía no está aquí mi querido novio, el comodoro Sidney Cartwright, para admirar ese velloncito que me han dejado. ¿Cuándo volveré a ver a mi novio querido? ¿Cuándo? ¿A quién gustaré entre tanto, Dios misericordioso? ¡Y esa gente que corre, cualquiera sabe por qué! No me había dado cuenta. Pensaba en mi cabello. Al menos hace dos minutos que se oyen esas pisadas, esas carreras, ese pataleo. Antes. Cuando he tirado de la cadena, ha habido como un. ¿Un qué? Tiro. ¡Qué disparate! Un suicidio. Quizá se haya suicidado monsieur Durand. ¡Me quiere tanto! ¡Y tan respetuosamente! Yo no le quiero. Ya estoy más o menos peinada. Un tiro. Se ha matado por mí. ¡Qué locura! Y ésos sin parar de correr. Se habrán vuelto locos. ¡Dios misericordioso! ¡Seré boba! ¡Dios misericordioso! Pues claro: un incendio. Un incendio. ¿Por qué no gritan fuego si es un incendio? No gritan fuego. Ha sido el ruido del agua el que me ha hecho pensar en un incendio. De todos modos, ya es hora de que salga. Mrs. Kane volverá a decir que me paso mucho tiempo fuera. ¡Qué tiranía! Por lo menos ya no corren. Algo es algo. ¡Qué tiranía! Mrs. Kane con su pelo entrecano de caspa sonrosado. Soportarla aún algún tiempo. Nunca he visto un motín ni una revolución. Son cosas que se comentan aquí. Se comentan. Se comentan. La guerra de Francia es la paz de aquí. ¡Qué paz! ¡Qué calma! Nadie corre ya. ¿Por qué no corre ya nadie? Nadie más. Nadie más. Nada más. Voy a salir. ¿Por qué no salgo? ¿Por qué? Ya he terminado. He hecho cuanto tenía que hacer aquí. Ese silencio ahora. Pon la mano en el pestillo protector. Descórrelo. Abre despacito, ¿Por qué despacito? ¿Por qué tantas precauciones? Dios misericordioso. ¿Me estaré volviendo loca? ¡Bobadas! Abro la puerta.

V

Habiendo abierto la puerta, divisó a un hombre, en el pasillo, con la pistola en la mano. Él no la vio. Cerró rápidamente y, apoyada en el lavabo, se apretó con ambas manos el corazón, que le golpeaba el pecho como para partírselo.

- -He dado una vuelta -dijo Larry O'Rourke-. No queda ni un alma. Caffrey, Kelleher y Gallager lo han cerrado todo abajo, menos la puerta de la calle. Si es preciso, la atrancan en un momento.
- -No hay peligro -dijo Dillon.
- -¿Es decir? -preguntó Mac Cormack.
- -Que no tendrán que atrancarla.
- -i. Crees que no reaccionarán los ingleses?
- -No. Tienen otras cosas que hacer. Eso es pan comido.
- -¿Es decir? -preguntó Mac Cormack.
- -Que capitularán sin disparar un tiro.
- -¡Cuentos! -dijo Mac Cormack.
- O'Rourke se encogió de hombros.
- -Es inútil discutir. Ya se verá lo que sea. Cumplamos las órdenes.
- -De momento no matan -dijo Dillon-. Sólo se trata de esperar.
- -Pues esperemos -dijo O'Rourke.

(...)

VII

No voy a quedarme aquí toda la vida -pensó Gertie-. Dios misericordioso, eran unos bandidos, unos republicanos que han saqueado la oficina. Se habrán marchado ya. No, me parece que no se han marchado. Los que se han marchado han sido los otros. Los Otros: nosotros. Seguro que ha habido un disparo. Debe de ser un motín. Su Revolución. Y el hombre del revólver debe de ser republicano. Un republicano irlandés. Dios misericordioso. Dios salve al Rey. Y yo, aquí, sola, en sus manos. Casi en sus manos, porque la puerta esa del evacuatorio me separa de ellos, me protege contra ellos. Una puerta. Se puede derribar una puerta. Cuando la hayan derribado, estaré en sus manos. Sola. Sola. ¿Cuántos son? Y ese silencio que dura. Pero no derribarán la puerta. No, no. No se atreverán. En este evacuatorio pone señoras. ¡Ja, ja, ja! No se atreverán a entrar porque pone señoras. ¡Ja, ja, ja! Y yo seguiré encerrada hasta que vengan los británicos a libertarme. A no ser que haya una mujer con ellos. Una mujer que fatalmente vendrá aquí.

Que intentará abrir. Y... Y... Derribarán la puerta. Derribarán la puerta.

(...)

IX

Se ha parado un coche. Vendrán a por ellos. ¿O es que se marchan? ¿Quiénes son? ¿Y cuántos? Tal vez conozca a alguno. A uno solo quizás. A uno al menos. Algún republicano habría entre los hombres que he visto aquí, en Dublín, en esta oficina de correos de Eden Quay. A lo mejor reconozco a alguno. No. No hay ninguna mujer. Seguro. De lo contrario, ya habría venido aquí. ¿Qué pasará con el republicano ese al que tal vez conozco? A lo mejor me odia. Uno a quien habré hecho esperar mucho en la ventanilla. O a quien habré hecho repetir unas señas porque sabía poco inglés. Un individuo de Connemara. ¡Y hay quien quiere que se vuelva a hablar irlandés! ¡Como si a Sir Durand le diera por hablar francés! ¿Qué habrá sido de Sir Durand? Quizá lo hayan hecho prisionero. O quizá lo hayan matado. Aquel tiro. ¿Quién sabe si no sería para él? ¡Pobre Sir Durand, me quería tanto y tan respetuosamente! Tal vez se haya escapado. Tal vez fuera de los que corrían. Entre aquellas pisadas tal vez sonaran las suyas. Tan digno. Tal vez haya tenido que correr. ¡Ja, ja, ja! ¡Correr él! ¡Ja, ja, ja! Tan digno. Con lo que me quería. Y yo todavía encerrada aquí.

X

(...)

- -Por cierto -dijo Mac Cormack-, ¿qué ha sido del tío que os habéis cargado?
- -Lo hemos metido en un despachito.
- -¿Y el que se ha cargado usted? −preguntó Caffrey.
- -Lo mismo: en un despacho.
- -Si hay jaleo -dijo Kelleher-, habría que hacerlos desaparecer.
- -Eso digo yo -repuso Mac Cormack.
- -Lo mejor es echarlos al Liffey -dijo Gallager.

- -No sería correcto -dijo Mac Cormack.
- -Supongamos -dijo Gallager- que a los británicos se les ocurra contestar y tengamos que aguantar aquí, qué sé yo, una temporadita.
- -Eso no son más que suposiciones -dijo Caffrey.
- -Bueno -prosiguió Gallager-, pues sería una estupidez tener que estar con esos dos cadáveres al lado. Podríamos tirarlos al jardín de Bellas Artes. La Academia Irlandesa da ahí detrás.
- -Sólo piensa en quitarse a esos cadáveres de encima -comentó Mac Cormack.
- -¡Que se queden donde están! -exclamó Caffrey-. De todas formas, eso no va a durar días.
- -No me parece desacertado lo que dice -dijo Kelleher.
- -Tienes razón -dijo Mac Cormack-. Que vayan dos a por una caja de güisqui y dos o tres de cerveza a la primera taberna que encuentren en O'Connell Street.
- -¿Y los chelines? -preguntó Caffrey.
- —Hacéis, un vale de requisa.

(...)

XII

A ver si voy a estar de pie horas y horas —pensó Gertie, mirando su reloj de pulsera, sin saber que era invento de Pascal—. Llevo aquí dos horas y media. Eso no hay quien lo resista. Estoy cansada, cansada. A ver si voy a pasarme horas y horas de plantón. En todo el rato no han parado de moverse los insurrectos. ¡Venga subir y bajar las escaleras! Daba la impresión de que llevaban cosas pesadas. ¿No irán a volar la estafeta de correos, Dios misericordioso? Huir. Huir. No, no van a volar la estafeta de correos. Pero yo no voy a estar de plantón horas y horas. Tampoco me sentaré en ese water. ¡Qué horror! ¡Esos republicanos! ¡Para que vea una lo que son capaces de hacer con una súbdita de Su Majestad británica! ¡Son unos hunos! Pero no me sentaré en ese water. ¡Qué infamia! ¡Qué humillación! Y eso que estoy tan cansada, tan cansada. No, Dios misericordioso, no voy, no voy a... A no ser que tenga un motivo. A no ser que sea justificado. Si, por ejemplo. Sí. Entonces podría sentarme. Descansar. Estoy tan cansada. Tan cansada.

XIII

Las cajas de güisqui, las de Guiness y las cintas de ametralladora fueron guardadas con meticuloso desorden en un cuarto, junto al despachito en que se alojaban momentáneamente los cadáveres de los dos funcionarios británicos apiolados por insurrectos.

-Hay tranquilidad -dijo Mac Cormack, subiéndose otra vez al primer piso.

Kelleher soñaba junto a la ametralladora. Gallager y Caffrey se habían sentado en las gradas de la escalinata y conversaban, con el chopo apoyado entre las piernas.

- -En la isla donde yo nací -decía Gallager-, que se llama Inniskea, se agradecen mucho las tormentas y tempestades debido a los naufragios. Luego, todos corren a la playa a recoger los restos. Allí se encuentra de todo. Se vive bien en nuestra islita de Inniskea.
- -¿Por qué te marchaste? -preguntó Caffrey.
- -Para venir a luchar contra los ingleses. Pero cuando Irlanda sea libre, volveré a Inniskea.

(...)

XIV

No voy a quedarme sentada aquí, ahora que he terminado. El cansancio no es infinito. El cansancio tiene límites. Ánimo. Ánimo. Necesito ánimo. Como legítima inglesa. Súbdita del Imperio británico. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Rey! ¡Seamos enérgicos! Me levanto. Tiro de la cadena. No. No tiro de la cadena. Hará ruido. Llamará la atención. Energía no es imprudencia. Hay una diferencia indudable entre ellas. Al menos según la lógica de Stuart Mill. Por supuesto. Seguramente. Pero es sucio eso de no tirar de la cadena, después de usar el... Sí. No. Efectivamente es sucio. Antihigiénico. Nada británico. Los estoy sintiendo ahí. Me parece ofrlos hablar. Bestias. Insurrectos. ¿Por ventura comprenderían el significado de esa agua, si la oyeran correr? No sabrían qué es. Deben venir todos de los suburbios, donde no existe la menor higiene. A lo mejor, hasta los hay que vienen de las islas Aran o de las islas Blasket, donde no se habla inglés, donde siguen aferrados a su jerga celta, sin conocer

los evacuatorios de nuestra civilización moderna e imperial. Y hasta puede que los haya de la isla de Inniskea, donde me han dicho que adoran a una piedra envuelta en pañales de lana, en vez de adorar a San Jorge y al Dios de los Ejércitos. Lo único que saben hacer los hombres es guinness, y las mujeres su encaje de punto de Irlanda. Que ya está pasando de moda. ¿Por qué no me habré ido más bien a Francia, a París, por ejemplo? Aquí no saben vestir. Yo conozco un poco la moda nueva. Pero aquí, el punto de Irlanda, y gracias.

(...)

XVI

Callinan y Dillon se pegaron a la pared al oír las primeras balas. Mac Cormack se levantó. Jefe valeroso. Fue a mirar por la ventana, sin la menor discreción, con el revólver en la mano.

- -Están en la esquina de Ormond Quay y Liffey Street.
- -¿Muchos? -preguntó Dillon.
- -Se esconden. Como vosotros.

Apuntó a un británico que corría de una pila de madera a otra. Madera traída de Noruega. Pero no disparó.

-No serviría para nada.

Pasado el primer susto, Dillon y Callinan fueron a coger sus fusiles y se colocaron en posición, cada cual en su ventana. Oyeron como, abajo, la ametralladora de Kelleher lanzaba dos o tres ráfagas.

- -Funciona -dijo Callinan satisfecho.
- -Llegan más por Crampton Quay y Aston Quay -dijo Mac Cormack.

Le pasó una bala cerca de la oreja, pero, como era muy valiente, se asomó un poco más.

(...)

XVIII

(...)

Le dolía horrores la tripa.

De repente.

Y le dio vergüenza. Siendo poco instruido como era, o mejor dicho analfabeto, no sabía que lo mismo les había ocurrido a los héroes más indiscutibles. Quiso resolver en el acto aquel problema y se llevó las manos a los tirantes, que eran de color verde esmeralda. Pero sintió vergüenza. Otra vez.

Recordaba las órdenes de John Mac Cormack y la obligación de ser correcto.

Aunque tenía la memoria algo perturbada por los últimos incidentes, se acordó de que en el pasillo, a la izquierda de la escalera, había dos puertas netamente distintas de las que daban a los despachos. Las había observado de reojo, mientras perseguía a los rezagados, cuando la toma de posesión. Y pensó que aquellas puertas casi seguro que tenían relación con sus necesidades presentes.

Sometiéndose al deseo muy claramente exteriorizado por Mac Cormack de que dejasen la estafeta de Eden Quay tan limpia como la habían encontrado al llegar, Caffrey, verdoso y aguantándose el vientre con una mano, fue dando trompicones hacia el pasillo que quedaba a la izquierda de la escalera.

Estaba sudando.

En tiempo relativamente corto llegó a la primera de aquellas puertas. LADIES era la palabra escrita en relieve. Pero Caffrey no sabía leer ni en irlandés. ¡Cómo iba a hacerlo en inglés, que era un dialecto mucho más enrevesado! Le pareció que aquellas seis letras le indicaban mágicamente cómo conquistar el valor. Hizo girar el pomo de la puerta, y ésta no se abrió. Lo hizo girar en sentido contrario, y tampoco se abrió la puerta. Volvió al primer sentido rotatorio, y la puerta siguió sin abrirse. Igual resultado obtuvo la rotación en sentido contrario. Tiró. Empujó. La puerta no se movía en ningún sentido. Comprendió entonces que estaba cerrada. Cosa que le entristeció. Al principio, por las muchas ganas que tenía de entrar en aquel lugar; pero, luego, como, dentro de lo que era la historia universal, en aquel momento preciso y en aquel lugar determinado de la tierra habitada, hic et nunc, estaba representando el papel de insurrecto, se puso a reflexionar sobre la situación presente.

Es sabido que la mente irlandesa no responde a las reglas del razonamiento cartesiano, ni a las del método experimental. No es francesa ni inglesa, pero se acerca bastante al bretón, o sea que procede por "intuiciones". Al no poder abrir la puerta, tuvo, pues, Caffrey la anku¹ de que allí estaba encerrado alguien. Esta anschauung² le atornilló inmediatamente las tripas. Secóse el sudor que seguía escurriéndosele por la jeta, olvidó sus trastornos egocéntricos y, descubriendo su obligación d'un seul coup d'un seul,³ decidió dar cuenta de lo que acaba de descubrir a Mac Cormack.

XIX

En medio del tiroteo, oyó Gertie unas pisadas que se acercaban, unas pisadas vacilantes, de hombre. Tal vez herido. Sintió que se apoyaba en la puerta. Vio girar el pomo a la izquierda, luego a la derecha, otra vez a la izquierda y otra vez a la derecha. Notó la presión del cuerpo intentando forzar la entrada. Luego, el silencio. Después, en medio del tiroteo, oyó que se alejaban las pisadas. Pero esta vez eran unas pisadas decididas. El tacón sonaba fuerte.

Durante todo aquel rato no había pensado en nada. En nada absolutamente. Luego pensó de modo fragmentario en lo que iba a ocurrir. Carecía de elementos con que alimentar su miedo. Por eso no tenía exactamente miedo. No sentía un miedo preciso. Flotaba sobre un gran vacío. Sabía que el futuro inmediato iría mucho más lejos que su imaginación.

Abrió maquinalmente el bolso y sacó el peine. Llevaba el pelo corto, algo todavía poco visto en Dublín, moda nueva. Se examinó en el espejo del lavabo y se gustó. Se encontró peligrosamente bella. Se pasaba el peine lenta y pausadamente. El ligero roce de las púas de concha con el cuero cabelludo, seguido de la suave ondulación de sus rizos, le daba unos escalofríos muy gratos. Se miraba intensamente a los ojos, como si quisiera hipnotizarse.

No existía el tiempo y había cesado el tiroteo.

(...)

-Jefe.

-¿Qué quieres?

-Jefe.

Mac Cormack se volvió.

-¿Todo marcha bien abajo?

-Sí.

-Pues, bueno.

-No del todo.

-¿Qué?

-Pues...

-Acaba.

-Abajo...

-¿Qué?

-Hay alguien.

-¿Y qué?

-No es de los nuestros.

Mac Cormack era jefe y por su índole de jefe entendió rápido.

-¿Un britis? -preguntó.

-Es probable -respondió Caffrey.

Mac Cormack reflexionó con más intensidad.

-¿Lo has encerrado?

-Se ha encerrado.

-Pero delante de la puerta...

-¿Oué?

-¿No hay nadie?

-No. He subido corriendo a avisarle.

-Se largará -dijo Mac Cormack.

Caffrey se rascaba la cabeza.

-No se me ha ocurrido -dijo.

Y añadió:

-Me ha cogido desprevenido. De golpe. Encerrado en el cagadero. No he podido pensar en todo. He subido corriendo a avisarle.

Larry O'Rourke y Callinan se habían puesto a escuchar.

-¿Qué coño dice? -preguntó Callinan.

- -¿Qué dice? -preguntó O'Rourke.
- -Un britis en el evacuatorio -dijo Mac Cormack.
- -Creí que habíais desalojado todos los cuartos -dijo O'Rourke-, y que os habíais asegurado de que no quedaba nadie.
- -¡Eso! -dijo Mac Cormack, olvidando que O'Rourke se había encargado de comprobarlo.

Todavía no era un verdadero jefe. No sabía pegar broncas. En cambio, a Larry O'Rourke, que era instruido, se le veía muy capacitado para subjefe. Además tenía una cabeza ordenada.

- -¡En el cagadero! -exclamó Caffrey-. ¿A quién se le ocurre esconderse en el cagadero?
- -Hay que prever todos los planes del adversario -dijo O'Rourke.

(.,.)

XXI

Al oír pasos en la escalera, Kelleher y Gallager volvieron la cabeza. Vieron a Mac Cormack y Caffrey que bajaban despacio, con el colt en la mano. Torcieron a la izquierda para meterse por el pasillo. Kelleher y Gallager siguieron haciendo guardia. Anochecía. Las calles estaban desiertas. Los británicos, tranquilos. Ninguna luz se atrevía a manifestarse. Por encima de los tejados asomó un trozo de luna. El Liffey comenzó a estremecerse suavemente. La ciudad estaba profundamente callada.

Kelleher y Gallager oyeron en aquel momento un grito femenino. Se volvieron. Hubo otros ruidos menos agudos. Luego, de nuevo, un grito de mujer, exclamaciones, insultos. A través de la penumbra vieron entonces a sus dos compañeros arrastrando a una sombra que apenas forcejeaba y había dejado de gritar.

- -¿Qué pasa? -preguntó Gallager con una punta de emoción.
- -Una furcia que se había escondido aquí -dijo Caffrey-. Vamos a interrogarla.
- -¿Por qué no la echáis a la calle? -preguntó Gallager.

(...)

XXIII

Habían encendido una velita. Dillon vigilaba junto a una ventana. Mac Cormack se había sentado a la mesa de Sir Théodore Durand; tenía a Larry O'Rourke a su derecha. Callinan y Caffrey estaban uno a cada lado de Gertie, a la que habían sentado en una silla, un poco atada, pero con ciertas precauciones.

-Nombre, apellido, profesión -dijo Mac Cormack.

Se volvió hacia O'Rourke y le preguntó: "¿Está bien así?" Larry asintió con la cabeza. Mac Cormack preguntó además: "¿Lo escribimos?". Pero los demás dijeron: "No vale la pena". Entonces repitió Mac Cormack:

- -Nombre, apellido, profesión.
- -Gertrude Girdle -contestó Gertrude Girdle.

Otras veces se había sentado en aquella silla, delante de aquella mesa; pero entonces, en el sillón de enfrente, se sentaba un honorable funcionario, de cierta edad, que alimentaba con el cañamón del afecto las palomas de un deseo discretamente platonizado. Pero Sir Théodore Durand la había palmado (ella lo ignoraba), y Gertrude se hallaba frente a un republicano segurísimamente terrorista.

Bien parecido, por otra parte, aunque no muy bien vestido.

Su vecino estaba francamente bien. Un gentleman, sin la menor duda. Uñas limpias.

A derecha e izquierda, un par de bestias. Republicanos de verdad. Le habían atado las muñecas. Aunque, la verdad sea dicha, sin hacerle mucho daño. ¿Por qué?

Junto a la ventana, otro insurrecto, fusil en mano. Buen mozo también.

Eran más bien guapos los cinco. Pero, descontando al asesor del que la interrogaba, no eran personas educadas ni mucho menos.

Ninguno de aquellos patanes debió de entonar nunca el God save the King.⁴

- -Profesión.
- -Funcionaria de correos.
- -¿De verdad? -dijo Caffrey, que tenía su opinión al respecto.
- -¿Departamento? -preguntó Mac Cormack.
- -Certificados.

Ahora los miraba sin temor. Ellos la distinguían mal. Naturalmente destacaba una mancha de pelo rubio en la cabeza, cortado, por cierto, lo cual resultaba extraño. Era alta, y el parpadeo de la vela ponía destellos en las dos protuberancias de su blusa. Su cara se iba relajando. Al principio parecía casi fea. Ahora sus labios sin pintar, pero mordidos, dibujaban la ancha ballesta de su sensualidad. Los ojos eran azules, duros. La nariz, recta y sin el menor aleteo. Mac Cormack, atascado con lo de los certificados, dijo pensativo:

-¡Ah, ah, certificados!

Caffrey pensó para sus adentros que habría que interrogar a la gachí sobre el funcionamiento de aquella sección.

Le parecía sospechosa. Dillon y Callinan, severos pero justos, aguardaban antes de formarse una idea de la situación.

Mac Cormack se volvió hacia Larry O'Rourke. El aire intelectual de su lugarteniente parecía disimular con un velo epidérmico un cerebro en plena ebullición. Mac Cormack se volvió entonces hacia Caffrey.

-Que explique por qué estaba donde estaba -dijo este último.

Gertie se sonrojó. ¿Iban a recordarle eternamente la verguenza de aquel retiro? ¡Como si no hubiese sido un retiro involuntario! Pensando otra vez en ello, ya que la obligaban a hacerlo, se puso como la grana.

-Quizás podríamos prescindir de este detalle -dijo Mac Cormack, violentísimo.

Se puso muy rojo, tirando a cereza. O'Rourke daba la impresión de seguir reflexionando intensamente. Pero los demás se echaron a reír de un modo grosero y más bien mal educado.

Gertie rompió a llorar.

Mac Cormack dio un porrazo en la mesa y se puso a gritar, con lo cual se le aclaró la tez.

-Ya os he dicho muchas veces que hay que ser correctos -aulló-. Os lo he repetido bastante, cojones, y vosotros venga bromear porque la señorita ha sufrido percances que la avergüenzan.

Gertie sollozaba.

-¡Somos insurrectos -rugió Mac Cormack-, pero correctos, caray! Sobre todo con las damas. Finnegans wake, camaradas! Finnegans wake!

Se irguió. Los otros se cuadraron y gritaron a coro con decisión:

-Finnegans wake!

-¡Qué horror! -murmuró Gertie a través de sus bellos lagrimones de rubia.

Mac Cormack volvió a sentarse; lo mismo hizo Larry. Los demás volvieron a animarse.

Dillon le dijo a Callinan:

- -Tu turno de guardia.
- -No interrumpas el interrogatorio -dijo Caffrey.
- -Espera un poco -dijo Callinan-. No creas que me divierte tener que aguantarla.
- -Podrías ser más educado con esta señorita -dijo Larry O'Rourke.
- -Ya no entiendo nada -dijo Callinan.
- -¡Callaos de una puñetera vez! -dijo Mac Cormack.
- -Sí, pero seguimos sin enterarnos de nada -dijo Caffrey-. Si no tenía nada que reprocharse, ¿a qué coño ha ido al water esa tía mierda? ¿Y qué hostias estaba haciendo en el cagadero esa mamona británica, hija de la gran puta?
- -¡Basta! -dijo Mac Cormack.

Pegó, repegó, repepegó y requetepegó puñetazos sobre el tapete de la mesa y, por tanto (indirectamente) sobre la mesa.

-¡Basta! ¡Basta!

Pero, dirigiéndose a la damisela, añadió:

-De todas formas, no deja de ser sospechoso.

Gertie le miró fijamente a los ojos, y fue como si le pellizcaran (ligeramente) por la zona de la vejiga. Aquello le pareció extraño, pero no dijo nada.

-Me estaba empolvando -dijo Gertie.

Mac Cormack, que no había apartado los ojos de la mirada azul de la muchacha, no captó de inmediato el sentido de su respuesta. Caffrey, más pronto en la comprensión de su incomprensión, preguntó con viveza:

-¿Empolqué?

-Empolvando, paleto -respondió Gertie animada por la mirada de Mac Cormack, que parecía, o se lo parecía a ella, estar echándole una mano.

En efecto, Mac Cormack, muy turbado, sentía que la mirada se le volvía mano. Larry O'Rourke sufría una evolución análoga, pero, por ser más intelectual que su jefe, eran de menor voltaje las tensiones que notaba en su fisiología. Aunque las ganas eran idénticas. Por otra parte, ninguno de los dos se había dado cuenta de la similitud de sus convergencias.

-Empolvando -insistió Gertie-, sí, empolvando, indigno irlandés, terrorista. Además, suélteme. ¡Suélteme! ¡Le digo que me suelte! ¡Desátenme las manos! ¡Desátenme las manos!

Y otra vez sollozaron los sollozos.

Mac Cormack se rascó la cabeza.

–Quizá sí podríamos desatarle las manos.

Dijo, circunspecto, Mac Cormack.

- -Quizá -dijo Larry O'Rourke.
- -¡Psé! -exclamó Caffrey-. Es capaz de pegarnos.
- -Hace un cuarto de hora que he terminado mi guardia -dijo Dillon-. ¡Mierda!

Al oír esta palabra, Gertie triplicó sus sollozos.

- -Vete ya -dijo Mac Cormack a Callinan.
- -¿La desatamos o qué?
- -Nanay -dijo Caffrey.
- -¡Basta ya! -dijo O'Rourke.
- -¿Entonces qué?

Escucharon sus sollozos.

La noche, serena, estrechaba entre el tizne de sus muslos a la blanquísima luna, y el pulmón de sus constelaciones se agitaba débilmente con el soplo de una brisa clásica transportada por el Gulf Stream. Los paisanos aterrados por los terroristas se enterraban en sus casas, y los soldados, con las armas en alto, respetaban, por motivos tacticoestratégicos, la calma de aquellas horas nocturnas, que debían todo su oscuro fulgor a la presencia dispersa de unas dos mil estrellas, amén de los planetas y sus satélites, el más considerable (relativamente) de los cuales era con toda seguridad el antes mencionado.

Cuando el silencio es así de grande, ataca al corazón. O algo más abajo, por donde los órganos copuladores. ¡Oh, música etérea de las esferas! ¡Poder erótico de las dobles corcheas cósmicas anuladas por la tendencia gravitacional e inevitable del mundo a la nada!

Sobre la superficie tersa y transparente del silencio caían una a una, cristalinas y saladas, las lágrimas de Gertie.

Aquellos brutos de insurrectos comenzaron a entender que la corrección suponía cierta reserva o al menos cierto dominio de los reflejos primarios. Suspiraron, mientras ella sollozaba.

-Estábamos en lo de empolvarse -dijo Mac Cormack.

(...)

-¡Empolvarse! -exclamó Caffrey-. ¡Sí, sí! Ya nos gustaría saber qué significa eso.

Gertie, atada de manos, no podía secarse las lágrimas, ni contener las que le salfan por la nariz.

Aspiró la moquita.

Mac Cormack sintió que se le inundaba de bondad el corazón.

- -Préstale tu pañuelo -le dijo a Caffrey.
- -¿Mi qué? ¡Estás tú bueno!

Siempre expelía sus mocos sin recurrir a tela alguna.

-Tome -dijo Callinan.

Se sacó del bolsillo un gran pañuelo verde adornado con arpas de oro en los cuatro ángulos.

- -¡Joder! -exclamó Caffrey-. ¡Qué elegancia!
- -Un regalo de la novia -explicó Callinan.

(...)

XXV

(...)

Tosió Mac Cormack.

-Sigue el interrogatorio -dijo.

Gertie parecía otra vez tranquila. Había recobrado su temple británico. Se sentía fuerte y segura de sí misma. Además estaba convencida de que ya no le harían más preguntas sobre su estancia en el evacuatorio: las causas de su ida a y de su permanencia en.

Abrió, pues, los párpados y posó su mirada azul en las facciones de Larry O'Rourke, que se sonrojaron, por más que el propio Larry O'Rourke permaneció impasible. Se inclinó hacia su jefe y le habló en voz baja. Mac Cormack bajó la cabeza asintiendo. Volviéndose hacia la prisionera, le preguntó Larry:

-Señorita Girdle, ¿qué opina usted sobre la virginidad de la madre de Dios?

Gertie observó a los cinco hombres en una ojeada circular y respondió firmemente:

- -Ya sé que todos son papistas.
- -¿Qué? -preguntó Caffrey.
- -Católicos -explicó Callinan.
- -O sea que nos está insultando -dijo Caffrey.
- -¡Silencio! -gritó Mac Cormack.
- -Señorita -dijo O'Rourke-, ¿quiere contestar a mi pregunta con un sí o un no?

-Señorita -dijo O'Rourke.

Gertie se volvió hacia él.

- -Le he preguntado si cree usted en la virginidad de la madre de Dios.
- -¿En la...? -preguntó Gertie.
- -Virginidad de la madre de Dios.
- -No entiendo lo que me pregunta.
- -Efectivamente es un misterio -observó Dillon, que sabía bastante bien el catecismo.
- -¡No conoce a la madre de Dios! -exclamó Callinan con desprecio.
- -Ya se ve que es protestante -dijo Caffrey con tono indiferente.
- -No -dijo Gertie-, soy agnóstica.
- -¿Qué? ¿Qué?
- -Caffrey perdía la chaveta.
- -Agnóstica -repitió O'Rourke.
- -¡Vaya! -dijo Caffrey-. ¡Tampoco aprendemos palabras hoy! ¡Cómo se ve que estamos en la tierra de James Joyce!5
- -¿Y eso qué quiere decir? -preguntó Callinan.
- -Que no cree en nada -dijo O'Rourke.
- -¿Ni siquiera en Dios?
- -Ni siquiera en Dios -dijo O'Rourke.

Se produjo un silencio y todos la miraron con espanto y consternación.

- -Eso no es exacto -dijo Gertie con voz suave-, y me parece que simplifica un poco mi modo de pensar.
- -¡Será puta! -murmuró Caffrey.
- -No niego que pueda existir un Ser supremo.
- -¡Joder! -murmuró Caffrey-. ¡Estamos arreglados!
- -Hagámosla callar -dijo Callinan.
- -Y -prosiguió Gertie- siento el mayor respeto por nuestro digno rey Jorge V.

Otra vez hubo silencio y consternación.

-Pero, vamos a ver -empezó Mac Cormack.

No siguió. Unas ráfagas de ametralladora rechinaron contra la pared y saltaron a la calle los cristales de las ventanas fortificadas. En la planta baja replicó la ametralladora de Kelleher de manera inmediata y contundente. Algunas balas pasaron por las troneras y empezaron a zumbar por el cuarto. Los hombres se echaron al suelo y fueron a rastras hasta donde estaban las armas. Alguien derribó la silla de Gertie: la muchacha se puso a patalear en su incómoda postura. Con lo que puso al descubierto unas piernas delgadas, pero sustanciosas y moldeadas en una materia preciosa: la seda. Cuando Larry tuvo su fusil, volvió gateando hasta ella y le bajó las faldas, para taparle las pantorrillas. Entonces comprendió Gertie que uno de aquellos hombres ya estaba enamorado de ella.

(...)

XXVII

(...)

Se removió y dijo que pasaran. Así lo hizo un marino, que se cuadró y le tendió un mensaje. Cartwright lo descifró, enterándose de esta manera de la insurrección de Dublín.

El Furious debía remontar el Liffey, bombardeando, si era preciso, varios puntos indicados, particularmente la oficina de correos que hace esquina con Eden Quay.

Cartwright se levantó y comenzó a actuar como buen oficial de la marina británica que era. Lo cual no le impedía estar preocupado por la situación de su prometida Gertie Girdle. Claro que en el telegrama no se la mencionaba para nada. Era un telegrama oficial, general y sinóptico; por cuyo motivo se desentendía de todo individuo particular.

Unos minutos más tarde, Cartwright, en su castillo de proa, tenía el corazón hecho polvo, un nudo en la garganta, un vacío en el estómago, la boca seca y la mirada fija.

XXVIII

El zafarrancho acabó como había empezado: sin motivo aparente. Los británicos no parecían haber avanzado lo más mínimo. Pero sí era seguro que habían tenido bajas. En la estafeta de Eden Quay no había heridos. En el primer piso, tras unos minutos de silencio, se miraron los cinco hombres. Mac Cormack se decidió a decir al fin que aquello parecía terminado. Larry O'Rourke corroboró su afirmación.

-¿Volvemos a empezar el interrogatorio? -preguntó Caffrey.

La chica seguía en el suelo, atada a su silla, sin moverse.

Dillon fue a levantarla, pero se le adelantó O'Rourke. Cogió a Gertie por debajo de los brazos y volvió a colocar a muchacha y silla sobre sus seis pies. Dejó un segundo las manos bajo las axilas de Gertie, cálidas y un poco húmedas. Las retiró sin prisa y disimuladamente se las pasó por la nariz. Se quedó un poco pálido. Caffrey lo vigilaba imperturbablemente.

(...)

O'Rourke se concentró y dijo:

-Antes ha hecho una profesión de fe agresiva o, por lo menos, con algunos matices ateos. Y sin embargo parece rechazar toda acusación de escepticismo, si es que he entendido bien el significado profundo de las frases que ha pronunciado, interrumpidas, la verdad sea dicha, por algunos comentarios de mis compañeros de armas.

Caffrey no chistó.

-Sí -prosiguió Larry-, no parece negar del todo a nuestro Dios. ¿Qué conserva de él? ¿Su majestad?

Sin alzar los ojos preguntó Gertie:

- -¿Y quiénes son ustedes para interrogarme así?
- -Somos combatientes. El Ejército Republicano Irlandés -respondió O'Rourke-. Y luchamos por la libertad de nuestro país.
- -Son unos rebeldes -dijo Gertie.
- -Exacto. Es justamente lo que somos.
- -Rebeldes contra la corona inglesa -prosiguió Gertie.

A Caffrey se le escapó el fusil de lo nervioso que estaba. Gertie se asustó.

- -No tienen derecho a rebelarse -declaró.
- -Se está pasando -dijo Callinan-. Encerrémosla ahí al lado y descansemos un rato, para cuando las cosas se pongan feas de verdad.

Mac Cormack bostezó.

- -Sólo es un minuto -insistió Larry-. Nos interesa conocer a nuestros adversarios.
- -¡Como si no los conociéramos desde hace siglos! -replicó Dillon, medio dormido.
- -Cree en el Rey y no cree en Dios -exclamó Larry-. ¿No es extraordinario y apasionante?

- -Es curioso -dijo Mac Cormack con tono indiferente-. Pero, ¿tan bueno le parece su Rey? -añadió, sin el menor interés, dirigiéndose a Gertie.
- -Tiene pinta de imbécil -dijo Callinan.
- -Enséñale el retrato -dijo Mac Cormack-. Desde ahí no puede verlo.

Callinan se subió a una silla y descolgó la fotografía del Rey, que estaba en la pared, frente a la mesa. Casualmente una bala pasajera había rajado el cristal y se había llevado un canto del marco. El armatoste empezaba a carecer de dignidad. Callinan lo apoyó en un archivador y puso la vela de tal modo que lo alumbrara correctamente.

Gertie miró el retrato.

- -La verdad es que no parece un lince -comentó Larry O'Rourke-. No hay nada en su cara que demuestre inteligencia o energía. Y esa nulidad es el símbolo de la opresión de cientos de millones de hombres por unas decenas de millones de británicos. Pero los oprimidos ya no se extasían ante esa facha insulsa, y usted misma ve, aquí y ahora, los primeros resultados de este juicio crítico.
- -¡Así se habla! -aprobó Callinan.
- -Sólo puedo contestarle: ¡Dios salve a nuestro Rey!
- -Pero, ¿quién quiere que lo salve, si no cree usted en Dios?
- -¡Dios salve a nuestro Rey! -repitió Gertie.
- -¡Qué animal! -exclamó Callinan.
- Acabará creyéndose una Juana de Arco –observó Dillon.
- -Pero -vociferó Mac Cormack (gritaba para espantarse el sueño, que le asediaba por todas partes)-, pero, ¿no le están diciendo que su Rey es un pobre gilipollas? Prueba de ello es que no consigue vencer a los alemanes, los dirigibles bombardean Londres y miles de soldados ingleses están cayendo en Artois para que los franceses puedan imponer su dominación en Europa. Y todo eso es una gilipollada.
- -Lo reconozco -concedió Gertie.
- -¡Lo ve! Y en Irlanda sabe todo el mundo que se entrega al vicio solitario y eso lo deja tan atontado que es incapaz de entender el menor informe. ¡Sí señora!
- -¿Usted cree?
- -¡Como se lo digo! Su Rey es un desgraciado, un pelagatos. En una palabra, vuelvo a repetírselo: un gilipollas.
- -Pero -exclamó Gertie-, si el rey de Inglaterra fuese un gilipollas, estaría permitido todo.

XXIX

- –¿Podemos dormir? −preguntó Kelleher de repente.
- -Yo no tengo sueño -dijo Gallager.
- -¿Qué hora es? Va a ponerse la luna.
- -Las tres.
- -¿Crees que volverán a atacar esta noche?
- -¿Yo qué sé?
- -Pues yo dormiría un poco.
- -Duerme si quieres. Ya velaré yo.
- -Pero, ¿está permitido?
- -Duerme, si te apetece, hombre. Yo no tengo ganas.
- -/. No tienes sueño?
- -No. Con todos esos muertos, no.
- -Olvídalos.
- -Es fácil decirlo.
- -Están muy callados arriba -observó Kelleher.
- -¿Crees que duermen?
- -No sé. ¿Has visto la cara de la chica, cuando la sacaban del water?
- -No. Yo sólo veo una cara: la de la chavala tumbada en la calle, en plena noche.
- -Olvídala.
- -Es fácil decirlo.

En eso le entró miedo.

- -No, Kelleher, por favor, no te duermas, no me dejes solo. No me dejes solo con todos esos muertos.
- -Bueno, no dormiré.
- -No es por la chica. Te aseguro que no me importaría echarme a su lado; y conste que no he dicho encima. Son los dos inglis de al lado los que no me dejan en paz. ¡Qué poco deben de querernos! Eso de dejarlos tirados como colillas les hará muy poca gracia. Claro que son enemigos. Pero, ¿qué necesidad hay de humillarlos?
- -Me estás dando la noche.

Kelleher se levantó.

- -¿Sabes qué? Me voy a atizar un trago de güisqui.
- -Pásamelo luego.

Estuvieron mamando hasta dejar la botella seca.

-Y mañana -dijo Kelleher- habrá más.

- -¿Más qué?
- -Muertos.
- -Sí. Nosotros, a lo mejor.
- -Puede. ¡Qué a gusto dormiría!
- -Tengo miedo -dijo Gallager-. Están tan cerca los muertos.

Suspiró.

Kelleher cogió la botella de güisqui y la tiró contra la pared, donde se rompió muy discretamente.

-Se me ocurre una cosa -dijo Kelleher.

Gallager eructó con intención interrogativa.

- -Anda, dilo ya -se puso.
- -Pues que a los muertos hay que eliminarlos.
- -¿Y cómo? -hipó Gallager.
- -Arrojándolos al elemento líquido. ¿Has visto el fulano que te has cargado antes? Ha caído directamente al agua y ya no te molesta. Conque voy a proponerte una cosa. Los metemos a todos en la carretilla, o de uno en uno, si no caben juntos, y vamos a descargarlos al Liffey. Así, mañana, cuando se presenten los británicos, nos encontrarán lo que se dice descansados y con la mente libre, tan libre como será Irlanda, cuando hayamos ganado.

En la sílaba "ga" saltó Gallager: "Sí, sí! ¡Eso es!" Y empezó a agitarse de modo desordenado.

- -¡Era mi plan! ¡Era mi plan!
- -Será peligroso -advirtió Kelleher.
- -Sí -dijo Gallager, parándose en seco-. Con los otros podremos ir corriendo hasta el muelle. Pero la chica, ahí, en la acera, para recogerla...
- -Sí -dijo Kelleher-, va a ser peliagudo.
- -Y Mac Cormack -dijo Gallager-, ¿qué dirá de eso?
- -Apechugamos con la responsabilidad. Será una iniciativa.
- -No sé. Ya veremos. Pero es que no puedo vivir así hasta la muerte.
- -Tú me ayudas a meter a los dos funcionarios en la carretilla y en seguida comienzas a empujar a la chica hasta la orilla. Entonces me lanzo yo, y los tiramos al río al mismo tiempo. De modo que sólo se oiga un chaf. Después echamos a correr y ya está.
- -Te agradezco que me dejes la chavala. Me gusta la carne fresca -bromeó Gallager, a quien la perspectiva inmediata de desprenderse de tres fantasmas a la vez ponía de mejor humor.
- -Pues manos a la obra -exclamó Kelleher.

Dejaron vigilancia y ametralladora y, pese a la oscuridad, se dirigieron con bastante precisión al cuartito donde estaban guardados los dos funcionarios. Kelleher tuvo que resignarse a abrir la puerta y no hizo el menor ruido: los dos fiambres esperaban plácidamente.

(...)

XXX

Desde el comienzo del combate se estuvo preguntando Callinan qué tenía que hacer. Con un fusil entre las piernas, dormitaba acurrucado junto a la puerta del despachito, donde habían decidido encerrar a su prisionera; solución adoptada, por cierto, después de una enmarañada controversia. Callinan no veía la necesidad de estar delante de aquella puerta; le parecía que su deber era combatir y no estar haciendo de carcelero. Sentía una curiosidad inmensa por averiguar qué pasaba dentro. Se levantó y, después de unos segundos de vacilación, hizo girar el pomo y empujó la puerta despacio. Las luces nocturnas iluminaban el cuarto pálidamente. Callinan adivinó una mesa de despacho, un sillón y una silla. Una bala perdida hizo añicos un cristal de una ventana. Instintivamente se echó al suelo; luego levantó la cabeza con cautela y descubrió a la inglesa; la cual, pegada a la pared, junto a la ventana, observaba con mucha atención lo que pasaba fuera.

Cuando aflojó el tiroteo, Callinan se levantó y preguntó en voz baja: -; Está bien?

Gertie no contestó. Ni siquiera se alarmó. Entonces sonó el cuádruple chapuzón.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Callinan, inmóvil.

Sin dejar de atender intensamente a lo que ocurría fuera, le dijo ella por señas que se acercara. En aquel momento arreció el tiroteo. Callinan avanzaba precavidamente, sin apartarse de la pared, cuando oyó la corrida de los dos hombres, el portazo de abajo y las ráfagas de ametralladora de Kelleher. Estaba ahora junto a Gertie, que le cogió una mano a tientas y se la estrechó con fuerza. Callinan miró por encima de su hombro. Vio los muelles con sus montones de madera, el puente O'Connell y por último el Liffey, que se deslizaba lentamente, arrastrando una carretilla zozobrante hacia su desembocadura.

-¿Qué ha sido? -volvió a preguntar Callinan con voz muy baja.

Ella seguía apretándole la mano. Con la otra sujetaba Callinan su fusil. Continuaba el combate; no cesaban los tiros. Callinan pensó utilizar su arma.

-Suélteme -le murmuró al oído.

Esta vez se volvió hacia él.

- -¿Qué le han hecho? -le preguntó.
- -¿A quién?
- -A la otra.

Apenas se oían sus voces.

- -1. Qué otra?
- -La que estaba echada ahí, en la calle.
- -¡Ya! ¿La que se han cargado los ingleses? Una compañera suya.
- -La han tirado al Liffey.
- -¡Ah! ¡Ha sido eso!
- -Había un hombre encima de ella, un compañero suyo.
- -¿Qué hacía? ¿Encima de ella?
- -No sé. Se movía.
- -¿Y qué más?
- -No lo sé. Otro, otro compañero suyo, corría empujando una carretilla.
- -¿Y luego?
- -Han arrojado un montón de cadáveres al Liffey.
- -Puede ser. ¿Qué más?
- -¡Toda aquella gente! ¡He visto como los tiraban al agua! ¡Los he oído! ¡Han matado a Sir Théodore Durand?
- -¿El director?
- -Sí.
- -Creo que sí.
- -También lo han arrojado al Liffey, junto con otro y con la chica sobre cuyo vientre se había estado revolcando su compañero.
- -¿Qué más?
- -¡Qué más!

Lo miró. Sus ojos eran de lo más azul.

-No me acuerdo -dijo.

Y en seguida le puso la mano en el braguetón.º

-Mire la carretilla de los muertos, allá, bogando hacia el mar de Irlanda, arrastrada por el Liffey.

Miró Callinan. En efecto, flotaba una carretilla en el río. Callinan exhaló

un débil gemido en señal de que la había visto. La mano seguía en el braguetón, inmóvil y opresora; una mano, no muy pequeña, más bien rolliza, cuyo calorcillo empezaba a traspasar la tela de la prenda. Callinan no se atrevía a moverse, aunque no todo su cuerpo obedecía al mandato de su voluntad; algo se le estaba rebelando.

-Sí -dijo Gertie-, adiós carretilla.

Su mano recorrió el timón de la carretilla que no salía de su asombro a su lado.

- -¿Por qué no me han matado, para arrojarme al agua, después de hacerme rodar por los adoquines, como a la otra?
- -No lo sé -tartamudeó Callinan-, no lo sé.
- -Van a matarme, ¿verdad? ¿Van a matarme? ¿Van a tirarme al río, como a mi compañera, como a Sir Théodore Durand, que me amaba tan respetuosamente?

Un escalofrío le bajó por el espinazo, y apretó nerviosamente, pero con vigor, lo que tenía en la mano.

-Me hace daño -murmuró Callinan.

Se soltó y dio un paso atrás, luego otro, pero no llegó a dar el tercero. La silueta de Gertie se dibujaba en el cielo de la ventana. Se había quedado inmóvil, de cara a Liffey. Una suave brisa nocturna convertía en espuma su cabello. Había estrellas a su alrededor.

-Salga de la ventana -dijo Callinan-. Le van a disparar los británicos: es un blanco perfecto.

Se volvió. Ya no se veía su silueta. Ambos estaban ahora en la oscuridad.

- -¿Así que tienen la intención de fundar una república en este país?
- -Ya se lo hemos explicado antes.
- -¿Y no le da miedo?
- -Soy un soldado.
- −¿No le da miedo la derrota?

Sintió que miraba exactamente en dirección a él. Por otra parte, estaban a dos pasos uno de otro. Callinan empezó a retroceder lentamente y sin hacer el menor ruido. Subió un poco la voz para que Gertie no notase el cambio de distancia.

-No -contestó-, no, no y no.

A cada paso que daba hacia atrás aumentaba su volumen de voz. Dio con la espalda en la pared lateral.

-Los vencerán -replicó ella-. Los aplastarán. Los..., los...

Callinan fue subiendo el fusil a lo largo de su cuerpo y se disponía a apun-

tar. En el extremo del cañón brilló una mancha luminosa.

-¿Qué está haciendo? -preguntó Gertie.

No contestó. Intentaba imaginar lo que iba a suceder, pero no lo conseguía; y la lucecita del cañón oscilaba, indecisa.

- -Me va a matar -dijo Gertie-. Lo ha decidido solo.
- -Sí -murmuró Callinan.

Bajó el arma poco a poco. Mac Cormack hacía mal dejando viva a aquella loca; pero él, Callinan, no tenía derecho a ejecutarla. Arrimó el fusil a un rincón de la pared. Tenía las manos libres. Gertie avanzó hacia él con los brazos tendidos, palpando la oscuridad. Era bastante alta. Lo alcanzó a la altura de los sobacos. Callinan tenía desabrochada la chaqueta y no llevaba chaleco. Gertie empezó a frotarle las costillas, bajando poco a poco hasta la cintura. Entonces los brazos de Callinan se cerraron alrededor de la inglesa. Ella se le pegó al cuerpo y lo abrazó por debajo de la chaqueta, acariciando sus omóplatos musculosos. Luego recorrió el óseo y nudoso camino de la columna vertebral, mientras, con la otra mano, empezaba a desabrocharle la camisa. Sintió la carne sudorosa del irlandés, cuyos músculos pectorales se estremecieron bajo sus dedos. Se restregó la cara en un hombro que olía a pólvora, sudor y tabaco. Callinan sintió en el rostro el cosquilleo de sus cabellos. Algunos, rubios y suaves, le flotaron por las ventanas de la nariz. Le entraron ganas de estornudar. Y estornudó.

-Eres tan gilipollas como el rey de Inglaterra -murmuró Gertie.

Callinan pensaba lo mismo, pues no tenía buena opinión del monarca británico, y consideraba extraordinariamente culpable y estúpido el tener así a una inglesa entre sus brazos, debido a los grandes sufrimientos de su patria, además de lo aguamotines que resultaba aquello. Sin ella todo hubiera sido tan sencillo en la pequeña oficina de correos. Dispararían contra los británicos –;pim, pam!– y tendrían claramente trazado el camino hacia la gloria y la cerveza Guinness o, por lo contrario, hacia una muerte heroica; pero habían tenido la mala sombra de que a aquella pija, a aquella gilipollas, a aquella chinchosa, a aquel pendón, a aquel boniato se le ocurriese ir a encerrarse en el retrete en el momento más trágico y crucial; y ahora a ellos, a los insurrectos, no les quedaba más remedio que aguantarla (no podía emplearse mejor palabra) como una carga moral, insoportable y quizá especulatriz.⁷

Y no era porque no tuviese estremecimientos, sacudidas nerviosas y tumescencias, que le recordaban que no era más que un pobre pecador, un hombre carnal, pero pensaba en su deber y aquella corrección que les predicaba Mac Cormack. Gertie había encontrado, entre tanto, el ombligo del irlandés. Lo mismo las estatuas que la voz pública la habían inducido a pensar que aquella parte del cuerpo humano era idéntica en el hombre y en la mujer. Pero no acababa de creérselo, estando enamoradísima de su propio ombligo, en el que le gustaba introducir el dedo meñique para frotar el fondo; y esta operación le parecía particularmente grata y femenina. Aun admitiendo que el de los hombres fuese idénticamente igual, se figuraba, pero de modo confuso, que era imposible que fuese tan hondo y suave.

El de Callinan la dejó encantada: era tan agradable al tacto como el suyo. En cuanto al mozo, no hay que olvidar que era soltero y conocía mal las blandicias preliminares del acto radical, ya que sus cacerías se limitaban a lugareñas o maritornes, cobradas en algún montón de heno o en mesas de tabernas cubiertas aún con la grasa de todo. De modo que no supo resistir a aquella caricia y empezó a imaginar, para toda la serie de gestos anteriores, una conclusión muy distante del noble rechazo. Pero, ¿dónde se verificaría la conclusión? Era la pregunta que se hacía, sintiéndose en el último extremo. Todavía le asaltó un penúltimo escrúpulo: el nivel social de su Ifigenia, y luego el último: la virginidad de la doncella. Pero, pensando que su doncellez no pasaba quizá de probable, renunció a reflexionar más y se entregó con toda inocencia a la actividad sexual desencadenada por las provocaciones de la joven funcionaria.

(...)

XXXII

También a Callinan le había dado por pensar en su novia. Con el parpadeo que le entró, creyó vislumbrar un instante, a pocos centímetros de sus ojos, el palmito de Maud, la joven camarera del Shelbourne. Si no pasara nada, es decir, si se instaurara la república independiente y nacional en Dublín, se casaría con ella en el otoño. Era una verdadera irlandesa aquella pequeña Maud, además de buena y simpática. Pero todos estos pensamientos no libraron a Callinan de cometer una fechoría abominable. Llegaban tarde aquellos pensamientos, aquel ideal de noviazgo fiel. Era demasiado tarde. ¡Demasiado tarde! La virgen británica, despatarrada en una mesa, con las piernas colgantes y las faldas subidas, lloriqueaba por su virginidad perdida, cosa que extrañaba a Callinan, porque pensaba que, en definitiva, se lo

había buscado ella. En el fondo tal vez lloraba porque le había hecho daño, a pesar de que había procurado hacérselo lo mejor que pudo. Al concluir su acto odioso, estuvo unos segundos sin moverse. Sus manos seguían explorando el cuerpo de la muchacha, mientras su cerebro consideraba sorprendentemente que llevase tan poca ropa debajo del vestido; hubo detalles que hasta le causaron una extraña sorpresa. Por ejemplo, no llevaba pantalones: nada de sedas susurrantes ni encajes de punto de Irlanda.
Seguro que era la única señorita dublinesa que desdeñaba de aquel modo
la ropa interior con escalonamientos y complicaciones. Pensó que tal vez
fuese una moda nueva venida de Londres o París.

Eso lo turbó de un modo increíble. Empezaron a arderle los riñones. Dio dos o tres sacudidas y, bruscamente, se acabó todo.

Se enderezó, lleno de confusión. Se rascó la punta de la nariz. Se sacó el gran pañuelo verde con las arpas irlandesas en las cuatro puntas y se limpió. Pensó que sería un buen detalle prestarle el mismo servicio a Gertie. Ésta había dejado de lloriquear y no se movía. Se estremeció ligeramente cuando le dio unos toques con el pañuelo, cosa que hizo con mucha delicadeza. Volvió a metérselo en el bolsillo. Luego fue a coger el chopo, que había dejado en un rincón, y salió de puntillas.

Gertie había cesado de gimotear y seguía inmóvil. Sus muslos brillaban, lechosos, bajo la luz cenicienta del amanecer.

(...)

XXXIV

No estaba seguro de no ser uno de los dos. Pero, ¿quién era el otro? ¿Quién era y qué coño había podido hacer aquel otro? En cuanto a lo su-yo, era imposible que estuviesen enterados los demás.

Quizá alguno había estado escuchando detrás de la puerta. Pero, de ser así, Mac Cormack hubiera gritado más. Porque aquello era una incorrección. Vaya si lo era. Y de las gordas. Aunque la culpa no era del todo suya.

Al llegar a la puerta, se sacó la llave del bolsillo. Pero le empezó a temblar la mano, y la llave estuvo bailando alrededor de la cerradura. Tenía la garganta seca y se estaba poniendo nervioso. Apoyó el chopo en la pared y, una vez localizado el ojo de la cerradura con la mano izquierda, introdujo la llave en él y la hizo girar. Luego empujó la puerta, que se abrió lentamente. El fusil quedó fuera.

Había salido el sol, pero todavía lo ocultaban los tejados. La mañana clareaba, brumosa. Huían las nubes. Las buhardillas empezaban a enrojecérseles a las casas por la parte de Trinity College. Gertie, encogida de piernas, seguía echada en la mesa en que la había dejado Callinan y parecía dormir. Se había bajado un poco las faldas, de modo que ya no se le veía mucho más allá de media pantorrilla. Sus cortas greñas se le esparcían por la cara y por el secante del escritorio.

Callinan se acercó sin hacer ruido y sin aspirar tampoco a un silencio total. Ella no se movía. Respiraba lenta y pausadamente. Callinan se paró y se inclinó sobre su cara. Tenía los ojos completamente abiertos.

-Gertie -murmuró él.

Lo miró. Callinan no lograba interpretar su mirada. Seguía inmóvil. Callinan alargó sus anchas manos y la cogió por la cintura. Luego fue subiendo despacio hacia los pechos. ¡Se lo había figurado! No llevaba corsé. Eso, unido al pelo corto, volvió a turbarlo intensamente. Por debajo de las axilas topó con los tirantes del sostén, y este detalle subvestimentario acabó de aturdirlo. Sería la última moda. Pero, ¿cómo la conocía tan bien una simple empleada de correos dublinesa en plena guerra? Todo aquello salía de Londres seguramente. O tal vez de París.

-¿En qué demonios estás pensando? -murmuró Gertie de repente.

Le sonresa cariñosamente, un poco burlona. Callinan la soltó, desconcertado, y quiso enderezarse, pero ella le sujetó la cadera con las rodillas, luego cruzó las piernas, atrayéndolo hacia sí.

-¡Otra vez! -murmuró.

Y añadió:

-Pero que dure más.

(...)

XXXVII

- -¿Qué coño estará haciendo? -masculló Mac Cormack-. Ése no vuelve.
- -Igual la está montando -dijo Caffrey, completamente despierto.
- -Querrás decir que la está follando -comentó Gallager.
- Y, dándose palmadas en un muslo, soltó su risotada.

- -¡Callaos! -dijo O'Rourke-. ¡Asquerosos!
- -¡Vaya! ¡Vaya! -exclamó Caffrey-. ¿Conque tenemos celos?
- -Callinan no haría eso -dijo Mac Cormack-. Además no se oye ningún ruido. Si llevara malas intenciones, ya estaría chillando ella.
- -A lo mejor le gusta -dijo Caffrey-. Imagínate que se lo haya pedido ella. Se dirigía a Gallager. Ambos se rieron.

O'Rourke se levantó.

- -¡Asquerosos! ¡Asquerosos! Callaos de una puta vez. Sólo sabéis decir obscenidades.
- -Cualquiera diría que los futuros galenos no entienden de obscenidades. Mojigato. Le has rezado mucho a San José esta noche.
- -¡Basta! -gritó Mac Cormack de pronto-. No hemos venido a pelearnos. Pensad que estamos aquí para luchar por la independencia de nuestro país. Y para morir, sin duda.
- -Y el caso es que mientras tanto -observó Caffrey- Callinan se está tirando a la inglesita. Escuchad, si no.

Callaron todos y oyeron una serie de pequeños maullidos, que fueron transformándose en largas quejas, entrecortadas de silencios irregularmente espaciados.

-Pues es verdad -murmuró Gallager.

O'Rourke se puso pálido, con esa palidez tirando a verde. Intervino Mac Cormack:

-Pero, ¿no veis que es un gato?

Y Gallager repitió con una sonrisa estúpida:

-Sí, señor. Un gato. Un gato.

Caffrey añadió con sarcasmo:

-A lo mejor la tía esa le está tirando del rabo. ¡Animalito! Voy a verlo. Salió de la estancia. Se oyó una serie de lamentos acelerados y estridentes; luego, silencio y vértigo. Caffrey llegó a la puerta. El fusil de Callinan hacía la guardia solo. Caffrey entró. Habían terminado. Callinan, temblando, se abrochaba el pantalón y Gertie había saltado al suelo. Su cara irradiaba satisfacción. Miró a Caffrey con insolencia. Caffrey la encontró muy guapa.

Y no supo qué decir.

Pasados unos segundos, una vez vestido Callinan, le preguntó con cara de pocos amigos:

-¿Qué?

Caffrey respondió:

-¿Qué?

Gertie les lanzó una mirada rápida.

Con la misma oportunidad, repitió Callinan:

-¿Qué?

Y Caffrey sólo supo contestarle:

-¿Qué?

Callinan le dijo con menos aplomo:

- -No has visto nada.
- -Pero lo hemos oído.
- -¡Estoy deshonrado! -dijo Callinan abatido.
- -Creen que ha sido un gato. Di que ha sido un gato.
- -¿Lo dirás tú también?

Caffrey examinó atentamente a Gertie.

-Pues claro que ha sido un gato.

Callinan se sacó del bolsillo el hermoso pañuelo verde de las arpas de oro y se secó la cara.

-¡Anda! -dijo Caffrey-. Te ha sangrado la nariz.

XXXVIII

(...)

-Escóndase detrás de la mesa -ordenó O'Rourke- y no se mueva. Gertie obedeció.

O'Rourke fue a cerrar la puerta, guardándose la llave en el bolsillo. Luego se sumó a los combatientes.

Los británicos daban la impresión de querer liquidar el asunto. Pululaban por todas partes. Parecían dominar O'Connell Street. Los rebeldes de Eden Quay vieron una fila de prisioneros, con las manos en alto, conducidos por los otros hacia Metal Bridge.

- -Eso se pone feo -dijo Caffrey.
- -Son los camaradas de la Central -observó Mac Cormack-. Veo a Ted Lanark y a Shan Dromgour.
- -Telefonea -sugirió O'Rourke.

Mac Cormack abandonó su puesto, dirigiéndose a la mesa del fallecido Sir Théodore Durand. Vio a Gertie, acurrucada al otro lado, con los ojos cerrados. Se sentó con muchas precauciones para no pisarla; le dio al manubrio de las llamadas, descolgando luego el receptor. Estuvo escuchando y, entre disparo y disparo (empezaba a notarse el olor a pólvora), dijo:

-No contestan.

Sus compañeros seguían cepillándose a los británicos y hasta es posible que no oyeran aquella observación incidental de su jefe.

Tampoco advirtieron que, inmediatamente después, le dio como un pasmo. Ponían su atención en apuntar a un tío y cargarse cada cual al suyo. Los británicos empezaban a cabrearse. Seguían sin poder circular por el puente ni por los muelles a menos de aceptar un número de bajas superior al cuarenta y cinco por ciento de sus tropas (operación que, en términos militares, aun podía pasar por brillante, pero justito). No obstante, seguían insistiendo con el valor que da la fuerza.

-¿Quién es? -dijo una voz por el auricular.

Mac Cormack bajó los ojos. Tenía la boca seca.

-By Jove! -repuso la voz-. ¡Conteste!

Una débil corriente eléctrica emprendió el camino de su espinazo, circulando a lo largo de la médula espinal con frecuencia creciente.

Tartamudeando un poco, afirmó:

-Aquí, Mac Cormack.

-¿A que es otro hijo de puta rebelde? -replicó la voz.

-Mac Cormack se quedó de una pieza. La (para él) sorprendente actividad de Gertie unida a este insulto le cortó el habla, al mismo tiempo que le paralizaba las piernas.

-Oiga, oiga -repitió.

–¿Todavía no se ha rendido, huno papista?

Mar Cormack empezó a lanzar suspiros.

-¿Se puede saber qué le pasa?

-Fi... fifi... fifinnegans wake -balbucía Mac Cormack.

-¿Qué? ¿Qué? ¿Qué coño está farfullando?

Pero Mac Cormack ya no estaba en condiciones de responder. Para ahogar sus gemidos, hincaba los dientes en el micrófono.

-¡Vaya ruidos que hace! -observó la voz.

Incluso añadió, solícita:

-¿Por casualidad no estará herido?

Mac Cormack no contestó, Chirrió la ebonita.

-¡Eh! -gritó la voz-. ¿Qué le pasa?

A Mac Cormack se le cayó el receptor sobre la mesa y se le escapó un prolongado estertor. Oía distintamente la voz lejana, crepitante y nasal, articulando: -Esperamos su rendición. Su rendición inmediata.

Y fuera del micrófono:

-Curioso. No contesta. ¿Se habrá muerto?

Con los ojos medio entornados veía a O'Rourke, Gallager, Caffrey y Callinan que seguían disparando con aplicación. Ni se fijaban en él. Cada vez se olía más a pólvora.

Bajó la mirada y vio a Gertie que, terminada su obra, volvía a estar agazapada detrás del escritorio. Se frotaba la boca con el dorso de la mano.

Colgó el receptor y se levantó con un temblor en las rodillas. Dijo:

- -Sí que eran los camaradas de la Central los que han pasado antes.
- Nosotros no nos rendimos -declaró O'Rourke.
- -Por supuesto -aprobó Mac Cormack.

Fue a coger su chopo, zigzagueando un poco, y, al primer disparo, se cargó a un británico que pretendía cruzar O'Connell Bridge.

(...)

XLIII

Cuando pasó el Furious por delante de la estación de mercancías de las Southern and Western Railways, dijo Mountcatten a su segundo de a bordo:

- -Bonita ciudad, Dublín: docks, una fábrica de gas, trenes de mercancías y el agua contaminada de un río pequeño.
- -Todo lo que no tendremos que destruir.
- -Me imagino que la oficina de correos de Eden Quay no es una obra maestra de arquitectura.
- -Lo curioso es que la prometida de Cartwright haya trabajado justamente allí.
- -Eso parece apenarlo.
- -Probablemente atribuirá un valor sentimental al edificio.
- -No le mandan bombardear a su amada.
- -No, pero lo haría, por el Rey.

La invocación de este personaje hizo permanecer firmes a los dos marinos durante unos instantes. Pasaban ahora frente a la estación de North Wall, y algunos soldados y paisanos, viajeros sin transporte, les miraban desde los muelles.

XLIV

Gallager empujó la puerta con el pie. Caffrey volvió la cabeza y le dijo:

- -Deja eso en la mesa y lárgate.
- -Vale, Cissy -balbuceó Gallager.

Puso los cacharros sobre la mesa, pero no pudo por menos de mirar a Caffrey, que ya se había olvidado de él, absorto en su actividad presente. Ésta se aplicaba a una joven tendida sobre la mesa bajo su cuerpo: piernas colgantes, cabello despeinado y falda subida por encima de la cintura. Los ojos de Gallager renunciaron a examinar a su compatriota para fijarse en el objeto femenino que yacía debajo de él; particularmente en sus muslos largos y blancos en los que fulguraba el trazo de una liga. Sólo podía ser la empleada de correos, que reaparecía de aquel modo brusco y horizontal.

-¿Qué pasa? -vociferó Caffrey-. ¡Todavía estás aquí!

No parecía muy contento. Gallager, sobresaltado, tartamudeó: "No, no: ya me voy"; fue retrocediendo de espaldas, sin quitar los ojos de la piel tersa y lechosa de la joven británica. Pensó en la chavala muerta la víspera, cu-yo cadáver debía flotar ahora por Sandymount. Bruscamente tuvo la revelación de que todas aquellas chicas de la estafeta de Eden Quay tenían unas piernas muy bonitas. ¡Y aquella liga cuya sombra fina y elástica parecía destinada únicamente a hacer más luminosa y suave la carne!

Antes de cerrar la puerta intentó recoger aquella belleza en una última mirada: cerró los párpados, para que no se le escapara su imagen. Con voz tímida preguntó:

-¿No puedo subir algo para ella también? Caffrey soltó una palabrota. Gallager cerró la puerta.

(...)

- -¡Vaya jeta traes! -observó Dillon, con todo.
- -¡Callad, cabritos! -se cabreó el de guardia.

Callinan pataleaba de excitación.

-¡Ya está! ¡Ya la tenemos aquí! ¡La Royal Navy!

XLV

El Furious se acoderó unas yardas más abajo de O'Connell Bridge. Por orden del comodoro Cartwright se pusieron los cañones a punto para cañonear. Pero seguía repugnándole el tener que utilizarlos. No es que se negara a machacar a unos cuantos rebeldes papistas y republicanos; pero aquella oficina de correos indiscutiblemente fea, mugrienta y sórdida, con su arquitectura funcionaria y casi dórica, aquella oficina le evocaba la personalidad entrañable de su prometida Miss Gertie Girdle, con la que, además, debía (y deseaba) casarse en muy breve plazo, a fin de consumar el acto un tanto temible para un joven casto, el extraño acto cuyas ocultas peripecias conducen a una joven gachí del estado virginal al de gravidez.

(...)

XLVI

El primer obús se hundió en el césped del jardín de la Academia. Después estalló, salpicando de hierba y humus las copias de estatuas antiguas; copias de escayola adornadas con inmensos pámpanos de zinc.

El segundo siguió la misma ruta. Se desprendieron algunos pámpanos.

El tercero fue a parar a Lower Abbey Street, sobre un grupo de soldados británicos, a los que hizo migas.

El cuarto se le llevó la cabeza a Caffrey.

XLVII

El cuerpo siguió moviéndose rítmicamente unos segundos más, exactamente como el del macho de la mantis religiosa, cuya parte superior ya ha sido medio devorada por la hembra, y persiste aún en su copulación. Gertie había cerrado los ojos al estallar el primer cañonazo. Cuando volvió a abrirlos, tal vez sin más motivo que cierta curiosidad por lo que sucedía fuera de su cuerpo, a consecuencia, probablemente, de la satisfacción momentánea de sus deseos, descubrió, ya que tenía ladeada la cabeza, la testa de Caffrey que yacía seccionada cerca de un sillón de mimbre. Como seguían pasándole cosas, tardó un momento en comprender. Pero la

especie de maniquí descabezado que aún tenía encima acabó por perder su impulso: dejó de moverse y se desplomó. Gertie se apartó lanzando alaridos, y lo que quedaba de Caffrey cayó al suelo sin gracia, como un muñeco de serrín destrozado por la tiranía de un niño. Gertie, de pie ahora, examinó la situación con cierto horror. Tuvo un pensamiento repentino: "¡Ya queda uno menos!" Pero, bastante impresionada, a pesar de todo, por aquel Caffrey muerto, despedazado por un obús, retrocedió hacia la ventana, con las ideas más bien confusas, temblorosas, cubierta de sangre y con la humedad de una ofrenda póstuma.

Estaba verdaderamente emocionada. Los rebeldes seguían disparando con obstinación en la planta baja. Un quinto obús fue a estallar al jardín de la Academia. Gertie, apartando la mirada del ceroso espectáculo que le brindaba el cuerpo fragmentado, divisó un buque de guerra británico despidiendo más humo por la chimenea que por los cañones. Reconoció al Furious y sonrió vagamente: allí no había nadie para preguntarle el motivo de su sonrisa. Un sexto obús chocó con el tejado de la casa vecina y lo hizo polvo. Volaron escombros y trozos de ladrillo por todas partes. Gertie empezó a asustarse. Se alejó de la ventana, pasó por encima del cadáver, salió del despacho y se encontró en el rellano. Abajo, en la penumbra, los rebeldes, pegados a las troneras, cascaban de mala manera a los marinos del Furious.

XLVIII

No estaba absolutamente seguro de que fuese ella, incluso le parecía muy poco probable. Entre ellos podía perfectamente hallarse alguna amazona fanática y republicana; pero, en tal caso, ¿era de buen tono aplastar a una mujer bajo las bombas? El comodoro Cartwright se atusó los bigotes tanto más pensativo cuanto que Mountcatten acababa de anunciarle que habían muerto ya seis marinos y estaban heridos otros veinticinco; respecto a los resultados positivos de demolición, eran flojos. Cartwright ordenó el alto el fuego y mandó un radiotelegrama para informar al general Maxwell sobre la presencia de una mujer entre los rebeldes de Eden Quay y pedir nuevas instrucciones.

(...)

L

(...)

Mac Cormack miró a Gertie con repentina y violenta sospecha.

-¿Qué le ha hecho usted? Lo del obús es un cuento. ¿Lo ha matado? ¿Lo ha matado?

-Vaya a verlo.

Estaba muy serena, muy serena. Los demás se mantenían a cierta distancia. Callinan, de guardia, no paraba de volverse para mirarla con asombro. Ella le sonrió. Callinan no se volvió más: tenía los ojos clavados en la tronera.

-¿Por qué se sonríe? -preguntó Mac Cormack. Pero ya no sonreía.

-Voy a ver -dijo Mat Dillon.

Siempre estaba a punto para ir de un lado a otro.

-Pisará sangre -le dijo Gertie-. Es horrible -añadió con educación.

-¡Virgen Santa! ¡Virgen Santa! -mascullaba Gallager.

Mac Cormack y O'Rourke lo zarandearon, injuriándolo. Se calmó. Dándole la espalda a Gertie, se fue a buscar el fusil para apostarse ante una de las ventanas fortificadas: parecía no ocurrir nada a bordo del Furious.

-¿Cómo se llama el barco que nos está bombardeando?

Todos se fijaron en aquel "nos", pero ninguno de los que estaban de guardia contestó. Fue O'Rourke quien le explicó que se trataba del *Furious*, y agregó:

-¿Por qué lo pregunta?

-Todos los buques no llevan el mismo nombre.

La encontraba poco amable con él.

-Si... -repuso Mac Cormack-, si... ¿Cómo diría yo? Si no ha tenido nada que ver con la muerte de Caffrey, y si Caffrey está realmente muerto, la devolveremos a los británicos.

Estas palabras sobresaltaron a Callinan y Gallager, que se volvieron y miraron a O'Rourke; pero éste no entendió por qué.

Gertie fingió reflexionar y contestó:

-No quiero.

(...)

Mac Cormack se sentía cada vez peor. Empezó a gruñir:

-¡Caffrey! ¡Ay, Caffrey! ¡Ah, sí!

Y enmudeció, observando a Gertie con angustia, con un miedo loco de que se decidiera repentina y públicamente a repetir las acciones incongruentes, por no decir inimaginables, de antes; unas acciones para las que ni el mismo catecismo tiene prevista confesión. Aunque tenía que reconocer, en su fuero interno, que no estaba muy enterado de lo que puede hacer confesar un cura a una mujer. Su mirada se cruzó con la de Gertie sin lograr descifrarla. Entonces se echó a temblar. Otra vez empezó a gruñir, con una expresión perfectamente estúpida: "¡Ah, sí, Caffrey... Caffrey!" Y, de pronto, se decidió: "Hay que tomar una decisión", decidió. Y se puso a actuar con autoridad. Antes de que nadie pudiera comentar su decisión de tomar una decisión, agarró a Gertie de un brazo, la arrastró, estupefacta, hacia uno de los despachos pequeños (el mismo en que Gallager y Kelleher habían despositado el cadáver del conserje), le dio un empujón y la encerró con dos vueltas de llave, que revelaban la férrea energía de un jefe.

Luego volvió junto a los demás y pronunció las siguientes palabras:

-Camaradas y amigos, así no podemos seguir. Y no lo digo por los británicos, que eso ya está visto: nos podrán. Estamos jodidos y es inútil disimulárnoslo. Lo cual no quita que vamos a jorobarlos de lo lindo: seremos héroes, unos héroes fantásticos. Eso del heroísmo también está asegurado. Lo que no pita de ningún modo es lo de la chica. ¡A quién se le ocurre meterse en el retrete al empezar el follón! ¡Ni Dios se la quita de encima ahora! No sabemos lo que quiere. Pero veo muy claro y seguro que lleva una intención. Y a lo mejor no es una sino varias. No. No. No. Con esa pájara aquí, metida entre nosotros, todo se va al carajo. Hay que tomar una decisión. ¡Una decisión clara y precisa, me cago en la leche! Y no sólo es eso. Tenemos que aclarar qué pasa con ella. Tenemos que decirnos verdades respecto a ella. Os voy a dar mi opinión. Soy el jefe y he tomado una decisión: primero, tomar una decisión, como jefe que soy; y luego, o sea, después, o mejor dicho, antes que todo, decirnos la verdad sobre esa persona del otro sexo a la que acabo de encerrar en aquel despacho.

Después de ese rollo, el silencio que hubo fue lo que se dice sepuleral. Tanto que hasta los que hacían guardia se sintieron incómodos. Callinan se volvió y diio:

-Todo sigue inmóvil en el Furious.

(...)

Kelleher, mientras le rascaba el vientre a la Maxim, rasgó el silencio con estas palabras:

- -Puesto que eres el jefe, adelante: dinos la verdad sobre la criatura humana del sexo contrario a la que acabas de enchiquerar.
- -Vale -dijo John Mac Cormack.

Se metió la mano derecha por la abertura de la camisa y estuvo rascándose la piel velluda de la barriga.

Luego se detuvo con aire de fastidio.

-Por cierto -dijo Kelleher-, ¿qué coño estará haciendo Dillon? Tarda mucho en bajar.

LI

Al descubrir la cabeza de Caffrey a cierta distancia del cuerpo y en medio de un charco de sangre, Mat Dillon, el modisto de Marlborough Street, se había desmayado.

LII

Mac Cormack tosió, dejó de sobarse la tripa y dijo:

- -Amigos, camaradas, una cosa es segura: esa chica no debiera estar aquí. Teníamos que haberla devuelto a los británicos. Pero se ha escondido. ¿Para qué? Lo ignoramos. No ha querido darnos ninguna explicación, de modo que sólo podemos hacer conjeturas. Resumiendo...
- -Eso, resumiendo -dijo Kelleher-, porque lo que es hasta ahora no has parado de divagar.
- -Resumiendo -prosiguió Mac Cormack con obstinación bovina-, como ha observado Larry unas páginas atrás, si la devolvemos, es preciso que no pueda decir cosas desagradables sobre nosotros. Conviene, por el contrario, y para el bien de nuestra causa, que reconozca nuestro heroísmo y la pureza de nuestro comportamiento...

Kelleher se encogió de hombros.

-Así pues, conviene que no pueda contar cosas. Por lo tanto, es preciso que no haya ocurrido nada. Antes habéis dicho todos que os habíais portado correctamente con ella. Todos menos Caffrey, que no estaba, Larry, que lo preguntaba, y...

- -Y tú -dijo Kelleher.
- -Sí, y yo. Pues bien, no lo he dicho, porque si lo hubiese dicho, hubiese mentido. No me he portado correctamente con ella.

Larry, atónito, miró a Mac Cormack como si fuese un monstruo único e inimaginable. Pensó que debía de estar chiflado. ¡Si no se habían separado un solo instante! ¿Cómo podía haberse producido la cosa?

-O, para decir toda la verdad del caso, fue más bien ella la que no se portó correctamente conmigo.

Larry, convencido ya de la locura de Mac Cormack, se puso a pensar en cosas de tipo práctico: las últimas pruebas de valentía que le quedaba aún por realizar al grupo de insurrectos requerían un verdadero jefe y no un mitómano tal vez peligroso. Le tocaba a él desempeñar este papel. ¿Pero, cómo se iba a efectuar el cambio de poderes? Eso lo dejó preocupado. Los otros tres siguieron escuchando con la mayor atención.

- -Sólo que no hay prueba que lo demuestre -prosiguió Mac Cormack-. Es una cosa que no se puede contar. Yo no lo había visto nunca. Y ocurrió. Pero repito que no hay prueba. De modo que podemos devolverla a los británicos. No dirá una sola palabra de lo que os digo.
- -Hablas muy deprisa y no te he entendido -dijo Gallager-. Pero podías ahorrarte esa confesión tan embrollada. La chica dirá lo que quiera, si le da la gana, porque la prueba existe. Uno de nosotros la ha violado.
- -¡Qué horror! -exclamó Larry, olvidando súbitamente sus ambiciones postreras.
- -¿Y quién ha sido? -preguntó Callinan con voz pálida.
- -Caffrey -profirió Gallager con voz oscura-. ¡San Patricio lo tenga en su gloria!
- -¡Ese analfabeto! -exclamó el estudiante de medicina con voz amarilla de cadmio.
- -¡Mierda! -concluyó John Mac Cormack con voz marrón.
- -¿Caffrey? -repitió Callinan-. ¿Caffrey? ¿Caffrey? ¿Caffrey? ¿Caffrey? ¿Caffrey? ¡Caffrey! ¡Cómo que Caffrey? ¡Si la he violado yo! Se dejó caer de rodillas y siguió haciendo grandes molinetes. Le corría el sudor por la cara.
- -¡La he violado yo! ¡La he violado yo!

Callaron todos, incluso Gallager.

-¡La he violado yo! ¡La he violado yo!

Fue aflojando el movimiento de los brazos y acabó inmovilizándose del todo, con aire de abatimiento total.

-Mejor dicho -agregó, secándose la cara con el hermoso pañuelo de las arpas de oro-, mejor dicho, me ha jodido ella a mí.

Apoyó la cabeza en los brazos, que tenía cruzados sobre las rodillas de Mac Cormack, y empezó a lamentarse.

-Camaradas -gemía-, amigos, ha sido ella la que me ha jodido a mí. Se ha aprovechado de mi buena fe. Maud, Maud, mi pequeña novia querida, perdóname. Mi corazón siempre te ha sido fiel; la inglesa sólo ha poseído mi carne. Mi alma sigue siendo inocente; sólo está mancillado el cuerpo.

-¿Qué estupideces son ésas? -empezó a gritar Gallager-. A quien yo he visto ha sido a Caffrey.

Le golpeó amistosamente la espalda.

-¡Te haces ilusiones, macho! ¡Estás soñando! ¡Tú no te has tirado nunca a esa empleada de correos! No estás en tu estado normal. Te juro que ha sido Caffrey el que la ha violado. ¡Y de qué modo, por cierto!

-Cállate -murmuró Larry O'Rourke con el semblante descompuesto-. Ahora que ha muerto, que baje al purgatorio a descargar su lujuria en brazos de San Patricio. Nosotros todavía somos puros.

Callinan había dejado de llorar y escuchaba atentamente el breve rollo del nativo de Inniskea. Serenamente le pidió precisiones sobre la hora en que había visto fornicar a Caffrey; el otro respondió que fue al subirle el piscolabis (o lunch). Mac Cormack recalcó que sólo pudo ser en aquel momento. Entonces lanzó Callinan un grito triunfal:

-Pues conmigo ha sido cuando lo del gato.

Y añadió:

-Y lo del gato ha ocurrido mucho antes, puesto que ha sido al amanecer. Se levantó bruscamente y otra vez empezó a agitarse con violencia.

-¿Os acordáis del gato? Caffrey me ha contado que os creíais que era un gato. Y me ha aconsejado que os dijese que sí que lo era. Pues el gato era Gertie, los maullidos eran del gusto que le daba. Vamos, que su virgo me lo he zampado yo. Aquí tenéis la prueba.

Y agitaba su gran pañuelo verde con arpas de oro manchado de sangre. Larry O'Rourke desvió la mirada para no verlo más. Se estaba sometiendo a una dificilísima gimnasia mental para dar una impresión de serenidad y no exteriorizar los sentimientos odiosos que lo atormentaban. Aquello era un infierno. De buena gana hubiera llorado como un niño; pero su papel de subjefe de un grupo de insurrectos, en el crepúsculo de un levantamiento fracasado, le hacía imposibles las lágrimas de la infancia. Había intentado rezar, sin ningún resultado. Y ahora repasaba

mentalmente sus apuntes de osteología, para dejar de pensar en aquello. Pero seguía hablando Callinan con exaltación creciente:

-No sólo he sido el primero para ella, sino que además le he administrado la segunda comunión. Ha sido cuando me ha sorprendido Caffrey. Pero ya habíamos acabado. Por suerte. Y me ha aconsejado que os dijese que era un gato.

-¡Que no! -intervino Mac Cormack-. Que lo del gato ha sido hace muy poco.

Callinan calló, desconcertado.

-Lo del gato -prosiguió Mac Cormack- no ha sido al amanecer, sino algo más tarde. En el momento mismo en que han atacado los británicos. Tu historia no está nada clara.

Callinan se secó la frente con el hermoso pañuelo verde, dorado y rojo, y se sentó, agobiado, en una caja (vacía) de güisqui.

-Sin embargo, me consta que la he follado dos veces. Una primero y otra después. Lo del gato ha sido la segunda vez. Y el gusto también. La primera vez casi no se ha quejado. Ha sido valiente. Hay que reconocer que lo había querido ella. Por eso apenas ha lloriqueado un poquito. Tampoco he ido a lo bruto. Aunque no estoy muy enterado de lo que sufre una chica en un momento así. ¿Y vosotros?

Kelleher, que estaba de guardia, contestó, sin volverse, que aquello habría que preguntárselo a Larry O'Rourke; con sus conocimientos médicos, seguro que tenía nociones sólidas sobre aquel particular. El estudiante no contestó.

Cogió una botella de güisqui, le rompió el gollete de un golpe seco en un canto de la mesa y se echó al gaznate un trago muy respetable. No era costumbre en él, pero se estaba poniendo nervioso.

-Además, cuando lo hago, suele ser con fulanas que han estado con sementales de aúpa y más bien te vienen anchas. Era la primera vez que me encontraba con una chica sin ninguna experiencia del asunto. ¿Os ha ocurrido alguna vez eso de conocer así, por las buenas, a una chavala intacta? -¡Nos estás mareando los péndulos! -dijo Gallager-. ¿No te he dicho que he visto a Caffrey montándola?

-Puede. Puede. Pero después. Después de pasar yo. Y tengo pruebas. Todas las que quieras. Tengo pruebas a más no poder. Pruebas para dar y vender. Por de pronto, eso (y agitó su limpiamocos como un estandarte). Luego, el gato. Luego, luego, sé, por ejemplo, cómo va por dentro. Puedo decirlo. Por lo tanto es una prueba. Sí, camaradas, os puedo decir lo que lleva debajo del vestido. Nada de pantalones con encaje de punto de Irlanda; nada de corsé con ballenas, esas verdaderas corazas que llevan las ladies y las hembras que habéis podido desnudar vosotros.

Mac Cormack se puso a pensar en su mujer (no había tenido tiempo de hacerlo antes), a la que no había desnudado, ni había visto desnudarse nunca, sino que se la encontraba cada noche en la cama como una mole voluminosa y blanda; y Larry O'Rourke se puso a pensar en las mujeres de Simson Street, con sus batas, sus medias negras, sus ligas de un rosa sucio, y nada más, o con tan poca cosa, que era como para ponerse triste hasta un sábado por la noche; y Gallager se puso a pensar en las mozas de su pueblo, vestidas con trapos y dejándose preñar a la sombra de un dolmen o un menhir, pero sin poderles echar el menor vistazo a su naturaleza íntima; y Kelleher se puso a pensar en su madre, encorsetada siempre y arrastrando las cintas de las enaguas, lo cual lo había inducido a encontrar más estéticas las braguetas masculinas.

-No, a ella cuando la coges así (y se cogió el torso con ambas manos), por debajo del vestido, tocas la piel; nada de chismes, puntillas o ballenas: la piel.

- -¿Es verdad eso? -preguntó Dillon.
- -¡Ya era hora! -le dijo Mac Cormack-. ¿Qué estabas haciendo?
- -Me he desmayado.

A Gallager, pasado un ínfimo instante de sorpresa, le entró tal risa, que se le saltaban las lágrimas de tanto reír.

- -No olvides que hay un muerto en la casa -le dijo Kelleher sin volverse. Gallager dejó de reír.
- -Así, ¿qué? -preguntó Mac Cormack a Dillon.
- -La cabeza ha rodado bastante lejos del cuerpo. Me ha impresionado mucho. Al recobrar el conocimiento, le he abrochado el pantalón, le he cruzado los brazos sobre el pecho, le he puesto la cabeza entre las manos, lo he tapado con una alfombra y he rezado unas oraciones para el descanso de su alma.
- -¿Te has acordado de San Patricio? -le preguntó Gallager.
- -Luego he bajado. De buena gana me tomaría un trago.

Larry le alargó la botella de güisqui y le preguntó con voz tímida:

-¿Por qué has dicho lo del pantalón?

Mat se encogió de hombros sin dejar de beber.

- -¿Veis cómo tenía razón yo? -dijo Gallager.
- -¡Y yo! -añadió Callinan.

Liquidado el líquido, exhaló Mat un suspiro de satisfacción; luego eructó y arrojó el frasco, que fue a estrellarse contra el buzón destinado al extranjero. Después se sentó.

Se pusieron a reflexionar en silencio todos, encendiendo cada cual su cigarrillo, menos Mac Cormack, a quien ayudaba más a pensar la pipa.

- -Está visto que no podemos devolvérsela -dijo al fin.
- -Tampoco podemos matarla -dijo Gallager.
- -¿Qué pensará de nosotros? -murmuró Mac Cormack.
- -Si es por eso -exclamó Callinan-, también nosotros podemos pensar cosas de ella.
- -No hablará -dijo Kelleher, sin volverse.
- -¿Por qué? -preguntó Mac Cormack.
- -Porque esas cosas no las cuenta una chica. No dirá nada. A lo mejor hasta dice que somos unos héroes. ¿Qué más podemos desear? En cuanto a devolverla, yo opinaría lo contrario. No le hagamos más caso y muramos aquí buenamente como hombres. Finnegans wake!
- -Finnegans wake! -respondieron todos.
- -¡Anda! -prosiguió Kelleher-. Diría que vuelve a haber movimiento en el Furious.

Gallager y Mac Cormack corrieron a sus puestos de combate, seguidos por Callinan, a quien detuvo Dillon al paso.

- -¿Es verdad lo que has dicho antes?
- -¿Sobre la chica? ¡Claro que lo es! ¡Como que es una pena que quieran liquidarme los británicos, con los recuerdos que me iban a quedar para más tarde!
- -Lo que has dicho sobre su modo de vestir.
- -¡Ah! ¿Te interesa eso?
- -Voy a cascarlos un poco -declaró Kelleher-. Y empezó a sonar el tableteo de su ametralladora.
- -Me interesa, sí.
- -Dejó que Callinan estuviera pegado a una tronera para dirigirse al despacho-prisión.

Mac Cormack se había dejado la llave en la cerradura.

Retumbó el primer cañonazo.

(...)

Empezaban a llover obuses por las inmediaciones de la estafeta de Eden Quay, sin caer nunca en el edificio mismo, cuando entró Dillon en el despachito, después de hacer girar sigilosamente la llave en el ojo del palastro y empujar, no menos sigilosamente, la puerta sobre sus goznes.

Gertie Girdle había extendido sobre una silla su vestido manchado de sangre, seguramente para que se secara. Estaba sentada en un sillón, con aire pensativo, sin más ropa que un sostén, una faja del modelo más moderno que se hacía en aquellos tiempos y unas medias de seda muy tirantes y con la costura perfectamente vertical. Una combinación puesta sobre otra silla evaporaba la púrpura caffreyana, en la medida en que ello era posible, en un ambiente de humo.

Gertie soñaba con sus ojos azules. Parecía tener frío. La piel, granulosa, se le erizaba con un suave bozo que, en momentos más tranquilos, aparecía normalmente extendido.

Dillon se plantó delante de ella y la estuvo contemplando, mientras los hombres de Cartwright y los compañeros de Kelleher se empeñaban en componer una sinfonía bélica. Gertie alzó los ojos y vio a Dillon. Sin moverse, le dijo:

- -¿Y mi vestido de boda?
- -¿Conque era usted? -respondió Mat pensativo.
- -Lo había reconocido.
- -Yo también.
- -No he querido comprometerlo ante sus compañeros.
- -No había motivo.
- -¿Cómo dice?
- -Gracias.
- -No es sincero.
- -Tengo derecho a no serlo.
- -¿Lo ha terminado?
- -Completamente.
- -: Ha visto ése?
- -Perdido.
- -Tengo frío.
- -Vístase.
- -/.Con qué?
- -Con cualquier cosa.

- -¿Con una alfombra?
- -No he querido decir eso.
- -¡Que tengo frío!
- -¿Qué quiere que haga?
- -¿No es modisto?
- (...)
- -i.Es verdad que no le gustan las mujeres, míster Dillon?
- -Es verdad, miss Gertie.
- (...)
- -Eso me interesa apasionadamente... Es usted la primera...
- -Mujer.
- -... chica.
- -No: mujer.
- -... que veo con esta moda nueva.
- (...)
- -¿Está o no está por la moda?
- -Estoy.
- -¿Entonces?
- -Ya se lo he dicho... Son cosas que más bien me desconciertan.
- -¿De modo que no le extasía mi faja? Una faja que viene de Francia. De París. Y me la he procurado en plena guerra. ¿No se extasía usted?
- -Sí. Pensándolo bien, no está mal.
- -¿Y mi sostén?
- -Muy elegante. Además, tendrá unos pechos muy bonitos.
- -Pues no es tan indiferente al atractivo femenino.
- -Hablaba desde un punto de vista puramente estético.

Era la única palabra de origen griego que conocía el modisto de Marlborough Street.

-Se los voy a enseñar -dijo Gertie-. A mí me parecen realmente bonitos. Se inclinó un poco para llevarse los brazos a la espalda, con el ademán gracioso de la mujer que se desabrocha el sostén. La prenda le cayó en las rodillas. Aparecieron los pechos, redondos y duros, más bien bajos, con los pezones erguidos, no amoratados aún por las mordeduras de los hombres, sino de un tono claro.

Aunque tanto su oficio como sus gustos lo habían acostumbrado a mirar fríamente a las mujeres en sus distintos grados de desnudez, hubo de reconocer que acababa de ocupar en el espacio un lugar ligeramente superior al que ocupaba momentos antes. Y vio que Gertie Girdle lo había reconocido también. Desapareció su sonrisa, su mirada se hizo dura y se levantó. Dillon, con los brazos hacia adelante, dio tres pasos hacia atrás y tartamudeó: -Voy a buscarle un vestido... Voy a buscarle un vestido...

Dio media vuelta, se lanzó fuera del despacho y, con la frente fría y húmeda de sudor, se halló al otro lado de la puerta, que cerró con llave.

Estuvo unos instantes inmóvil para recobrar la serenidad y echó a andar luego. Se estremeció al pasar junto al evacuatorio femenino, del que había surgido la ninfa, como Afrodita de las aguas. Llegó ante una puertecilla y la desatrancó. Salió a un patio pequeño. Apoyó una escalera de manos a una tapia. Cerca estalló un obús. Hubo una lluvia de tierra, gravilla y cascotes. Dillon se dejó caer por el otro lado de la tapia. El jardín de la Academia estaba cubierto de cráteres. Todas las imitaciones de estatuas antiguas habían perdido sus hojas de parra. Dillon, aunque corría, miraba de reojo los atributos masculinos puestos así al desnudo. Tuvo la sensación de regresar a un mundo normal y sano. Advirtió también que las únicas que habían pagado allí el pato eran las Venus y Dianas mutiladas, cosa que le hizo sonreír. Estalló otro obús a menos de cien metros. La onda expansiva lo arrojó al suelo. Se levantó, vio que no tenía nada y empezó a correr de nuevo.

Se habían roto las grandes claraboyas de la sala de exposiciones. Dillon cruzó el museo de pinturas, desierto, sin pararse a contemplar aquellos mamarrachos, algo maltrechos por el bombardeo. La puerta que daba a Lower Abbey estaba abierta; los conserjes debieron huir al principio de la insurrección, poco dispuestos a jugarse el pellejo en defensa de unos tesoros tan adocenados.

Un tranvía abandonado. La calle desierta. Dillon corrió hacia Marlborough Street pegado a las paredes.

(...)

LVII

Cartwright volvió a leer el mensaje del general Maxwell. Había que dominar el último foco de resistencia antes de ponerse el sol. Era indispensable poder decir que había terminado la revuelta y que había terminado bien. Los últimos insurrectos no debían pasar una noche más.

Cartwright exhaló un leve suspiro y miró la estafeta de Eden Quay, que sólo presentaba un boquete a la altura del primer piso. Mucho más destrozadas estaban las casas circundantes. No se podía tergiversar más. El comodoro Cartwright no traiciona a su Rey ni a su patria. ¿Qué significaba, por otra parte, el fantasma que había creído divisar? Ahora daría en el blanco. Se dirigió hacia sus artilleros.

LVIII

Larry cerró la puerta. Andaba mirando al suelo. En una mano llevaba el pan y el atún. Gertie estaba sentada en un sillón, de espaldas a él. Sólo veía su cabello rubio y corto.

- -Le traigo algo para que se alimente un poco -dijo O'Rourke con voz algo emocionada.
- -¿Quién es? -preguntó Gertie con dureza.
- -Me llamo Larry O'Rourke y soy estudiante de medicina.
- -Fue el que me limpió la nariz, ¿verdad?

Larry, turbadísimo, tartamudeó unos segundos y se quedó callado.

- -¿Qué me ha traído?
- -Pan y atún.
- –Déjelo ahí.

Sin volverse, señaló una mesa próxima. Larry obedeció, descubriendo entonces que el brazo que se había movido estaba desnudo. Luego se fijó en el vestido puesto sobre una silla y en la combinación puesta sobre otra. Y hubo de sacar una conclusión.

Se quedó de piedra, atónito, anonadado.

- Oigo su respiración –dijo Gertie, sin probar la comida.
- -¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿A qué he venido aquí?
- -¿Cómo dice?
- -¡Grandísimo San José! ¡Grandísimo San José! No he sabido resistir, no he sabido resistir, y aquí estoy, delante de esa mujer, que, si no me equi-

voco, va completamente desnuda. Venía a confesarle mi amor, mi casto, caballeresco y eterno amor, pero lo que en realidad quiero es imitar a los otros cabritos.

- -¿Qué hace? ¿Está rezando sus oraciones?
- -Ahora me entiendo: Callinan y Caffrey son mis modelos. Pobrecilla, pobre inocente, víctima de sus ultrajes. Y yo deseando mancillarla también. San José, grandísimo San José, protege mi pureza. Santa María, ¿no puedes hacer un milagro y devolverle la virginidad a mi novia, Gertrudis Girdle?
- -¡Haga el favor de contestar! ¿Qué está mascullando?
- -La quiero a usted -susurró Larry en voz muy baja.
- -Usted es muy papista, ¿verdad? -prosiguió Gertie, que no lo había oído-. Pero no entiendo por qué ha venido a hacer todas esas pamplinas aquí, conmigo. ¿Espera convertirme?
- -Sí, lo espero -contestó O'Rourke con voz fuerte-. Sólo puedo casarme con una católica de verdad, y quiero casarme con usted.

Gertie se levantó de un salto y se volvió hacia él.

-¡Está completamente chiflado! -dijo con dureza-. ¿Es que no sabe que va a morir?

Larry no la escuchaba. Ahora la veía. Y no sólo no iba vestida, sino que, además, sólo llevaba faja y medias. O'Rourke se había quedado boquiabierto.

Gertie golpeó el suelo con el pie.

- -iNo sabe que va a morir? iNo sabe que dentro de unas horas estará muerto? iNo sabe que antes del anochecer será cadáver?
- -Es usted hermosa -balbuceó O'Rourke-, y la quiero.
- -Me repugna con sus sentimientos indecentes. Además, ¿qué significan esas asquerosas gotas de sangre que tiene en las mejillas?
- -Es usted mi esposa ante Dios -dijo O'Rourke.

Alzó los ojos al techo y faltó poco para que viera en él al Padre Eterno. Gertie dio otra vez con el pie en el suelo.

-¡Salga de aquí! ¡Salga de aquí! Me repugnan sus asquerosas supersticiones.

Pero Larry le tendía ahora los brazos:

- -¡Mi mujercita! ¡Mi mujercita querida!
- -¡Váyase! ¡Váyase! ¡Está loco!
- -Dios bendice nuestra unión ideal.
- -¿Quieres dejarme en paz de una vez, cura asqueroso?

Larry dio un paso hacia ella.

Ella retrocedió.

Larry dio otro paso hacia ella.

Como el cuarto era pequeño, Gertie se hallaba ahora de espaldas a la pared.

¡Acorralada, vamos!

Larry seguía avanzando con los brazos extendidos, como alguien que ve mal en medio de la niebla. Sus dedos lograron tomar contacto con la piel de Gertie; la tocó un poco más arriba de los pechos. Pero retiró la mano en el acto, como alguien que se quema.

-¿Qué estoy haciendo? -murmuró-. ¿Qué estoy haciendo?

-¡Socorro! -gritó Gertie-. ¡Hay un loco!

(...)

LX

O'Rourke tenía cogida a Gertie, pero no sabía muy bien qué hacer. Ella forcejeaba y lo insultaba. Larry la estrechaba, tanto como podía, al menos. Ya no se acordaba de nada de lo que había dicho unos segundos antes. Sólo pensaba en la táctica que debía seguir, aunque tampoco se daba cuenta de que estaba reflexionando. Pensó que lo mejor sería tumbarla en el suelo, pues no veía muy bien qué se podía hacer en el sillón.

Al mismo tiempo que construía su plan de ataque dejaba correr las manos por el cuerpo de Gertie. Y como intentaba atraerla hacia sí, lo que más iba conociendo de ella era la espalda. Y los pechos, que le pinchaban con sus puntas. Fue más abajo, y el contacto con el tul elástico le resultó curioso, y más que agradable el que la prenda ocultase sustanciosos encantos.

Jadeaba ya, pero no había decidido aún ningún método decisivo.

Gertie se dejó caer de pronto sobre él, murmurándole al oído:

-¡Tonto! ¿Te crees que vas a...?

Sin embargo, parecía acceder a todo. Larry la encontraba incluso singularmente activa y audaz, cosa extraña en una chica, que, después de conocer a individuos como Callinan y Caffrey, sólo debía guardar recuerdos brutales. Pensó que era el momento de besarla. Pero Gertie salió al paso de toda libertad ulterior, con lo que destruyó sus ilusiones. Dio un salto hacia atrás con un alarido de dolor. Más que el retorcimiento le había dolido la mala uva de la chica.

LXI

-¡Fuego!

El comodoro Cartwright se había empeñado en dirigir personalmente el bombardeo definitivo.

LXII

-¡Pssssssssss! -hizo el obús.

LXIII

Atravesó la vidriera de la oficina de correos de Eden Quay, chocó en la pared del fondo y estalló en el hall. Otro obús siguió el mismo camino. El tercero hizo estragos en el primer piso. Se balanceó el tejado. Otros explotaron en la acera y hasta alguno se empeñó en labrar el jardín de la Academia y mutilar sus estatuas. Pero la mayoría daban de lleno en la oficina de correos de Eden Quay.

Cartwright, pasados seis minutos, opinó que debían haber conseguido ya unas ruinas decentes y perfectamente correctas desde el punto de vista del general Maxwell. Ordenó, pues, el alto el fuego, para que se disipase el humo y se pudiesen observar los resultados. Tuvo incluso la intención de desembarcar para recoger a los supervivientes.

LXIV

En cuanto se calmó la cosa, salió Mat Dillon del cráter en que se había escondido, en el jardín de la Academia. Vio, con satisfacción, que la caja que llevaba debajo del brazo salía indemne de aquel incidente.

Para entrar de nuevo en la estafeta de Eden Quay no necesitó escalera de manos: se había hundido la tapia y no tuvo más que saltar por encima de

unos ladrillos rotos. La puertecita había sido arrancada. Penetró en el hall y a quien primero vio fue a Gertie, de pie, adosada a una pared, contemplando el desastre con mirada vaga. No iba más vestida que antes. El suelo estaba sembrado de cadáveres. Kelleher, junto a su ametralladora, sacudía el cuerpo y se frotaba la cabeza: sólo estaba atontado. Pero Mac Cormack, Gallager y Callinan parecían bien muertos los tres. O'Rourke empezó a quejarse. Era el único que tenía el mal gusto de agonizar. Su pantalón presentaba una gran mancha roja en el bajo vientre. Llamó con voz apagada:

-Gertie..., Gertie...

Dillon dejó la caja sobre un montoncito de escombros diversos y se acercó a O'Rourke, que no paraba de gemir.

-Gertie.... Gertie...

Gertie estaba inmóvil. Dillon vio que a Larry lo habían desgraciado mucho para poder vivir.

- -Ánimo, muchacho, que ya te falta poco -le dijo.
- -Gertie, te quiero... Gertie, te quiero... Gertie, te quiero...
- -Vamos, chaval, no digas chorradas. ¿Quieres que rece las oraciones para los agonízantes?
- -¿Por qué no se acerca? ¿Dónde está? Está viva. Lo sé.

Dillon le levantó la cabeza y Larry, abriendo un poco los ojos, vislumbró a Gertie, tan desnuda y tan guapa como antes. Le sonrió. Ella lo miró duramente.

-Te quiero, Gertie. Acércate.

Gertie no se movió.

- -Venga, acérquese -le dijo Mat-. En su estado actual, no le hará ningún daño.
- -¿Me ha traído el vestido? -le preguntó Gertie.
- -Sí. Pero haga lo que le pide él.

Se acercó con aire hostil. Cuando la tuvo cerca, Larry la miró de hito en hito, admirando estéticamente la línea de sus piernas, la curva de su cintura y el modelado de sus pechos. Luego movió tristemente la cabeza y volvió a cerrar los ojos. Se agitó un poco, y su mano se hundió con dificultad en el pantalón. La sacó cubierta de sangre y cerrada. Mirando a Gertie, se la tendió y la abrió. La joven se inclinó para ver mejor:

-Era para ti -dijo él con un soplido-. Era para ti.

Agachó la cabeza y cerró definitivamente los ojos. Dejó caer el brazo y el trocito de carne rodó por el suelo. Larry O'Rourke acababa de morir. Di-

llon le apoyó la cabeza en el suelo, se levantó y se persignó, aunque, como todo buen católico, tenía una acusada tendencia al ateísmo.

Con el pie, distraída, discretamente, empujó Gertie el sanguinolento cachito de ser humano hacia unas tablas calcinadas, bajo las que se perdió.

-Pobre cosita -murmuró.

Se volvió hacia la caja puesta sobre los escombros y se apoderó de ella.

- -¿Es mi vestido? -le preguntó a Mat.
- -Requiescat in pace -masculló Dillon-. Entre nosotros, seguro que ha muerto en pecado mortal.

Dillon se sentó en los restos de una silla y lió un cigarro pensativamente. Examinaba con atención a Gertie.

- -Mire usted -acabó diciendo-, comprendo que se acabó el corsé, lo cual no quiere decir que no vuelva a estar de moda algún día, de una forma u otra.
- -No me haga reír -dijo Gertie.
- -Naturalmente está usted muy bien con la faja. ¡Y con una libertad de movimiento! Pero...
- -Reconozca que es sobria, deportiva, clásica, racional...
- -¡Racional, racional! No sólo se necesita lo racional para desnudar a una mujer. ¿Ve usted...?
- -Se interrumpió.

(...)

-Ya es hora de que me vista -dijo Gertie con dulzura.

Puso la caja en el suelo. Dillon cortó la cuerda. Ella la abrió. Dillon apartó el papel de seda. Ella miró dentro.

-¡Mi traje de boda! -exclamó.

Y dirigiéndose a Dillon:

-¡Qué amable! -le dijo.

Dillon la ayudó a ponérselo.

Kelleher estaba cerca de ellos.

- -¡Rápidos! Vamos a bajar al sótano, para dispararles a las piernas y morir como héroes. ¡Ni hablar de que nos pesquen vivos!
- -¿No? -le preguntó Gertie con aire inocente.
- –A usted no la matarán. ¡Venga, rápido!
- -¿Y el sostén? Lo he perdido.
- -¿Qué más da? -dijo Mat-. No le hace falta.

- -No es decente ir así -dijo Gertie.
- -Y cuando la encuentren junto a nuestros cadáveres, ya sabe, se la pega al paladar, ¿eh?
- -¿Al paladar? ¿Qué tengo que pegarme al paladar?
- -¡Rápido, Mat! ¡Cualquiera diría que te gusta magrearla! Sí, rica, tendrás que callarte.
- -¿Callarme qué? ¿Y por qué motivo?
- -Somos unos héroes, no unos cabritos. ¿Está claro?
- -Quizá.
- -Claro que lo has entendido. De no ser por ti, hubiéramos muerto sin problemas. Pero, con tu ocurrencia de ir a mear en el preciso momento de la insurrección, nuestra fama puede quedar empañada por chismorreos infames y repugnantes calumnias.
- -¡Hay que ver de qué dependen las cosas! -declaró Dillon distraído.

Retrocedió unos pasos para contemplar su obra.

- -¿Verdad que está guapa? -le preguntó a Kelleher.
- -Sí, está estupenda. Acabarás convenciéndome de que las mujeres pueden ser tentadoras.

Y dirigiéndose a Gertie, le dijo:

- -¿Has oído? Aquí no ha pasado nada. No ha pasado nada. No ha pasado nada.
- -Eso puede decirlo un hombre -respondió Gertie-. Tratándose de una mujer, la cosa cambia.

Y le lanzó una mirada severa que lo dejó tieso.

- -¿Es que no lo sabe? ¿Cómo se entiende lo que acaba de decirle? ¿Qué significa eso de: las mujeres pueden ser tentadoras?
- -Basta. Ya se ha emperifollado. Ahora hundámonos bajo tierra para librar el último combate.
- -Vamos -asintió Dillon filosófico.

(...)

- -¿Te vas a callar cuando estemos muertos, eh? Caffrey, Callinan, Mac Cormack, O'Rourke, todos eran unos valientes y unos puros. ¿No vas a ensuciar su nombre, eh?
- -Si piensa que aún me acuerdo de sus nombres... ¿Cuál es el suyo?
- -Corny Kelleher -respondió Mat Dillon.
- -Tú te metes la lengua en el culo. ¿Por qué nos ha provocado? Nuestros

camaradas son unas víctimas. Y tú una impúdica. ¿Cómo se llama?

- -Miss Gertie Girdle -respondió Mat Dillon.
- -Eres una impúdica, Gertie Girdle. Una impúdica.
- -Y sus heroicos camaradas que me han violado, ¿qué son?
- -Ya me está cabreando -dijo Kelleher.
- -Es un sentimiento muy débil -dijo Gertie.
- -Déjala ya -dijo Mat-. Le vas a arrugar el vestido.
- -A la mierda el vestido. Quiero que me prometa que se callará.
- -Tú mismo decías que no se atrevería, que no son cosas que repita una joven prometida.
- -¿Ah, sí?
- -Ahora veo mejor la situación -declaró Kelleher.
- -La situación está clara -dijo Gertie-. Los han aplastado, y van a morir.
- -No me refiero a eso. Se trata de usted. Aun no lo ha visto todo.
- -¿Qué más quieres que vea? -le preguntó Dillon.

Gertie se echó sobre Kelleher, riendo.

-¿Qué más? -dijo-. ¿Qué más?

Pegó su boca a la del insurrecto y forzó la barrera de los dientes.

Él empezó a acariciarle los pechos y sintió que se les erguían los pezones.

-Todavía no lo ha visto todo -repetía con una obstinación tenebrosa-. Hay que impedir que hable. Todavía no lo ha visto todo.

Mat Dillon se estaba liando otro pitillo y observaba lo que ocurría con curiosidad.

-Me van a estropear el vestido -murmuró.

Luego se invirtieron los papeles y Mat comenzó a vislumbrar las intenciones de Kelleher. No sabía si debía aprobarlas; pero, en medio de aquel desastre, cuando no les quedaban más que unas horas de vida, seguramente muy pocas, o quizá tan sólo unos minutos, todo le daba igual. Y, por otra parte, seguía sintiendo el mayor afecto y la mayor indulgencia por Kelleher.

-Aguántala -le dijo éste.

Era justamente lo que había imaginado. Tiró el cigarrillo de un papirotazo, agarró a Gertie con un vigor que no sospechaba la muchacha y la obligó a estarse quieta. Por más que Gertie no protestaba y se lo dejaba hacer todo, porque aún no se había enterado de nada. Pero tardó muy poco en exclamar:

-Haga el favor, que eso no se hace. Que no lo sabe hacer. Le aseguro que con una mujer no es así. Ignorante. Se cree entre gentlemen. Le estoy di-

ciendo que así no es. Que no quiero. No quiero. Que... Que...

-¡La muy bribona no dirá nada! -gritaba Kelleher-.¡No dirá nada!¡Y nadie podrá decir que no hemos sido unos héroes, unos valientes y unos puros! Finnegans wake!

-Finnegans wake! -contestó Mat Dillon, muy emocionado por lo que estaba sucediendo-. Yo también la haría callar -propuso tímidamente.

Gertie, al cambiar de manos, seguía empeñada en negar lo bien fundado de la cosa.

LXV

Existe una cualidad que no puede negárseles a los británicos: el tacto. Los marinos del *Furious*, desembarcados cerca de la oficina de correos de Eden Quay, habían penetrado discretamente en el edificio, armados unos con fusiles y otros con granadas. Cercaron al grupo de supervivientes, que ignoraban cuanto les rodeaba, pero esperaron a que todo estuviese terminado, antes de intervenir ellos, porque no querían que la joven se sonrojase pensando que habían podido sorprenderla en una postura indecorosa. El vestido volvió a caerle hasta los pies. Gertie se enderezó con la cara encendida y empapada en lágrimas. Kelleher y Dillon se miraron con aire de triunfo. Entonces sintieron la punzada de una bayoneta en la espalda. Los dos levantaron los brazos al aire.

LXVI

El comodoro Cartwright bajó a tierra acompañado de sus tenientes. Exponiéndose a ensuciarse los zapatos, penetraron en las ruinas de la estafeta de Eden Quay. Los marinos ya habían extendido los cadáveres en un rincón por orden de estatura. Otro par de rebeldes, con los brazos en alto, esperaba de cara a un fragmento de pared.

Cartwright vio a Gertie, que se arrojó a sus brazos.

- -¡Darlin, darlin! -susurró la joven.
- -¡Querida, querida! -contestó el comodoro.

Sólo le extrañó un poco el que fuese vestida de novia en aquellas circunstancias. Pero, no menos discreto que sus marinos, evitó todo comentario.

-Discúlpeme -le dijo-, pero me quedan por cumplir algunas obligaciones

propias de mi cargo. Vamos a juzgar a esos dos rebeldes. Naturalmente los condenaremos a muerte como rebeldes cogidos con las armas en la mano. ¿No es así, caballeros?

Teddy Mountcatten y el segundo de a bordo reflexionaron unos instantes antes de dar su aprobación.

-Perdone si le pregunto una cosa, querida. Esos rebeldes se han portado, ¿cómo diría yo?..., correctamente con usted, ¿verdad?

Gertie miró a Dillon, a Kelleher, y luego a los cadáveres.

-No -dijo.

Cartwright perdió el color. Kelleher y Dillon estaban impasibles.

- -No -dijo Gertie-. Han querido levantarme ese precioso vestido blanco para verme los tobillos.
- -¡Cabritos! -gruñó Cartwright-. ¡Así son los republicanos: unos lujuriosos indecentes!
- -Perdónelos, darlin -maulló Gertie-. Perdónelos.
- -Imposible, querida. Además, ya están condenados a muerte y vamos a ejecutarlos en el acto como manda la ley.

Se dirigió a ellos:

-¿Habéis oído? El tribunal militar que presido os ha condenado a muerte y os vamos a ejecutar en el acto. Rezad vuestras últimas oraciones. ¡Preparados, marinos!

Se formó el pelotón de ejecución.

-Quiero añadir que, contrariamente a lo que pensáis, no sois dignos de figurar honrosamente en el capítulo de la Historia Universal dedicado a los héroes. Os habéis deshonrado con el gesto que, pese a su legítimo pudor, se ha visto obligada a describir mi prometida. ¿No os da vergüenza haber querido levantarle el vestido a una joven para contemplar sus tobillos? Seres lúbricos, vais a morir como perros, con la conciencia sucia y llena de desesperación.

Kelleher y Dillon no temblaban. Gertie les sacó la lengua a espaldas de Cartwright.

- -¿Tenéis algo que contestar a eso? -le preguntó el comodoro.
- -Que siempre somos demasiado buenos con las mujeres -respondió Kelleher.
- -Es verdad -suspiró Dillon.

A los pocos segundos, con el cuerpo atiborrado de plomo, dejaban de existir.

NOTAS

- 1. Voz celta por "intuición" (N. de T.).
- 2. Germanismo por anku (N. de T.).
- 3. Galicismo por anschauung (N. de T.).
- Canción popular inglesa. Después de cantarla, cada cual se va por su lado. (N. de T.).
- 5. Hay aquí un ligero anacronismo. Pero, como Caffrey era analfabeto, no podía saber, en 1916, que no se había publicado aún el *Ulises* (N. de A.).
- 6. Parte del vestido masculino, muy corriente en Irlanda (N. de T.).
- 7. Latinismo (de *speculatrix*: espía). Introducible al francés, idioma algo pobre, como sabe todo quisque (N. de T.).

Las uvas verdes (el estilo del inconsciente...) Jeremías, Ezequiel, La Fontaine, Ward Howe

En "El psicoanálisis y su enseñanza", comunicación presentada a la Sociedad Francesa de Filosofía en la sesión del 23 de febrero de 1957, Lacan plantea: "Lo que el psicoanálisis nos enseña, ¿cómo enseñarlo?...". Aborda la cuestión con esta pregunta: "...¿qué es a su juicio, ese algo que el análisis nos enseña que le es propio, o lo más propio, propio verdaderamente, verdaderamente lo más, lo más verdaderamente?"

Lacan descartará las respuestas que, desde distintos ámbitos, se habrían podido recoger y finalmente retoma: "Y ahora planteemos de nuevo nuestra pregunta para maravillarnos de que nadie piense ya en contestarla con esta simple palabra: el inconsciente...". Dejará en claro que si "...esa palabra no plantea ya ninguna cuestión para nadie..." es porque no se detuvieron hasta que su empleo, en Freud, quedó "...ahogado en el linaje de concepciones homónimas a las que él no debe nada...".

Y entonces, una vez más Lacan insiste en que el descubrimiento de Freud nos remite al orden simbólico constituido por el lenguaje.

Además indica, aunque no desarrolla, las tesis relativas a las dos grandes vertientes de la articulación del lenguaje, y las funciones metafóricas y metonímicas². Es en este contexto que introduce una "...fábula para hacer surgir, en una especie de estereoscopia, tanto el estilo del inconsciente, como la respuesta que le conviene".3

"Si el inconsciente parece, en efecto, dar un nuevo soporte al proverbio bíblico que dice que 'los padres comieron uvas verdes' y que los hijos padecieron dentera' por ello', es a partir de una reconciliación que satisface, tal vez, la caducidad con la que Jeremías lo afecta citándola.

Pues diremos que es porque ha sido dicho que 'las uvas verdes que han comido los padres dan dentera a los hijos' que el hijo, para quien esas uvas son en efecto demasiado verdes por ser las de la decepción que le aporta demasiado a menudo como cada uno sabe, la cigüeña⁶, revestirá su rostro con la máscara del zorro".1 Sin duda las lecciones de una mujer de genio que ha revolucionado nuestro conocimiento de las formaciones imaginarias en el niño, y cuyos temas reconocerá todo iniciado, si tengo la ocurrencia de llamarla la tripera, nos enseñarán a decir al niño que las uvas, malos objetos, bien querría arrancarlas de las tripas de la cigüeña y que por eso tiene miedo del zorro. Yo no digo que no. Pero tengo más confianza en la fábula de La Fontaine para introducirnos en las estructuras del mito, es decir en lo que necesita la intervención de ese cuarto término inquietante cuyo papel, como significante en la fobia, me parece mucho más móvil.

Dejen ese mecanismo a nuestro estudio, sólo retengan la moraleja que este apólogo encuentra en mi deseo de que la referencia al texto sagrado, Jeremías 31-29, si no es enteramente inconcebible encontrarla en el inconsciente, no haga automáticamente, ¿por qué no decirlo?, interrogarse al analista sobre la persona del 'ambiente' del paciente, como se dice desde hace algún tiempo, por el número de su teléfono.

Este joke, bueno o malo, ustedes imaginarán que no es por azar que lo arriesgo tan locamente ligado a la letra, pues es por la marca de lo arbitrario, propio de ella, que se explica la extraordinaria contingencia de los accidentes que dan al inconsciente su verdadero rostro". Un poco más adelante, Lacan cita nuevamente a Jeremías y Ezequiel.

"Es esto que, en la misma página en donde subrayaba 'en el drama patético de la neurosis..., los aspectos absurdos de una simbolización desconcertada, de la cual el malentendido, como se lo penetra más adelante, aparece más irrisorio", me ha hecho escribir, otorgándole aquí su envergadura paterna como Jeremías y Ezequiel en el pasaje anteriormente citado nos la muestra al principio del pacto significante, y uniéndola como conviene, por los términos bíblicos que usa la mujer, autora" del himno de batalla americano, a la maldición de la madre:

'Pues la uva verde de la palabra por la cual el niño recibe demasiado temprano de un padre la autentificación de la nada de la existencia, y el racimo de la cólera que responde a las palabras de falsa esperanza con que su madre lo ha engañado, alimentándolo con la leche de su verdadera desesperación, produce mayor dentera que el haber sido destetado de un goce imaginario, o incluso del haber sido privado de tales cuidados reales'"."

Referencias... publica los textos bíblicos de Jeremías y Ezequiel citados por Lacan, las dos fábulas de Jean de La Fontaine a las que hace referencia, y el Himno de Batalla Americano (The Battle Hymn of the Republic).

Biblia de Jerusalén, Bilbao, Edit. Desclée de Brouwer, 1998.

La Fontaine, Jean de (1621-1695). Fábulas, París, Imprenta de la V^{ta} de Ch. Bouret. Traducción de Lorenzo Elizaga.

NOTAS

- *. Los números telefónicos de París se enuncian con cuatro cifras divididas de dos en dos y precedidas de un nombre que simboliza la zona, y del que se toman al marcar el número las 3 primeras letras: por ejemplo: "Danton 31-29", lo cual evoca bastante el "Jeremías 31-29" del texto. T. S. [Reproducción de la nota de Tomás Segovia a la edición castellana].
- **. En nota al pie de página Lacan aclara el nombre de la autora del *Himno de Batalla Americano*: Julia Ward Howe.
- "El psicoanálisis y su enseñanza" se encuentra en los Ecrits, Paris, Editions du Seuil, 1966. Los fragmentos publicados han sido traducidos por Referencias...
- Recuérdese que esta comunicación es presentada en la misma época en que Lacan dicta El seminario, Libro 4, La relación de objeto. Barcelona, Paidós, 1994.
- 3. Para descifrar la "fábula" no sólo son indispensables las referencias que indica Lacan, es asimismo necesario El Seminario, Libro 4, La relación de objeto, op.cit., y el "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" de S. Freud, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. X, 1986.
- 4. La versión de los Escritos en castellano traduce "raisins verts", como "uvas agraces". En castellano se puede usar tanto "uvas verdes" como "uvas agraces", esto es, la uva sin madurar. Pero la expresión "las uvas están demasiado verdes" que alude a la fábula y que se emplea irónicamente, no puede traducirse en este contexto como "uvas agraces".
- 5, "...los hijos han tenido dentera por ello...": "dentera" traduce el verbo "agacer", que significa dar dentera y, figuradamente, irritar, poner nervioso, impacientar; por ejemplo: "su risa me irrita". También provocar, excitar: "agacer un chien", provocar a un perro. En los versículos de la Biblia, "los padres comieron el agraz", no se trata de las uvas; "agraz" es el zumo que se saca de la uva sin madurar. Agraz: fig. amargura, disgusto.
- La cigüeña remite no sólo a la fábula "El zorro y la cigüeña", sino también al pequeño Hans. Ver: Lacan, J., El Seminario, Li-

- bro 4, La relación de objeto, op. cit., págs. 386 y 416; y Freud, S. "Análisis de la fobia de un niño de cinco años", op. cit., págs. 60-66.
- 7. En francés "renard": zorro. Zorra es un error de las traducciones al castellano. Lacan remite, en esta especie de estereoscopia, a la fábula de la cigüeña y el zorro, que superpone a la del zorro y las uvas.
- 8. En relación al cuarto término, ver en El Seminario, Libro 4, La relación de objeto, op. cit., las págs. 389, 390, 435, 436.
- 9. Récuerdese que Lacan, se supone, se dirige a los filósofos.
- 10. Estas líneas entrecomilladas por Lacan en el escrito "El psicoanálisis y su enseñanza" corresponden a un párrafo de "La cosa freudiana" en el punto La deuda simbólica. Ecrits, op. cit., pág. 434.
- 11. Ibid., pág. 433.

BIBLIA PROFETAS Jeremías

(...)

3. LIBRO DE LA CONSOLACION

(...)

31 1 En aquel tiempo -oráculo de Yahvé- seré el Dios de todas las familias de Israel, y ellos serán mi pueblo.

² Así dice Yahvé: Halló gracia en el desierto el pueblo que se libró de la espada: va a su descanso Israel.

³ De lejos Yahvé se me apareció.
Con amor eterno te he amado:
por eso he reservado gracia para ti.
⁴ Volveré a edificarte y serás reedificada, virgen de Israel;
aún volverás a tener el adorno de tus adufes, y saldrás a bailar entre gentes festivas.
⁵ Aún volverás a plantar viñas en los montes de Samaria:
(plantarán los plantadores, y disfrutarán).
⁶ Pues habrá un día en que griten los centinelas en la montaña de Efraín:
«¡Levantaos y subamos a Sión, adonde Yahvé, el Dios nuestro!»

⁷ Pues así dice Yahvé: Dad hurras por Jacob con alegría, y gritos por la capital de las naciones; hacedlo oír, alabad y decid: «¡Ha salvado Yahvé a su pueblo, al Resto de Israel!»

"Mirad que yo los traigo del país del norte, los recojo de los confines de la tierra. Entre ellos, el ciego y el cojo, la preñada y la parida a una. Gran asamblea vuelve acá.

On lloro vienen y con súplicas los devuelvo, los llevo a arroyos de agua por camino llano, en que no tropiecen. Porque yo soy para Israel un padre, y Efraín es mi primogénito.

10 Oíd la palabra de Yahvé, naciones, y anunciad por las islas a lo lejos, y decid: «El que dispersó a Israel lo reunirá y lo guardará cual un pastor su hato.» 11 Porque ha rescatado Yahvé a Jacob, Y lo ha redimido de la mano de otro más fuerte. 12 Vendrán y darán hurras en la cima de Sión, y acudirán al regalo de Yahvé: al grano, al mosto, y al aceite virgen, a las crías de ovejas y de vacas, y serán como huerto empapado, no volverán a estar ya macilentos. 13 Entonces se alegrará la doncella en el baile, los mozos y los viejos juntos, y cambiaré su duelo en recocijo, los consolaré y aliviaré su tristeza; 14 saciaré de enjundia a los sacerdotes, mi pueblo se hartará de mis bienes -oráculo de Yahvé-.

15 Así dice Yahvé: En Ramá se escuchan ayes, lloro amarguísimo. Raquel que llora por sus hijos, que rehusa consolarse -por sus hijosporque no existen. 16 Así dice Yahvé: Reprime tu voz del lloro y tus ojos del llanto, pues tus penas tendrán recompensa -oráculo de Yahvé-: volverán de tierra hostil, 17 y hay esperanza para tu futuro -oráculo de Yahvé-: volverán los hijos a su territorio. 18 Bien he oído a Efraín lamentarse: «Me corregiste y corregido fui, cual becerro no domado. Hazme volver v volveré, pues tú, Yahvé, eres mi Dios. 19 Porque luego de desviarme, me arrepiento, y luego de darme cuenta, me golpeo el pecho, me avergüenzo y me confundo luego, porque aguanto el oprobio de mi mocedad.» 20 ¿Es un hijo tan caro para mí Efraín, o niño tan mimado, que tras haberme dado tanto que hablar, tenga que recordarlo todavía? Pues, en efecto, se han conmovido mis entrañas por él; ternura hacia él no ha de faltarme -oráculo de Yahvé-.

²¹ Plántate hitos, ponte jalones de ruta, presta atención a la calzada, al camino que anduviste. Vuelve, virgen de Israel, vuelve a estas ciudades. ²² ¿Hasta cuándo darás rodeos, oh díscola muchacha? Pues ha creado Yahvé una novedad en la tierra: la Mujer ronda al Varón.

Se promete a Judá la restauración.

²⁸ Así dice Yahvé Sebaot, el Dios de Israel: Todavía dirán este refrán en tierra de Judá y en sus ciudades, cuando yo haga volver a sus cautivos:

> «¡Bendígate Yahvé, oh estancia justa, oh monte santo!»

²⁴ Y morarán allí Judá y todas sus ciudades juntamente, los labradores y los que trashuman con el rebaño, ²⁵ porque yo refrescaré la garganta reseca y saciaré todo cuerpo macilento.

²⁶ En esto, me desperté y vi que mi sueño era sabroso para mí.

Israel y Judá.

²⁷ Van a llegar días -oráculo de Yahvé- en que sembraré la casa de Israel y la casa de Judá de simiente de hombres y ganados. ²⁸ Entonces, del mismo modo que anduve presto contra ellos para extirpar, destruir, arruinar, perder y dañar, así andaré respecto a ellos para reconstruir y replantar -oráculo de Yahvé-.

Retribución personal.

- 29 En aquellos días no dirán más:
- «Los padres comieron el agraz,
- y los dientes de los hijos sufren de dentera»;
- 30 sino que cada uno por su culpa morirá: quienquiera que coma el agraz tendrá la dentera.

La Nueva Alianza.

³¹ Van a llegar días -oráculo de Yahvé- en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; ³² no como la alianza que pacté con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos -oráculo de Yahvé-. ³³ Sino que ésta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días -oráculo de Yahvé-: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. ³⁴ Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: «Conoced a Yahvé», pues todos ellos me conocerán, del más chico al más grande -oráculo de Yahvé-, cuando perdone su culpa y de su pecado no vuelva a acordarme.

Permanencia de Israel.

35 Así dice Yahvé, el que da el sol para alumbrar el día, y gobierna la luna y las estrellas para alumbrar la noche,

el que agita el mar y hace bramar sus olas, cuyo nombre es Yahvé Sebaot.

** Si fallaren estas normas en mi presencia -oráculo de Yahvé-, también la prole de Israel dejaría de ser una nación en mi presencia a perpetuidad.

** Así dice Yahvé:

Si fueran medidos los cielos por arriba, y sondeadas las bases de la tierra por abajo, entonces también yo renegaría de todo el linaje de Israel por todo cuanto hicieron -oráculo de Yahvé-.

Reconstrucción y esplendor de Jerusalén.

³⁸ Van a llegar días -oráculo de Yahvé- en que será reconstruida la ciudad de Yahvé desde la torre de Jananel hasta la Puerta del Ángulo; ³⁹ y volverá a salir la cuerda de medir toda derecha hasta la cuesta de Gareb, y torcerá hasta Goá, 40 y toda la hondonada de los Cuerpos Muertos y de la Ceniza, y toda la Campa del Muerto hasta el torrente Cedrón, hasta la esquina de la Puerta de los Caballos hacia oriente será sagrado de Yahvé: no volverá a ser destruido ni dado al anatema nunca jamás.

NOTAS

- 31 ² Sobre la conversión en el desierto, ver Os 2 16+. El tema del nuevo Éxodo, que traerá del Destierro a Israel, esbozado aquí y vv. 8-9.21, se reanudará y desarrollará en la segunda parte de Isaías, ver Is 40 3+.
- 31 6 Unidad religiosa recuperada en torno al único santuario de Sión.
- 31 ' «Ha salvado a su» griego, Targ.; «Salva a tu» hebr.
- 31 ° Texto sorprendente. Cabe la tentación de corregir como lo ha hecho el griego y leer: «Con lloro partieron y con consuelos los devuelvo», ver Sal 126 5-6, pero sin duda se trata de una corrección que facilita el texto. Se puede entender que se trata de lágrimas de arrepentimiento.
- 31 ^{15 (a)} Raquel, esposa de Jacob, madre de José, que a su vez engendró a Efraín y Manasés, y de Benjamín. Su tumba se encontraba en Ramá, 1 S 10 2, hoy er-Ram, a 9 km al norte de Jerusalén, no lejos de Efratá, ver Gn 35 19, en los confines de Benjamín, Jos 18 25. Belén, que poseía un clan de efrateos, fue también denominada Efratá, Mi 5 1, y de ahí la tradición que ha querido situar cerca de Belén el sepulcro de Raquel (ver la glosa a Gn 35 19), y que llevó a San Mateo a aplicar a la matanza de los Inocentes el texto de Jr 31 15, ver Mt 2 17-18.
- 31 15 (b) «no existen» versiones; «no existimos», o «no existe» hebr.
- 31 ¹⁹ Lit. «el muslo»; gesto de despecho, tristeza, dolor o remordimiento, ver Ez. 21 17.
- 31 22 Reanudación de las relaciones de amor entre Israel y su Esposo Yahvé, ver Os
- 1 2+. Este texto tiene el mismo alcance mesiánico que ls 54 5s.
- 31 2 Este oráculo y el siguiente fueron pronunciados hacia el 587, ver 30 1+.
- 31 ²⁶ Palabras del profeta que posiblemente se expresa valiéndose de un estribillo conocido.
- 31 ²⁹ Jeremías lleva aquí la contraria a un refrán (con el que también se enfrenta Ezequiel, ver 18 2), que expresaba el viejo principio de la responsabilidad colectiva: en este caso, la solidaridad en el dolor de los miembros de una misma familia. Anuncia para el futuro la aplicación de un principio nuevo, que Ezequiel afirmará a continuación: el del castigo personal del pecador, ver Ez 14 12+; 18.
- 31 31 Los vv. 31-34 son la cumbre de espiritualidad del libro de Jeremías. Tras el

fracaso de la antigua alianza, v. 32; Ez 16 59, y el fallido intento de Josías de restaurarla, el plan de Dios aparece bajo un aspecto nuevo. Después de una catástrofe que sólo dejará subsistir a un «Resto», Is 4 3+, nuevamente se concluirá una alianza eterna, v. 31, como en los días de Noé, Is 54 9-10. Subsisten las antiguas perspectivas: fidelidad de los hombres a la Ley, presencia divina que garantiza a los hombres la paz y la prosperidad material. Ez 36 29-30, expresándose este ideal con la fórmula: «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo», v. 33; 7 23; 11 4; 30 22; 31 1; 32 38; Ez 11 20; 36 28; 37 27; Za 8 8; ver Dt 7 6+. La novedad de la alianza se refiere a tres puntos: 1.º, la iniciativa divina del perdón de los pecados, v. 34; Ez 36 25.29; Sal 51 3-4.9; 2.°, la responsabilidad y la retribución personal, v. 29, ver Ez 14 12+; 3.°, la interiorización de la religión; la Ley deja de ser un mero código exterior para convertirse en una aspiración que alcanza al «corazón» del hombre, v. 33; 24 7; 32 39, bajo la influencia del Espíritu de Dios que da al hombre un corazón nuevo, Ez 36 26-27; Sal 51 12, ver Jr 4 4+, capaz de «conocer» a Dios, Os 2 22+. Esta nueva y eterna alianza, proclamada nuevamente por Ezequiel, Ez 36 25-28, por los últimos capítulos de Isaías, Is 55 3: 59 21: 61 8, ver Ba 2 35, vivida en el Sal 51, será inaugurada por el sacrificio de Cristo, Mt 26 28p, y los Apóstoles anunciarán su cumplimiento, 2 Co 3 6; Rm 11 27; Hb 8 6-13; 9 15s; 1 Jn 5 20+.

- 31 32 Leyendo bala'tî por ba'altî: «tuve señorío».
- 31 35 «gobierna» jogeq conj.; «las normas de» juqqot hebr.
- 31 ³⁸ Se reconstruirán las ruinas dejadas por los babilonios: la torre de Jananel, al nordeste de las murallas, Ne 3 1; la puerta del Ángulo, al noroeste, 2 R 14 13; la puerta de los Caballos al sudeste, Ne 3 28. Gareb es totalmente desconocido; Goa, que igualmente sólo aquí aparece, podría hallarse en la conjunción de los tres valles: Gehenna, Tiropeón y Cedrón; la hondonada de los muertos y de la ceniza (lit. de la «grasa incinerada» de las víctimas, ver Lv 1 16; 4 12, 6 3-4) es la Gehenna, Jr 7 31; 19 6, que se encuentra en el sudoeste de Jerusalén, mientras que el Cedrón está al este. Esta presentación de Jerusalén reconstruida anuncia a Ezequiel.
- 31 * «hasta el torrente» 'ad hebr.; «contiguos al torrente» 'al conj.

BIBLIA PROFETAS Ezequiel

(...)

La responsabilidad personal.

18 'La palabra de Yahvé se dirigió a mí en estos términos:
² «¿Por qué andáis repitiendo este proverbio en la tierra de Israel:

Los padres comieron el agraz, y los dientes de los hijos sufren la dentera?

³ «Por mi vida, oráculo del Señor Yahvé, que no repetiréis más este proverbio en Israel. ⁴ Mirad: todas las vidas son mías, la vida del padre lo mismo que la del hijo, mías son. El que peque es quien morirá.

3 «El que es justo y practica el derecho y la justicia, o no come en los montes ni alza sus ojos a las basuras de la casa de Israel, no contamina a la mujer de su prójimo, ni se acerca a una mujer durante su impureza, 7 no oprime a nadie, devuelve la prenda de una deuda, no comete rapiñas, da su pan al hambriento y viste al desnudo, o no presta con usura ni cobra intereses, aparta su mano de la injusticia, dicta un juicio honrado entre hombre y hombre, o se conduce según mis preceptos y observa mis normas, obrando conforme a la verdad, un hombre así es justo: vivirá sin duda, oráculo del Señor Yahvé.

¹⁰ «Si éste engendra un hijo violento y sanguinario, que hace alguna de estas cosas ¹¹ que él mismo no había hecho, un hijo que come en los montes, contamina a la mujer de su prójimo, ¹² oprime al pobre y al indigente, comete rapiñas, no devuelve la prenda, alza sus ojos a las basuras, comete abominación, ¹³ presta con usura y cobra intereses, éste no vivirá en modo alguno después de haber cometido todas estas abominaciones; morirá sin remedio, y su sangre recaerá sobre él.

¹⁴ «Y si éste, a su vez, engendra un hijo que ve todos los pecados que ha cometido su padre, que los ve sin imitarlos,

15 que no come en los montes ni alza sus ojos a las basuras de la casa de

Israel, no contamina a la mujer de su prójimo, ¹⁶ no oprime a nadie, no guarda la prenda, no comete rapiñas, da su pan al hambriento, viste al desnudo, ¹⁷ aparta su mano de la injusticia, no presta con usura, ni cobra intereses, practica mis normas y se conduce según mis preceptos, éste no morirá por la culpa de su padre, vivirá sin duda. ¹⁸ Su padre, porque fue violento, cometió rapiñas y no obró bien en medio de su pueblo, por eso morirá a causa de su culpa. ¹⁹ Y vosotros decís: ⁴¿Por qué no carga el hijo con la culpa de su padre? Pero el hijo ha practicado el derecho y la justicia, ha observado todos mis preceptos y los ha puesto en práctica: vivirá sin duda. ²⁰ El que peque es quien morirá; el hijo no cargará con la culpa de su padre, ni el padre con la culpa de su hijo: al justo se le imputará su justicia y al malvado su maldad.

²¹ «En cuanto al malvado, si se aparta de todos los pecados que ha cometido, observa todos mis preceptos y practica el derecho y la justicia, vivirá sin duda, no morirá. ²² Ninguno de los crímenes que cometió se le recordará más; vivirá a causa de la justicia que ha practicado. ²³ ¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado –oráculo del Señor Yahvé– y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?

²⁴ «Pero si el justo se aparta de su justicia y comete el mal, imitando todas las abominaciones que comete el malvado, ¿vivirá acaso? No, no quedará ya memoria de ninguna de las obras justas que había practicado, sino que, a causa de la infidelidad en que ha incurrido y del pecado que ha cometido, morirá. ²⁵ Y vosotros decís: 'No es justo el proceder del Señor.' Escuchad, casa de Israel: ¿Que no es justo mi proceder? ¿No es más bien vuestro proceder el que no es justo?

³⁶ Si el justo se aparta de su justicia, comete el mal y muere, a causa del mal que ha cometido muere. ²⁷ Y si el malvado se aparta del mal que ha cometido para practicar el derecho y la justicia, conservará su vida. ²⁸ Ha abierto los ojos y se ha apartado de todos los crímenes que había cometido; vivirá sin duda, no morirá. ²⁹ Y sin embargo la casa de Israel dice: 'No es justo el proceder del Señor.' ¿Que mi proceder no es justo, casa de Israel? ¿No es más bien vuestro proceder el que no es justo? ³⁰ Yo os juzgaré, pues, a cada uno según su proceder, casa de Israel, oráculo del Señor Yahvé. Convertíos y apartaos de todos vuestros crímenes; no haya para vosotros más ocasión de culpa. ³¹ Descargaos de todos los crímenes que habéis cometido contra mí, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel? ³² Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere, oráculo del Señor Yahvé. Convertíos y vivid.

NOTAS

- 18 5 La enumeración que sigue recuerda las confesiones o «profesiones» que parece estaban asociadas a ciertas solemnidades litúrgicas.
- 18 º Comer (la comida sagrada) sobre los altos era práctica de los cultos idolátricos.
- 18 10 «alguna de estas (cosas)» sir., Vulg.; «un hermano de alguna de estas» hebr.
- 18 12 Ver nota a 6 4.
- 18 17 «de la injusticia» griego, ver v. 8; «del desgraciado» hebr.
- 18 " «rapiñas» conj., ver vv. 7.12.16; «las rapiñas de su hermano» (?) hebr.
- 18 ³¹ El hombre no sólo no está abrumado por las culpas de sus antepasados, sino que puede sustraerse al peso de su propio pasado. Se subraya la noción de conversión (y también de perversión), no colectiva, sino estrictamente personal. Únicamente la actitud actual del alma determina el juicio de Dios, ver 14 12+ y Mt 3 2+.
- 18 26 El hebreo añade «a causa de ellos», omitido por griego y sir.
- 19 Este poema es una *qinah*, es decir, una lamentación, de ritmo característico, compuesto cada verso de dos partes desiguales. Ver Ez 26 17-18; 27 3-9.25-36. Su forma es alegórica, pero no resulta fácil interpretar todos sus elementos.

FABULAS JEAN DE LA FONTAINE

Libro Primero

(...)

XVIII

EL ZORRO Y LA CIGÜEÑA

Compadre Zorro se propone un día Gastar mucho dinero, Y a su comadre la Cigüeña envía Cortés un mensajero Rogándola comer en compañía. Fué el regalo mezquino Y sin mucho aparato; El galán, un avaro de lo fino, Vivía parcamente Y ofreció nada más por todo plato De leche con azúcar una fuente. Estorbó a la Cigüeña el largo pico Y no probó alimento; En tanto, el compadrico Lamió toda la fuente en un momento. Por vengarse de burla semejante, A poco la Cigüeña le convida. « Con mucho gusto, » respondió el tunante « Con mis buenos amigos en la vida Gasté yo cumplimiento » Así que del convite llegó el día, De la Cigüeña fué al alojamiento, Alabó su extremada cortesía Y del festín lo raro y exquisito;

Ponderó sobre todo su apetito (Nunca falla a los zorros, á fe mía): De la carne el olor le deleitaba Y muy tierna y sabrosa la juzgaba. Pero en trozos pequeños dividida. En vasos especiales fué servida. De la Cigüeña el pico Entraba en esos vasos fácilmente: Mas del Zorro el hocico Pugnó por penetrar inútilmente. Volvió en ayunas á su casa al cabo, Corrido y con mohina Cual Zorro á quien atrapa una gallina, Contra las piernas apretando el rabo, Dando al viento sus quejas Y gachas las orejas.

Los que engañais arteros á los otros Cuidad que no os engañen á vosotros.

FABULAS JEAN DE LA FONTAINE

Libro Tercero

(...)

XI

EL ZORRO Y LAS UVAS

Cierto Zorro de Gascuña
O tal vez de Normandía,
Muriéndose casi de hambre,
En lo alto vió de una viña
Uvas frescas y maduras,
De película rojiza;
Con ellas de mil amores
Hubiera hecho su comida
Pero como estaban altas
Y alcanzarlas no podía,
Dijo que estaban muy verdes
Y no de comerse dignas.

¿En un caso parecido, Mejor quejarse valdría?

THE BATTLE HYMN OF THE REPUBLIC JULIA WARD HOWE:

Mine eyes have seen the glory of the coming of the Lord

He is trampling out the vintage where the grapes of wrath are stored,

He has loosed the fateful lightening of His terrible swift sword

His truth is marching on.

Glory! Glory! Hallelujah! Glory! Glory! Hallelujah! Glory! Glory! Hallelujah! His truth is marching on.

I have seen Him in the watch-fires of a hundred circling camps
They have builded Him an altar in the evening dews and damps
I can read His righteous sentence by the dim and flaring lamps
His day is marching on.

Glory! Glory! Hallelujah! Glory! Glory! Hallelujah! Glory! Glory! Hallelujah! His truth is marching on.

I have read a fiery gospel writ in burnish'd rows of steel,
"As you deal with my contemners, So with you my grace shall deal;"

Let the Hero, born of woman, crush the serpent with his heel

Since God is marching on.

Glory! Glory! Hallelujah! Glory! Glory! Hallelujah! Glory! Glory! Hallelujah! His truth is marching on.

He has sounded forth the trumpet that shall never call retreat He is sifting out the hearts of men before His judgment-seat Oh, be swift, my soul, to answer Him! be jubilant, my feet! Our God is marching on. Glory! Glory! Hallelujah! Glory! Glory! Hallelujah! Glory! Glory! Hallelujah! His truth is marching on.

In the beauty of the lilies Christ was born across the sea,
With a glory in His bosom that transfigures you and me:
As He died to make men holy, let us die to make men free,
While God is marching on.

Glory! Glory! Hallelujah! Glory! Glory! Hallelujah! Glory! Glory! Hallelujah! His truth is marching on.

HIMNO DE BATALLA DE LA REPUBLICA JULIA WARD HOWE

Mis ojos han visto la gloria de la llegada del Señor Pisoteando la vendimia donde se almacenan las uvas de la ira, Ha soltado el mortal relámpago de Su rápida y terrible espada Su verdad está marchando.

> ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! Su verdad está marchando,

Lo he visto en los fuegos de los centinelas de cien campamentos Le han construido un altar en el rocío y la neblina de la noche Puedo leer Su justa sentencia en las lámparas imprecisas y brillantes Su día está marchando.

> ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! Su verdad está marchando.

He leído un llameante versículo escrito en hileras de acero bruñido "Como tratáis a quienes me desdeñan, Así con vosotros Mi Gracia estará"; Dejad que el Héroe, de mujer nacido, aplaste la serpiente con su talón Pues Dios está marchando

> ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Gloria!.¡Aleluya! Su verdad está marchando.

Ha soplado fuerte la trompeta que jamás tocará a retirada
Está evaluando los corazones de los hombres antes de su Juicio
¡Oh!, ¡Sé rápida, alma mía, para contestarle! ¡Sed jubilosos, pies míos!
Nuestro Dios está marchando.

¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! Su verdad está marchando.

En la belleza de los lirios nació Cristo allende el mar, Con tal gloria en su pecho, que nos transfigura a ti y a mí; Así como murió para hacer al hombre santo, vamos a morir para liberar al hombre,

Mientras Dios está marchando.

¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya! Su verdad está marchando.

NOTA DE REFERENCIAS...

*. Howe, Julia Ward (1819-1910), Autora y reformista norteamericana, nacida en la ciudad de Nueva York. Inspirada por una visita a un campamento del ejército de la Unión, durante la Guerra Civil Americana (1861-1865), Howe escribió el famoso poema Himno de Batalla de la República, el cual, luego de su publicación en The Atlantic Monthly, en 1862, alcanzó inmediatamente gran popularidad como canción de la Guerra Civil. Después de la guerra, Howe fue activista en el movimiento por los derechos de la Mujer, como fundadora del Club de mujeres de Nueva Inglaterra, y de la Asociación para el Progreso Femenino. También encabezó la rama americana de la Asociación Femenina Internacional de Paz. Fue la primera mujer elegida para la Academia de Artes y Letras de los Estados Unidos. Los trabajos de Howe incluyen La Vida de Margaret Fuller (1883), From Sunset Ridge: Poems Old and New (1898), y Reminiscenses 1819-1899 (1899).

Indice General de la Colección

Referencias en la obra de Lacan 1

El Axioma de Monsieur Fenouillard Christophe. Hécuba Eurípides. Lo Bello Martin Heidegger. El asno de oro Apuleyo. Sistema del papa Pío VI Marqués de Sade. A Una Razón Arthur Rimbaud.

Referencias en la obra de Lacan 2

San Giorgio Combattente Carpaccio. La Cosa Martin Heidegger. Mimetismo y Psicastenia Legendaria Roger Caillois. Epístola a los Romanos San Pablo. Por medio de la ley... Lutero. Dafnis y Cloe (I) Longo. Booz Endormi Victor Hugo.

Referencias en la obra de Lacan 3

Bacco Caravaggio. El sueño de Chuang-Tzu Chuang-Tzu. Laocoonte Gotthold Efraim Lessing. Un rajá que se aburre Alphonse Allais. Pensamientos Blaise Pascal. Dafnis y Cloe (II) Longo. Los pequeños justos Paul Eluard.

Referencias en la obra de Lacan 4

Teatro olímpico Andrea Palladio. No busco, encuentro Pablo Picasso. La voluntad determinada Martín Lutero. Antes del nacimiento del sol Friedrich Nietzsche. El asesinato... Thomas de Quincey. Pater Noster Jacques Prévert.

Referencias en la obra de Lacan 5

El bibliotecario Arcimboldo. La divina comedia Dante Alighieri. La Eneida Virgilio. El psicoanálisis y la estructura... Daniel Lagache. La pesca de la Ballena Jacques Prévert. No busco, encuentro Pablo Picasso.

Referencias en la obra de Lacan 6

Estampa japonesa Harundsu. El niño y los sortilegios Colette. El amor loco André Breton. Mito de Pandora Hesíodo. Noche oscura San Juan de la Cruz.

Referencias en la obra de Lacan 7

El grito Edvard Munch. Temor, culpa y odio Ernest Jones. El libro de Mencio Meng Tsé. Ubú Rey Alfred Jarry. Acerca de las pasiones del amor Blaise Pascal. Odas William Wordsworth.

Referencias en la obra de Lacan 8

Sobre Tiresias Apolodoro, Hesíodo. Diálogos de los muertos Luciano de Samosata. Las metamorfosis Ovidio. Las tetas de Tiresias Guillaume Apollinaire. El sermón del fuego T.S. Eliot.

Referencias en la obra de Lacan 9

El sueño de la razón... Francisco de Goya. Apólogo de las palabras heladas François Rabelais. Sobre las magnitudes negativas Immanuel Kant. Cuadros de viaje Heinrich Heine. El mito de Albertina Marcel Proust. Tres poemas Guillaume de Poitiers.

Referencias en la obra de Lacan 10

El encantador pudriéndose Guillaume Apollinaire.

Referencias en la obra de Lacan 11

El sacrificio de Isaac Caravaggio. La Mirada Jean-Paul Sartre. El tonel de las Danaides Horacio, Ovidio y otros. Acerca del Obispo John Wilkins J. L. Borges, M. Pobers. Apólogo de Menenio Agripa Tito Livio. La camisa del hombre contento Italo Calvino. Sobre la naturaleza de los dioses Marco Tulio Cicerón.

Referencias en la obra de Lacan 12

El rostro de Harpo Marx. El Oráculo de Delfos *Plutarco, Heráclito*. Teoría General de la Magia *Marcel Mauss*. Máximas y Sentencias *La Rochefoucauld*.

Referencias en la obra de Lacan 13

Santa Agata, Santa Lucía Zurbarán. La Fábula de las Abejas Bernard Mandeville. Gargantúa François Rabelais. Signos Maurice Merleau-Ponty.

Referencias en la obra de Lacan 14

La Condición Humana René Magritte. Viaje a Montbard Hérault de Séchelles. Acerca del Estilo Conde de Buffon. Discurso ante la Academia Conde de Buffon. La "humanización" del hombre Louis Bolk. La belleza será convulsiva André Breton. El Extasis John Donne.

Referencias en la obra de Lacan 15

Semíramis construyendo Babilonia Edgar Degas. Tragedia Aristóteles. Diario de un escritor Fedor Dostoyevski. Antígona Aristóteles. Los Nueve Libros de la Historia Herodoto. Esbozo de una serpiente. Paul Valéry.

Referencias en la obra de Lacan 16 El Amor cortés

Los Cátaros René Nelli. Libro de los dos Principios Juan de Lugio. Consolamentum. Acerca del Gay Saber Gérard de Sède. Trovadores Occitanos Marcabrú y Arnaut Daniel. Arnaldo Daniello Dante Alighieri. Minnesinger

Referencias en la obra de Lacan 17

El juicio de un loco *Imaginería de Epinal*. Del Arte de conversar *Montaigne*. La verdad de parto *Baltasar Gracián*. Cogito *Descartes*. Rondels *Stéphan Mallarmé*. Noches Aticas *Aulo Gelio*.

Referencias en la obra de Lacan 18

Erótica India. Epicuro y sus dioses A. J. Festugière. La propiedad es el robo Pierre-Joseph Proudhon. El Deseo atrapado por la cola Pablo Picasso. Leyes de Manú. Rig Veda. Himno de la Creación.

Referencias en la obra de Lacan 19

Bocca di leone. Anfitrión Plauto, Molière. Santo Tomás Gilbert K. Chesterton. La vida nueva Dante Alighieri. Miedos Anton Pávlovich Chéjov. El loco por Elsa Louis Aragon.

Referencias en la obra de Lacan 20

Grotescos Francisco de Goya. Ondina Jean Giraudoux.

Referencias en la obra de Lacan 21

Eros y Psyché lacopo Zucchi, André Masson. Carta sobre los ciegos... Denis Diderot. Un drama muy parisino Alphonse Allais. La gravedad y la gracia Simone Weil. Ulises y el cíclope Homero, Luciano. El círculo de Popilio Thodor Mommsen. Historia de medio pollo.

Referencias en la obra de Lacan 22

La develación del falo. Heptamerón Margarita de Navarra. Alrededor del Heptamerón Lucien Febvre. Griselidis Boccaccio. Bundling Stendhal. Poemas Catulo.

Referencias en la obra de Lacan 23

Iconos. Dios ha muerto Martin Heidegger, Friedrich Nietzsche. Si Dios ha muerto Fedor Dostoievski. El Misántropo Molière. De la naturaleza de las cosas Lucrecio. Las despiojadoras Arthur Rimbaud.

Referencias en la obra de Lacan 24

Naturaleza muerta holandesa Osías Beert. El hombre se divide en veintidós partes... M. M. Griaule. La naturaleza tiene horror al vacío Blaise Pascal. El manzano John Galsworthy. Artémis Gérard de Nerval.

Referencias en la obra de Lacan 25

La Virgen María y la serpiente Juan Bautista Tiépolo. La más bella historia de amor Abelardo, Eloísa. La proposición particular y las pruebas de no-conclusividad en Aristóteles Jacques Brunschwig. Moesta et errabunda Charles Baudelaire.

Referencias en la obra de Lacan 26

El Gran Vidrio Marcel Duchamp, André Breton, Octavio Paz. Alcibíades Plutarco. Satiricón Petronio. Noches Aticas Aulo Gelio. Tratado de las sensaciones Condillac. La Ronda alrededor del Mundo Paul Fort.

Referencias en la obra de Lacan 27

Las manzanas Paul Cézanne. Dionisio Sófocles, Homero, Heráclito. Instituciones Oratorias Quintiliano. De las mujeres Friedrich Nietzsche. El duro deseo de durar Paul Eluard.

Referencias en la obra de Lacan 28

Extasis de Santa Teresa Gian Lorenzo Bernini. Peregrino Querubínico Angelus Silesius. Sobre la interpretación Aristóteles. Matronas procesadas por envenenamiento Tito Livio, Voltaire, Eugène Petit. Aquel que se castiga él mismo Terencio. Yo soy el cuchillo y la herida Charles Baudelaire.

Indice de la colección por autor

Autor	Título	Vol.
Maria Da	m	0.5
Abelardo, Pedro	Historia de mis desventuras	25
Abelardo y Eloísa	Cartas de amor	25
Alighieri, Dante	Arnaldo Daniello	16
Alighieri, Dante	La Divina Comedia	5
Alighieri, Dante	La vida nueva	19
Allais, Alphonse	Un rajá que se aburre	3
Allais, Alphonse	Un drama muy parisino	21
Angelus Silesius	Peregrino Querubínico	28
Anónimo	Bocca di leone	19
Anónimo	Consolamentum	16
Anónimo	El rostro de Harpo Marx	12
Anónimo	Historia de medio pollo	21
Anónimo	Iconos (Cristo Triunfante de la bóveda	-
	de Dafnis-Mosaicos bizantinos)	23
Anónimo	La develación del falo	22
Anónimo	Leyes de Manu	18
Anónimo	Rig Veda (Himno de la creación. X)	18
Anónimo	Perfumed Garden	18
Apollinaire, Guillaume	Las tetas de Tiresias	8
Apollinaire, Guillaume	El Encantador pudriéndose	10
Apolodoro	El tonel de las Danaides	11
Apolodoro	Sobre Tiresias	8
Apuleyo	El Asno de Oro	1
Aragon, Louis	El Loco por Elsa	19
Arcimboldo	El Bibliotecario	5
Aristóteles	Tragedia	15
Aristóteles	Antígona	15
Aristóteles	Sobre la interpretación	28
Arnaut Daniel	Trovadores Occitanos	16
Aulo Gelio	Noches Aticas	17
Aulo Gelio	Noches Aticas	26
Baudelaire, Charles	Moesta et errabunda	25
Baudelaire, Charles	Yo soy el cuchillo y la herida	28
Beert, Osías	Naturaleza muerta holandesa	24
Bernini, Gian Lorenzo	Extasis de Santa Teresa	28

Borges, Jorge Luis Boccaccio Breton, André Breton, André Breton, André	Acerca del Obispo John Wilkins Griselidis El Amor Loco El Gran Vidrio	11 22 6
Breton, André Breton, André	El Amor Loco	
Breton, André		6
	El Gran Vidrio	
Breton, André	El Giali vidio	26
	La belleza será convulsiva o no será	14
Brunschwig, Jacques	La proposición particular y las pruebas	
Account of the second	de no-conclusividad en Aristóteles	25
Buffon, Conde de	Acerca del Estilo	14
Buffon, Conde de	Discurso ante la Academia	14
Caillois, Roger	Mimetismo y Psicastenia Legendaria	2
Calvino, Italo	La camisa del hombre contento	11
Caravaggio	Bacco	3
Caravaggio	El sacrificio de Isaac	11
Carpaccio	San Giorgio Combattente	2
Catulo	Poemas	22
Cézanne, Paul	Las manzanas	27
Cicerón, Marco Tulio	Sobre la naturaleza de los dioses	11
Colette	El niño y los sortilegios	6
Condillac	Tratado de las sensaciones	26
Chesterton, Gilbert K.	La verdadera vida de Santo Tomás	19
Chéjov, Anton Pávlovich	Miedos	19
Christophe	El axioma de Monsieur Fenoulliard	1
Chuang-Tzu	El sueño de Chuang-Tzu	3
Degas, Edgard	Semíramis construyendo Babilonia	15
De Nerval, Gérard	Artémis	24
Descartes, René	Cogito	17
De Sède, Gérard	Acerca del Gay Saber	16
Diderot, Denis	Carta sobre los ciegos	21
Donne, John	El Extasis	14
Dostoyevski, Fedor	Diario de un escritor	15
Dostoyevski, Fedor	Si Dios ha muerto	23
Duchamp, Marcel	El Gran Vidrio	26
Eliot, T. S.	El sermón del fuego	8
Eluard, Paul	Los pequeños justos	3
Eluard, Paul	El duro deseo de durar	27
Eurípides	Hécuba	1
Febvre, Lucien	Alrededor del Heptamerón	22
Festugière, A. J.	Epicuro y sus dioses	18
Fort, Paul	La Ronda alrededor del Mundo	26
Galsworthy, John	El manzano	24
	Buffon, Conde de Buffon, Conde de Caillois, Roger Calvino, Italo Caravaggio Caravaggio Carpaccio Catulo Cézanne, Paul Cicerón, Marco Tulio Colette Condillac Chesterton, Gilbert K. Chéjov, Anton Pávlovich Christophe Chuang-Tzu Degas, Edgard De Nerval, Gérard Descartes, René De Sède, Gérard Diderot, Denis Donne, John Dostoyevski, Fedor Duchamp, Marcel Eliot, T. S. Eluard, Paul Eluard, Paul Eurípides Febvre, Lucien Festugière, A. J. Fort, Paul	Buffon, Conde de Buffon, Conde de Buffon, Conde de Caillois, Roger Calvino, Italo Caravaggio Condillo Colette Catulo Colette Caravaggio Condillo Colette Carado de las sensaciones Chesterton, Gilbert K. Chéjov, Anton Pávlovich Christophe Charag-Tzu Degas, Edgard De Nerval, Gérard De Nerval, Gérard Descartes, René Cogito De Sède, Gérard Descartes, René Cogito De Sède, Gérard Dostoyevski, Fedor Dostoyevski, Fedor Dostoyevski, Fedor Dostoyevski, Fedor Duchamp, Marcel El Gran Vidrio Eliot, T. S. El sermón del fuego Eluard, Paul El duro deseo de durar Eurípides Febvre, Lucien Festugière, A. J. Fort, Paul La Ronda alrededor del Mundo

Garzo, Maite	Acerca del Manuscrito de Manesse	16
Giraudoux, Jean	Ondina	20
Goethe	Fausto	6
Goya, Francisco de	El sueño de la razón produce monstruos	9
Goya, Francisco de	Grotescos	20
Gracián, Baltasar	La verdad de parto	17
Griaule, M. M.	El hombre se divide en	24
Harundsu	Estampa japonesa	6
Heidegger, Martin	Dios ha muerto	23
Heidegger, Martin	Lo Bello	1
Heidegger, Martin	La Cosa	2
Heine, Heinrich	Cuadros de viaje	9
Hérault de Séchelles	Viaje a Montbard	14
Heráclito	El Oráculo de Delfos	12
Heráclito	Dionisio	27
Herodoto	Los nueve libros de la Historia	15
Hesíodo	Mito de Pandora	6
Hesíodo	Sobre Tiresias	8
Homero	Ulises y el cíclope	21
Homero	Dionisio	27
Horacio	El tonel de las Danaides	11
Hugo, Víctor	Booz Endormi	2
Imaginería de Epinal	El juicio de un loco	17
Jarry, Alfred	Ubú Rey	7
Jones, Ernest	Temor, culpa y odio	7
Juan de Lugio	Libro de los dos Principios	16
Kant, Immanuel	Ensayo sobre las magnitudes negativas	9
Lagache, Daniel	El Psicoanálisis y la Estructura	
	de la Personalidad	5
La Rochefoucauld	Máximas y Sentencias	12
Lessing, Gotthold Efraim	Laocoonte	3
Longo	Dafnis y Cloe, I	3
Longo	Dafnis y Cloe, II	3
Luciano de Samosata	El tonel de las Danaides	11
Luciano de Samosata	Diálogos de los muertos	8
Luciano de Samosata	Ulises y el cíclope	21
Lucrecio	De la naturaleza de las cosas	23
Lutero, Martin	Por medio de la ley	2
Lutero, Martin	La voluntad determinada	4
Macé, Jean	La mitad de pollo	21
Magritte, René	La Condición Humana	14

Mallarmé, Stéphan	Rondels	17
Mandeville, Bernard	La Fábula de las abejas	13
Manesse, Manuscrito de	Minnesinger	16
Marcabrú	Trovadores occitanos	16
Margarita de Navarra	Heptamerón	22
Masson, André	Eros y Psyché	21
Mauss, Marcel	Teoría general de la Magia	12
Meng-Tsé	El libro de Mencio	7
Merleau-Ponty, Maurice	Signos	13
Montaigne	Del arte de conversar	17
Molière	Anfitrión	19
Molière	El Misántropo	23
Mommsen, Theodor	El círculo de Popilio	21
Munch, Edvard	El grito	7
Nelli, René	Los Cátaros	16
Nerval, Gérard de	Artémis	26
Nietzsche, Friedrich	Antes del nacimiento del sol	4
Nietzsche, Friedrich	Dios ha muerto	23
Nietzsche, Friedrich	De las mujeres	27
Ovidio	El tonel de las Danaides	11
Ovidio	Las Metamorfosis	8
Palladio, Andrea	Teatro Olímpico	4
Pascal, Blaise	Pensamientos	3
Pascal, Blaise	Discurso acerca de las pasiones del amor	7
Pascal, Blaise	La naturaleza tiene horror al vacío	24
Paz, Octavio	El Gran Vidrio	26
Petit Eugène	Matronas procesadas por envenenamiento	28
Petronio	Satiricón	26
Picasso, Pablo	El Deseo atrapado por la cola	18
Picasso, Pablo	No busco, encuentro	4, 5
Plauto	Anfitrión	19
Plutarco	El oráculo de Delfos	12
Plutarco	Alcibíades	26
Pobers, M.	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Poitiers, Guillaume de	Tres poemas	9
Prévert, Jacques	Pater Noster	4
Prévert, Jacques	La Pesca de la Ballena	5
Proudhon, Pierre-Joseph	La propiedad es el robo	18
Proust, Marcel	El mito de Albertina	9
Quincey, Thomas de	El asesinato considerado	
- LLOS - COLON STANDS	como una de las bellas artes	4

Quintiliano	Instituciones Oratorias	27
Rabelais, François	Apólogo de las palabras heladas	9
Rabelais, François	Gargantúa	13
Rimbaud, Arthur	A una razón	1
Rimbaud, Arthur	Las despiojadoras	23
Sade, Marqués de	Sistema del Papa Pio VI	1
San Juan de la Cruz	Noche oscura	6
San Pablo	Epístola a los Romanos	2
Sartre, Jean-Paul	La Mirada	11
Séchelles, Hérault de	Viaje a Montbard	14
Sófocles	Dionisio	27
Stendhal	Bundling	22
Terencio	Aquel que se castiga él mismo	28
Tiépolo, Juan Bautista	La Inmaculada Concepción	25
Tito Livio	Apólogo de Menenio Agripa	11
Tito Livio	Matronas procesadas por envenenamiento	28
Tola, Fernando	Erótica india	18
Valéry, Paul	Esbozo de una serpiente	15
Vatsyayana Mallinaga	Kama Sutra	18
Virgilio	La Eneida	5
Voltaire	Matronas procesadas por envenenamiento	28
Weil, Simone	La gravedad y la gracia	21
Wordsworth, William	Odas	7
Zucchi, Iacopo	Eros y Psyché	21
Zurbarán	Santa Agata, Santa Lucía	13





San Juan Bautista *Leonardo da Vinci*Tratado de las pasiones del alma *René Descartes*Siempre somos demasiado buenos con las mujeres *Raymond Queneau*Las uvas verdes (el estilo del inconsciente...) *Jeremías, Ezequiel, La Fontaine, Ward Howe*